

## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

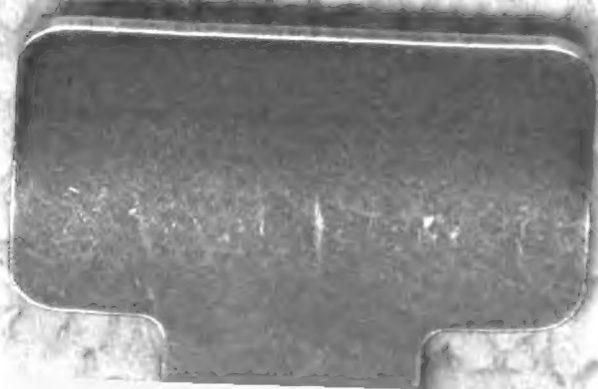
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>













# HISTORIA DE LAS HEREGIAS.





# **HISTORIA DE LAS HEREGIAS,**

**POR**

**SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO,**

**TRADUCIDA DEL ITALIANO Y ANOTADA**

**por**

**D. MIGUEL SANCHEZ, PRESBITERO.**



**MADRID:**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, GRAVINA, 21,**  
*à cargo de D. F. Gamayo.*

**1868.**





## PROLOGO.

---

Esta obra se escribió con el fin de presentar á todos los lectores que con buena fe investigasen la verdad, una demostracion evidente en favor de la Religion verdadera.

Héla aquí:

La Iglesia verdadera de Jesucristo debe ser **UNA**, por la unidad de su fe y la unidad de su moral; **SANTA**, por la divina perfeccion de su Fundador, por la heróica virtud de sus Mártires y Confesores, y la intrínseca bondad de su doctrina; **CATOLICA**, porque, como luz del cielo, está destinada á esclarecer con sus resplandores toda la tierra; **APOSTOLICA**, en fin, porque, establecida por Jesucristo, y predicada en el mundo por los Apóstoles, jamás ha experimentado la mas leve alteracion en su esencia; siempre se conserva *una, santa y católica*, tal cual los Apóstoles la predicaron.



Es así, que NINGUNA entre todas las heregías reúne en sus *notas* estos signos de la divinidad.

Luego ninguna heregía es la verdadera Iglesia, porque en todas hay confusión en la doctrina, falta la *unidad*; se encuentran manchas horribles en su enseñanza, en sus fundadores, en sus principales propaladores no se halla la *santidad*; se ven limitaciones de lugar y tiempo, que excluyen la catolicidad; se conoce, por último, el nombre de sus autores, el tiempo en que por algún hombre, sin divina misión, fueron inventadas: circunstancias que son de todo punto incompatibles con la *apostolicidad*.

El estudio de la historia nunca puede ser objeto de una simple curiosidad. Tiene y debe tener siempre un interés moral, social ó religioso. Siempre debe presentar en un animado cuadro las virtudes de los hombres, con el fin de facilitar su imitación, y los vicios que degradan las malas doctrinas, para que conociendo lo que es la causa por lo que es el efecto, lo que es la doctrina por lo que son sus consecuencias, rechacemos como un mal el efecto, y nunca admitamos por ser un mal la causa, la teoría que tan perniciosos efectos produce.

# HISTORIA DE LAS HEREGIAS.

---

## CAPITULO I.

### Heregias del primer siglo.

Simon Mago, I.—Menandro, II.—Cerinto, III.—  
Ebion, IV.—Saturnino, V.—Basílides, VI.—Los  
nicolaitas, VII.

I. Fue Simon Mago (1) el primer herege que intentó dividir la Santa Iglesia de Jesucristo. Nació en Gittis, lugar poco importante de Samaria en la Siria. Sus contemporáneos le llamaban *mago* por la *magia*, arte de encantamiento á que se habia dedicado, con el fin de seducir á las gentes sencillas, afectando haber sido dotado por el cielo de virtudes extraordinarias.—*Virtus dei magna*.—(Actor, 8, 10.)

Habiendo observado Simon que los Apóstoles San Pedro y San Pablo, mediante la potestad que para ello habian recibido de Dios, daban á los fieles el Espíritu Santo, quiso *con dinero comprar* á los Discípulos de Jesucristo esta divina virtud.

---

(1) Baronio. *Anales*, xxxv, n. 23.—Natal Alex. *Hist.*, tom. v, c. x, n. 1.—Van Rast. *Hist. Hær*, n. 1.



Desde entonces fue conocido con el nombre de *simonia* el gran pecado, el horrible sacrilegio, que consiste en la mala voluntad de comprar ó vender cosas espirituales, ó anejas á las espirituales, cediéndolas por cosas temporales.

Simon se trasladó á Roma. Con sus malas artes, aparentando ser poseedor de una potestad sobrenatural, adquirió crédito inmenso entre los romanos. En la capital del mundo fue considerado como Dios, y en su honra se erigió una estatua en la *Isla Tiberi a*, entre los dos puentes, con esta inscripción: *Simoni, Deo Sancto*. ¡A SIMON, DIOS SANTO!

Tillemont, Grucio, Fleury y el Cardenal Orsi hablan de la nombrada estatua, apoyándose en los testimonios de Tertuliano, San Ireneo, San Cirilo de Jerusalen, San Agustín, Eusebio y Teodoreto, quien además añade que no era de mármol, sino de bronce.

Esparcía Simon, fingiéndose inspirado, muchos y perniciosos errores que enumera y refuta Natal Alejandro, tomo v, disertacion 24.

Los principales son estos:

- 1.º Que los ángeles crearon el mundo.
- 2.º Que las almas, despues de apartarse por la muerte de un cuerpo, pasaban á dar la vida á otros. Verdad es, dice San Ireneo (*De Hær.*, libro II, cap. LVIII), que el heresiarca no procuró explicar nunca cómo las almas al entrar en un nuevo cuerpo no recuerdan las ideas que

poseían cuando daban vida á los cuerpos anteriores.—Observacion que será siempre insoluble para todos los partidarios de la *metempsychosis* ó trasmigracion de las almas.

3.º Que el hombre no tiene libre albedrío; que obra en todo por intrínseca necesidad de su naturaleza; que no es, por lo tanto, responsable de su conducta; que, en fin, las buenas obras no son necesarias para la salvacion.

—Estos errores han sido renovados en el siglo xvi por los fundadores del protestantismo.—

4.º Afirmaba que él, Simon Mago, era el Dios legislador de los judíos, el reparador del mundo, y á la vez, el propio Espíritu Santo.

No nos sorprenden estos vergonzosos errores. Cuando el hombre abandona la luz de la fé, se precipita en abismos de estravagancia.

Cuentan Baronio (*Annals*, xxxv, n. 14) y Fleury (*Hist.*, lib. II, n. 25), que Simon, habiéndose elevado un dia por el aire, con el fin de mostrar á los romanos que poseía virtud divina, en el instante mismo que mas necesario le era su extraordinario poder, le faltó, y cayó con las piernas rotas y el cuerpo destrozado sobre la tierra. Para repetir el prodigio, no queriendo aun confesar su derrota, fue trasladado á otro lugar *mas favorable*; pero no pudiendo resistir el dolor de las heridas y la confusion que producian en su espíritu los

sarcasmos de las gentes, se suicidó, precipitándose desde una elevada roca. (Orsi, *Historia*, lib. i, n.º 20, y lib. ii, n. 19.)

El protestante Basnage, empeñado en demostrar que San Pedro no estuvo en Roma, rechaza como una fábula esta caída de Simon: poco, sin embargo, vale la arbitraria negacion de este fanático adversario de la Santa Sede. Lo que él niega, lo afirman San Ambrósio, San Isidoro de Peluzi, San Agustín, San Cirilo de Jerusalem, Severo Sulpicio y Teodoreto. El mismo Suetonio, con ser historiador gentil, lo comprueba diciendo (lib. vi, cap. xii), que hallándose Neron en los juegos públicos, un hombre intentó volar, y cayó desde la altura á que se elevara, hiriéndose de tal modo, que su sangre salpió el asiento del Emperador.

II. Apareció Menandro el año 73 de la Era cristiana. Fue tambien samaritano, y discípulo de Simon Mago. Sostenia que *la virtud desconocida* lo habia enviado á la tierra para salvacion de los hombres; que nadie podia entrar en el cielo sin ser por él mismo bautizado; que su bautismo, en fin, era la resurreccion verdadera, y sus discípulos aun en este mundo serian inmortales. (Fleury, loc. cit., n. 42.)

Añade el Cardenal Orsi, que Menandro fue inventor de los *Eonos*, y del torpe error, que consiste en afirmar que Jesucristo, solo en apariencia, ejecutó las acciones humanas.

III. A Menandro sucedió el impío Cerinto,

quien en el mismo año 73 comenzó á esparcir su perniciosa doctrina. Sostenía:

1.º Que el mundo no habia sido creado por Dios.

2.º Que todas las leyes de Moisés, inclusa la Circuncision, y todos los preceptos ceremoniales, aun despues de la redencion de Jesucristo, eran necesarios para la salvacion.

3.º Que despues de la resurreccion general, habrá un reino mundano de Jesucristo, en el cual los hombres gozarán por mil años de todas las delicias de la carne.

4.º Que Jesucristo no era Dios.

La muerte de Cerinto fue horrible y desastrosa.

Hallábase San Juan, el Apóstol, con sus discípules en un baño, se acercó á él Cerinto, y al verlo el Santo Apóstol, lleno de espanto, se retiró, diciendo á los que le acompañaban: huyamos de aquí, no sea que se desplome este edificio, en el cual ha entrado Cerinto, enemigo de la verdad. Pocos instantes despues, la casa se hunde, y entre sus escombros, antes que la muerte, halló sepultura el desgraciado heresiarca.—Así lo cuentan San Ireneo, lib. iii, cap. iv, y Bernin, *Hist. Hær*, tomo 1, c. 1.

IV. Ebion se gloriaba de ser discípulo de San Pedro, y no queria ni aun oír el nombre de San Pablo. Consagraba la Eucaristia todos los domingos de una manera estrambótica. No era reprobado por los católicos, segun dice

**San Gerónimo, el bautismo que administraban los ebionitas. Prueba evidente de que en este punto no habían alterado en nada esencial las tradiciones de la Iglesia. Quería Ebion unir las leyes de Moisés con las leyes de los Apóstoles; esto es, la figura con la realidad, la sombra con el cuerpo que la produce. No comprendía que cuando la realidad llega á un punto cualquiera, la sombra que ella misma proyectaba, que enviaba como mensajero delante de sí, desaparece por completo.**

**Entre los libros del Nuevo Testamento, solo admitía Ebion como canónicos el Evangelio de San Mateo, después de arrancarle dos capítulos y corregirlo en muchos pasajes de los más trascendentales. Afirmaba que Jesús no había sido Dios desde su nacimiento, sino después. San Juan escribió su Evangelio para combatir estas máximas absurdas de Ebion y los que le seguían. (Fleury, l. c. v., n. 42.)**

**V. Saturnino y Basilides fueron discípulos del heresiarca Menandro. Como era natural, escuchando el consejo de su inspiración particular, á los errores del maestro añadieron los discípulos algunos otros, por cierto, si cabe, aun más extravagantes.**

**Era Saturnino de Antioquía. Según dice Fleury, lugar citado, núm. 19, enseñaba que había un solo Padre, desconocido á todos; que este Padre había creado á los ángeles, y que siete ángeles habían, no sabemos si por**



consejo de Dios, creado el mundo y el hombre; que el Dios de los hebreos era uno de estos ángeles, rebelados contra Dios, y que para destruirlo, para acabar con este espíritu, con este ángel rebelde, vino Jesus al mundo, tomando en apariencia, que no en realidad, la naturaleza humana; condenaba el matrimonio y la generacion, como invenciones del diablo; atribuia, por último, las profecías á los ángeles buenos, á los malos, al espíritu de rebellion, al Dios de los judíos, distribuyéndolas entre todos ellos del modo que al heresiarca, sin otra razón que su capricho, parecia mas conveniente.

Refiere Saturnino la creacion del mundo de una manera, que, por su ridicula estravagan-  
cia, merece ser a juí espuesta.

La oculta virtud, el Padre Soberano, habia creado los ángeles. Siete espíritus celestiales se rebelaron contra Dios. Vieron una estrella; quisieron detenerla con sus manos; no les fue posible: la luz que perseguian habíase desvanecido delante de sus ojos: entonces los malos espíritus, que no eran mas ni menos que siete, crearon al hombre con cuerpo y sin alma, á imagen y semejanza de la luz que habia desaparecido. Pero Dios, compadeciéndose del género humano, no quiso que el hombre quedase convertido en un poco de barro. Le inspiró su imagen, el alma, y le dió la vida. Este alma, esta centella de sí mismo que Dios nos inspiró en la creacion, es la que despues de la

muerte vuela al cielo, dejando en la tierra el cuerpo inerte que antes animara. Por supuesto que esta luz de Dios la tienen *únicamente* los discípulos de Saturnino. Todos los demás hombres vivimos, para nuestro mal, como nos formarían los espíritus rebeldes. Y como no hay un solo *saturninista* en el mundo, resulta que los destellos de Dios todos han vuelto al cielo; que la imagen de Dios ha abandonado á todos los hombres que moran en la tierra; que todos los hombres, en fin, somos hechos y conservados por Satanás.

VI. Basílides, natural de Alejandría, inventó otros errores aun mas absurdos. Decía que el Padre, á quien llamaba *Abrasax*, había producido el *Nous*, la inteligencia; que el *Nous* había producido el *Logos*, la palabra; que el *Logos* había producido el *Phronesis*, la prudencia; que el *Phronesis*, por último, había producido el *Sofia* y el *Dinamis*, ó lo que es igual, la sabiduría y el poder. Todas estas cosas juntas produjeron luego los ángeles que formaron el primer cielo; otros ángeles que formaron el segundo; y así sucesivamente, hasta completar el número de 365 creaciones de ángeles y otras tantas formaciones de cielos, con el fin de que cada día del año tuviese sus ángeles y su cielo particulares.

El dios de los judíos era el jefe de los ángeles del segundo orden, contra el cual, porque pretendía dominar á todos los pueblos, se

conjurarón todos los jefes de todos los demas órdenes de ángeles.

Dios, compadecido del mundo, envió al *Nous*, á su hijo, para que librase á los hombres del poder de los ángeles, autores del universo.

El *Nous*, Jesucristo, era una virtud incorpórea, que tomó la forma que mas era de su grado, pudiendo variarla cuando lo tuviese por conveniente. Por esto, cuando los judíos quisieron sacrificarle, en el camino del Calvario, en la misma calle de la Amargura, Jesus dió su forma á Simon Cirineo, y poniendo la túnica sobre su cuerpo, la Cruz sobre sus hombros, le hizo morir por El en la cima del Gólgota. Jesus en tanto se tornó invisible, y, riéndose de los judíos, voló á lo mas alto del cielo. De aquí inferia Basílides que Jesus no debia ser adorado como muerto en la Cruz, en forma de Crucifijo, porque Simon, y no El, fue quien derramó su sangre en el Calvario.

Estos dos heresiarcas, Saturnino y Basílides, temian el martirio, ocultaban su fé ante los gentiles, y profesaban la doctrina que revela esta máxima: *Conoce á los demas; que los demas no te conozcan á tí.*

Se entregaban estos heresiarcas á la magia, y no obstante su aversion al matrimonio, su odio á la generacion, se degradaban con todo linage de incontinencias.

VII. Los *nicolaitas* admitian como máxima fundamental de su escuela la promiscua-

ción de los sexos, sin límites ni regla de ningún género, que puieran evitar, ya que no el crimen, al menos la confusión y los males públicos, y las turbulencias, que son inseparables de estos desórdenes. Decían que el Padre de Jesucristo no era el Creador del Universo; que las tinieblas se habían unido con el Espíritu Santo, y habían producido una cierta *Madre*, que más tarde produjo los cuatro *Eonos*, y que de estos cuatro *Eonos* nació el *Eono* torpe, que hizo los dioses, los ángeles, los hombres, y los siete espíritus del demonio.

Duró poco esta absurda heregia. Se reprochó más tarde en Milán, y fue condenada por el Papa Nicolás II. (Siglo XI.)

Los *nicolaitas* tomaron nombre del diácono Nicolás, quien es considerado como jefe y fundador de esta secta abominable, quizás sin haber profesado jamás sus monstruosos errores. (Fleury, lib. II, n. 21.)

## CAPITULO II.

### Heregias del siglo II.

**Carpócrates, I.—Valentino, II.—Epifanes, III.—Prodicus, IV.—Tacio, V.—Severo, IV.—Cerdon, VII.—Marcion, VIII.—Apeles, IX.—Montano, X.—Catafrigos, Artoritos, Pepucianos, Ascodrógitos y Patalorínchites, XI.—Bardasano, XII.—Teodoto, Artemon y Teodeto el platero, XIII.—Hermógenes, XIV.**

I. No es conocido con certidumbre el lugar en que nació Carpócrates. Dicen unos historiadores que es de Alejandría, mientras opinan otros que es de Samosata. Sus secuaces se apellidaban *gnósticos*, voz griega, que significa, lo mismo que las castellanas, *doctos ó iluminados*.

Carpócrates negaba la divinidad de Jesucristo, afirmando que únicamente en la virtud se distinguía de los demás hombres. Pensando como los ya nombrados heresiarcas del primer siglo, sostenía que el mundo había sido hecho por los ángeles. Hombre carnal y materialista, santificaba todas las inmundicias de la carne, enseñando que la perfección del hombre consistía en escuchar y observar fielmente el consejo de la concupiscencia. Fue, por su moral, un digno precursor del inmundo Mahoma. Según Carpócrates, el alma humana está condenada á rodar por diferentes cuerpos, pasando



de unos en otros, hasta haberse hecho partícipe, una por una, de todas las acciones torpes ó sensuales. Atribuía dos almas al hombre, imaginando que sin la segunda quedábamos enteramente sujetos al espíritu rebelde. Los partidarios de esta ignominiosa escuela se apellidaban también *cristianos*, y para distinguirse de los demas, con hielro y fuego se imprimían una indeleble señal en la parte inferior de las orejas. Del propio modo que la de Jesús, adoraban estos extravagantes herisíarcas las imágenes de Pitágoras, Platon y otros filósofos del paganismo. Por el año 160 de la Era cristiana *floreció* este error tan monstruoso (1).

II. Valentino, baron egipcio, según se cree, por no haber podido obtener un Obispado, creyéndose herido en su vanidad, se apartó de la Iglesia católica. En el año 141 fue á Roma, abjuró su error, hizo solemnes protestas de humildad y fé; pero conociendo que no inspiraba confianza á los cristianos, que su ambición no sería nunca satisfecha, abjuró nuevamente, se declaró apóstata, y murió en la apostasía.

Creía en la fábula de los Eónos, ó dioses; Negó que Jesucristo tomase carne en las entrañas de la Virgen Santísima; y decía, que su cuerpo, como su alma, había descendido del

---

(1) Fleury, *Hist Ec.*, lib. III.—Bert., tom. I, cap. III—Bernin, tom. I, cap. II.

cielo, y era sustancia de todo punto celestial. Admitió en el hombre un choque, una coalición constante de espíritus, los cuales, por los afectos que inspiraban, hacían santa toda acción inmunda. Dividía los hombres en carnales, animales y espirituales. Sus discípulos todos eran, por supuesto, espirituales; pertenecían á la clase mas perfecta, y por lo tanto, se hallaban dispensados de ohrar bien, porque todos habían llegado, por el solo hecho de ser valentinianos, al colmo de la perfección y plena certidumbre de su salvación. Por esta razón, solo por *vanidad*, eran humildes y observaban la ley. La virtud era para estos *santos* un artículo de puro lujo. Añadía, que los hombres *carnales*, los no *valentinianos*, por mas que se empeñaran en ser honrados y virtuosos, nunca alcanzarían la perfección necesaria para ser admitidos en el cielo.

¡Parece imposible que á tal extremo de inconcebible delirio llegue, cuando se aparta de la fé, la razón humana!...

¡Los discípulos de Valentino, solo por apellidarse así, tenían asegurada la salvación, y podían impunemente perpetrar todo linage de crímenes y maldades!...

Los que no seguían á Valentino, al apóstata, al hombre que abandonó la fé católica porque los cristianos no le dieron el obispado que ambicionaba, solo porque no seguían á este hombre de perdición, tenían cerradas las puer-

tas del cielo, y por mas que fuesen virtuosos, ¡nunca podían evitar su condenacion!...

Y no extrañamos que esto se diga; lo que nos espanta es que esto se crea; que muchas personas sigan á este heresiarca; que sus torpes y anti-sociales errores dieran muchos días de amargura á la Iglesia (1).

Los valentinianos se dividieron en tres sectas: los *setianos*, que adoraban á Set, suponiendo que este hijo de Adán era el padre de Jesús ó el mismo Jesús: los *cainistas*, que veneraban como santos á todos los hombres que, como Cain, Coré, los sodomitas, y el mismo Judas, son condenados en la Sagrada Escritura por sus espantosas maldades; los *ofitas*, por último, según los cuales la sabiduría se había convertido en serpiente, y en esta forma debía ser adorada.—Estos fanáticos creían que una serpiente, pasando por encima del pan, rociándolo con su asquerosa baba, lo santificaba con su contacto y lo tornaba hábil para los usos religiosos.

Este pan, con esta repugnante consagración, era distribuido entre los *ofitas* como una especie de Eucaristia.—¡Siempre igual la razón humana! ¡Cuando rechaza la omnipotente bendición de Dios, admite, se postra para recibir

---

(1) Fleury, *Hist. Ecl.*, lib. III., núm. 26. Bernin, tomo 1, cap. V. Graveson, tomo 1, cap. II.

con degradante humillacion la bendicion de los mas inmundos reptiles!... (1).

Fueron discípulos de Valentino los célebres heresiarcas Tolomeo y Segundo; pero no satisfechos con los treinta Eonos del maestro, inventaron y añadieron, por su propia voluntad, otros ocho. Con la misma facilidad pudieran haber inventado muchos mas.

No servian para nada; ningun motivo justificaba su existencia; no habia ninguna razon humana ni divina para que se admitiesen estos *Eonos*; pero todo esto importa poco. Una vez admitido el funesto principio del libre exámen; una vez erigido el mas caprichoso fanatismo en fundamento de la religion, los delirios, por mas que sean absurdos y repugnantes, nunca pueden evitarse.

A la escuela de Valentino pertenecieron muchos otros hereges. Nombraremos aquí algunos entre los mas notables.

Eracleones, cuyos secuaces ungian con agua y aceite los cadáveres, despues de invocar sobre ellos el nombre de algunos *principados* ó Eonos.

Marco y Colarbaso creian que toda la verdad se encierra en el alfabeto griego, por lo cual Jesucristo es llamado *Alfa y Omega* en el Nuevo Testamento (2).

---

(1) Fleury, lib. iii, n. 30.

(2) Fleury, lib. iv, n. 9 y 10.

Los *Arcónticos* rechazaban los Santos Sacramentos de la Iglesia.

Florino decía que Dios era autor del pecado. —Proudhon ha copiado este error; ha resucitado esta blasfemia en pleno siglo xix. —Blasto se obstinaba en que debía celebrarse la Pascua conforme á los ritos y costumbres de los hebreos.

Los discípulos de Valentino compusieron además un Evangelio enteramente nuevo, y en lugar de los libros canónicos, insertaron en su rara compilación unos libros extravagantes, escritos por ellos mismos, con el fin de dar ante el público sanción divina á sus errores. Los nombres de estos libros son: *Parábolas del Señor*, *Dichos proféticos*, y *Sermones de los Apóstoles*, obras todas que solo tenían, por supuesto, del Señor, de los Profetas y los Apóstoles los títulos con los cuales se designaban sus nombres.

III. Epímanes fue hijo de Carpócrates. Además de sostener los errores de su padre, combatió abiertamente la Ley de Moisés, con especialidad los dos últimos preceptos del *Decálogo*, y negó el Evangelio, aunque aparentaba con sus palabras ser rígido observador de sus máximas (1).

IV. Prodicus decía, que era lícito abandonar la fé, vida del alma, para conservar el mi-

---

(1) Fleury, lib. iii, n. 20.



serable puñado de trabajosos dias, que llamamos vida del cuerpo.—¡Que debemos negar lo que nos parece cierto; que debemos ser hipócritas por miedo! ¡Que el temor á la muerte debe arrancar á nuestro corazon encomios para la mentira y blasfemias contra la verdad! ¡Qué absurdo! Esto es santificar la degradacion del hombre. Esto es dar un fundamento filosófico á la infamante hipocresía. Con horror debe ser siempre apartado de nuestro espíritu esta monstruosa doctrina.—

Prodicus, no satisfecho aun con este repugnante principio, enseñaba que no debíamos enviar á Dios nuestras plegarias, sino en completa desnudez, levantar nuestros ojos y pedir mercedes á los elementos y los planetas, *seres benéficos* que aguardan nuestras súplicas para dispensarnos sus favores. De esta secta nacieron los *adamitas*, hereges inmundos, que en sus templos, llamados lupanares por San Epifanio, oraban enteramente desnudos, como Adam en el Paraíso, gloriándose de imitar en todo la inocencia de los primeros justos, y siendo en realidad los mas degradados, corrompidos y corruptores con sus licenciosas costumbres (1).

V. Taciano nació en la Asiria, y fue discípulo mal aprovechado de San Justino, mártir:

---

(1). Gotti, *veritas Religionis*, t. II, cap. XXVII, par. 1.

Fue fundador de la heregía de los *encratitas* & continentes. Como Valentino, sostenía que la materia era increada y eterna.—Esto vale tanto como negar la existencia de Dios. Si el mundo es eterno, Dios no existe. Si el mundo es eterno, lo muerto obra, lo inerte se mueve, lo que no tiene inteligencia ordena y se conserva con admirable bondad y sabiduría. Este error es inconcebible. El mundo no puede ser eterno, es de ayer: las ciencias naturales atestiguan su origen: la historia, escrita por el tránsito de la humanidad, por las huellas que el hombre deja grabadas en su peregrinación por la tierra, está llena de fechas que confunden al filósofo ensoberbecido que desprecia las luces de la revelación.

El mundo tiene fecha en su movimiento, en sus obras, en su historia, en todo: luego no es eterno.

El mundo carece de poder. Por mas que se le examine, en su fondo, como en su superficie, en todas partes se descubren infalibles signos de su contingencia, caracteres indelebles de su dependencia, como efecto de una causa omnipotente, de un ser necesario, infinito en su ciencia, en su bondad y su poder, que, libremente, con un *libérrimo fiat*, le ha dado la existencia.

Luego el mundo es posterior á su causa. Luego no es eterno.—

Admitía una creación secundaria, efecto, no

del poder de Dios, sino de la bondad de los *Eon-  
nos*. Negaba también la resurrección de los  
muertos.

Mostraba un grande aborrecimiento á la  
carne, considerándola como obra de Belcebú,  
y no la creía digna de entrar como parte en la  
persona de Jesucristo.

Desconocía el libre albedrío, suponiendo que  
el hombre era necesariamente bueno ó espiri-  
tual, malo ó carnal, según que desde el prin-  
cipio de su ser, en su misma animación, había  
recibido ó no del cielo la buena, ó del mal es-  
píritu la mala semilla.—Este es el propio error  
de los luteranos, calvinistas y discípulos de  
Jansenio.—

Taciano prohibía el uso de las carnes, re-  
putándolas inmundas, aborrecía el vino, y no  
quería que la consagración del cáliz se hiciera  
con este licor, sino con el agua pura. Por esto  
sus discípulos se denominaron *droparástatos*, ó  
amigos del agua.

Condenaba, por último, Taciano el matri-  
monio legítimo, abriendo con esta horrible  
doctrina ancha puerta á los mas escandalosos  
excesos (1).

VI. Severo, discípulo de Taciano, abrazó  
estos mismos errores, con solo algunas impor-  
tantes diferencias. Admitió, contra su maes-

---

(1) Orsi, tom. II, lib. IV, núm. 11.—Baronio,  
*Anales*, 174, n. 3 y 4.

tro, la ley de Moisés, los Profetas y los Evangelios.

Julio Casiano, discípulo de Valentino, unido á Taciano proclamó el error de los *docetas*, hereges que solo admitían un cuerpo aparente en Jesucristo. En un libro sobre la continencia, escrito por Severo, de acuerdo con estos heresiarcas, se sostenía que el matrimonio legítimo era el fruto vedado por Dios á nuestros primeros padres. — No hay necesidad de impugnar esta heregia. Admitiéndola, la humanidad concluye (1).

VII. Cerdon abrazó las doctrinas de Simon, Menandro y Saturnino. Inclínándose á los maniqueos, enseñó además que existían dos principios, dos dioses, malo el uno, bueno el otro. Creía en la resurrección del alma, que no muere, y negaba la del cuerpo, que, puesto que la materia no se aniquila jamás, solo consiste en una nueva organizacion, tan difícil, tan imposible para el hombre, inteligencia y poder limitadísimos, como posible, como fácil para Dios, inteligencia y poder ante los cuales se borran todos los límites. Creía únicamente en el Evangelio de San Lucas, aunque mutilándolo en todo lo que, porque no le era conveniente, creía que no era verdadero. — Esta es la eterna cantinela de los heresiarcas. Forjan una doctrina, dicen que es toda la verdad,

(1) Fleury, lib. iv, núm. 8.

hacen á Dios responsable de sus caprichos, y cuando tropiezan con algo que les impide su marcha, que contradice sus falsos dogmas, que desacredita su perniciosa moral, que pulveriza sus absurdos principios, al punto sienten hervir la cólera en su cerebro, se dejan aconsejar por la indignación del amor propio herido, y cuando otra cosa no pueden, parodiando la célebre frase de Alejandro, en vez de desatar, cortan el nudo *Gordiano*. Pero esta conducta que hasta la evidencia demuestra lo que es el hombre cuando se deja arrastrar por su exaltada fantasía, jamás probará nada, absolutamente nada, en favor del error que apoya ó la verdad que niega.—(Fleury, lib. III, n. 30.)

VIII. Marcion nació en Sínopé, ciudad del Ponto. Fue su padre un Obispo católico, un Prelado de la Iglesia griega, en la cual, como es sabido, el celibato del clero ha tenido y aun conserva no escasas limitaciones. — Aquí necesitamos hacer una advertencia. Somos deudores á sabios é ignorantes, y necesitamos hablar para todos. El celibato del clero en la Iglesia occidental, no es un punto de dogma, no es un artículo del Credo; es pura y simplemente una medida disciplinar, adoptada con justísima razón por la Iglesia. Los sacerdotes necesitan no tener familia propia; para ser individuos de todas las familias; para ser hermanos de todos los pobres, amigos de todos los desvalidos y servidores de todos los enfer-



mos. El sacerdote necesita hallarse completamente desligado de los lazos inmediatos de un hogar, para hallarse siempre oprimido por los grandes lazos de la humanidad entera.

Por esta y cien otras razones, la Iglesia ha mandado que los sacerdotes sean célibes; pero téngase esto muy en cuenta: en la primitiva Iglesia esta disciplina, aunque jamás rechazada, nunca fue tampoco generalmente admitida. El mismo San Pablo, en una epístola que leemos todos los días, esponiendo las virtudes de los Prelados, enumera la de la unión conyugal, la continencia de la ley en las cosas en que por la ley no es condenada. Esta advertencia nos ha parecido conveniente para prevenir la objeción que contra el padre de Marción pudiera hacer, no teniendo presente el lector estas consideraciones.—

Fue virtuoso Marción en los primeros años de su vida; pero mas tarde se entregó á todos los desórdenes de la mas escandalosa corrupción. Por haber atentado contra la virtud de una vírgen cristiana, por haber ocasionado un gravísimo escándalo entre los fieles con su desenfrenada conducta, su padre mismo se vió obligado á despedirle de la Iglesia. Marción entonces, apelando contra su propio padre, se presentó en Roma, reconociendo la superioridad positiva, jurisdiccional, del Papa sobre todos los Obispos del orbe católico.—Aconteció esto en el siglo II. Lo cual debe tenerse muy en cuen-

ta por los católicos para confundir á los here-  
siascas que niegan el primado de honor y ju-  
risdicción ejercido por los Papas en toda la cris-  
tianidad, desde los mas remotos siglos del cris-  
tianismo. Los que hacen brotar la soberanía  
universal de los Papas de las falsas decretales,  
bien pueden salir de su error, con solo recor-  
dar que ya en el siglo II, Marcion, desde el Pon-  
to Euxino fue á Roma para quejarse ante el  
Papa, como ante una autoridad superior, de lo  
que llamaba injusta arbitrariedad de un Obispo  
asiático.—

Marcion, sin embargo, no tenía razón, y  
sus quejas no fueron por lo tanto atendidas en  
Roma.—Esto prueba que los Papas no tenían  
necesidad de mostrar agradecimiento por la  
apelación; que seguros de la estension de su  
potestad, jamás pensaron en premiar á los fie-  
les que con sus apelaciones daban testimonio  
de ella. Una de dos. O las apelaciones eran  
tan frecuentes en aquel tiempo, en el siglo se-  
gundo, que los Papas no habian menester ni  
aun fijar su consideracion en ellas, ó tan cier-  
to, tan evidente era su derecho á examinar to-  
das las causas eclesiásticas en toda la Iglesia,  
que ni aun solicitaban como prueba del derecho  
el testimonio, la auténtica interpretacion de  
los hechos. En el primer caso, la abundancia  
de apelaciones es prueba de la plenitud de la  
potestad que los Soberanos Pontífices recibie-  
ron del cielo. En el segundo, la certidumbre

de la autoridad, la pacífica é indisputada posesión del derecho, cuando el origen de la revelación se hallaba tan inmediato, cuando aun la sangre del Salvador humeaba en el Gólgota, cuando aun resonaba en el mundo el eco de la predicación apostólica, demuestran de una manera evidente que San Pedro recibió de Jesus, que todos los Papas han recibido de igual modo potestad omnímoda para llamar á su tribunal, para examinar y resolver como Juez Supremo todas las causas eclesiásticas de todas las diócesis que constituyen la Iglesia universal, la Iglesia católica, la verdadera y única Iglesia de Jesucristo.—

Convencido Marcion de que en Roma no se absolvían, ni mucho menos, se premiaban sus injusticias, no borradas por la penitencia; convencido de que, por sus crímenes, no podía ser admitido en el gremio de la Iglesia, seguro de que su pertinacia en el pecado, le mantendría perpetuamente cerradas, por culpa, exclusivamente suya, las puertas de la reconciliación, lleno de satánico orgullo, inspirado por la venganza, dijo:—*Yo destrozare la Iglesia, sembrando en ella eterna division.*—

—El heresiarca hizo cuanto pudo para llenar de luto y consternación la santa sociedad de los cristianos; pero murió él, concluyó su herejía, y solo en la historia se conservan pálidos recuerdos de sus errores, cual monumento eterno de su impotencia, de lo que es el

hombre, cuando ciego por su orgullo, declara la guerra al cielo. —

Se unió á Cerdén; admitió sus dos principios: afirmaba que Jesus era producto del buen Dios, mientras la ley, la carne, todo lo material era efecto de la omnipotencia del malo. Fundándose en este estrambótico principio, no queria convenir en que Jesus recibió carne humana en el vientre de la Virgen Santísima, suponiendo que la carne humana era incompatible con la santidad de su divina persona. ¿Qué monstruoso error? Estendiendo este principio hay que separar á Dios del mundo, hay que dejar la tierra y al hombre que en ella habita en perpétua orfandad. Ni aun es necesario refutar esta perniciosa doctrina. El hombre racional necesita á Dios y no puede ni aun por un solo instante suponerse despojado de los beneficios de su bondad.

Segun Marcion, hay un Dios bueno que es el nuestro, y otro malo, que es el de los judíos. Ambos dioses habian prometido sus respectivos Mesias. El nuestro, el Dios bueno, envió al mundo el suyo *en el reinado de Tiberio*; el malo, el de los judios, aun no ha aparecido, aunque no se niega que aparezca en la tierra.

Sostenia que Jesus, cuando despues de su muerte bajó al seno de Abraam, no salvó á Abel, Enoc, Ncè, ni los demás justos del Antiguo Testamento, por que aunque eran justos, pertenecian al dios malo, al dios de los judios;

que, por el contrario, salvó á Cain, á los sodomitas, etc., por que pertenecian al Dios bueno, ó sea al Dios de los gentiles. (Orsi, t. II, l. III.)

Parece imposible y no obstante es una triste realidad, que se hayan creído estos groseros errores en el mundo.

IX. El mas famoso entre todos los discípulos de Marcion fue Apeles. Espulsado, sin embargo, de la secta por el mismo maestro, porque se había degradado cometiendo un repugnante crimen, huyendo de sus amigos y compañeros, se refugió en Alejandría de Egipto.

Los errores de Apeles son extravagantes y absurdos. Suponia que Dios creó á los *ángeles*, *las potestades* y una *virtud* ademas, á la cual llamó *Señor*. A este *Señor* atribuía la creacion del mundo; pero de una manera muy estraña. Se había propuesto imitar á Dios en la creacion del cielo, y viendo que su creacion, la de la tierra, no era tan perfecta como la del cielo, se arrepintió y quiso destruirla y aniquilarla. (Fleury, lib. III, n. 34.)

Apeles reprobaba ademas las profecías, y creía que el Hijo de Dios cuando vino al mundo no tomó carne humana, sino que se revistió de una sustancia aérea, que devolvió, cuando subió al cielo, á cada uno de los elementos que al bajar á la tierra se la prestaran.

X. Nació Montano en Ardeba, oscura aldea de la Misia. Tan rígido observador de la ley se mostraba en público, que llegó á granjearse

fama y autoridad de Santo entre las gentes vulgares, y aun entre no pocas personas que en razon eran respetadas por su virtud y su sabiduria. Dejándose arrebatarse por la exaltacion de su fantasia, creyéndose inspirado, comenzó á *profetizar*, diciendo y propalando cosas que no podian ser admitidas, ni veneradas como santas en la Iglesia. Las personas que escuchaban sus estrambóticas predicaciones, se dividieron en dos distintas fracciones. Creían unos que Montano se hallaba seducido por el espíritu del error, mientras suponian otros que el espíritu de la verdad movia su lengua. Le seguian constantemente estos últimos y con sus adulaciones aumentaron los extravios de Montano. Se le unieron dos mujeres de sospechosa virtud, Priscila y Maximilla, y fingiéndose como él inspiradas, tambien como él predicaban las mas absurdas teorías morales y religiosas.

Montano decia que él y sus profetizas habian recibido toda la plenitud del Espíritu-Santo, tal cual Jesucristo lo habia prometido antes de su gloriosa ascension á los cielos.

Se colocaba y colocaba á sus amigos, suponiéndose todos aun mas santos, delante de los Apóstoles.

Entre sus muchos delirios, sostenia Montano que no habiendo Dios *pedido* salvar al mundo, ni por medio de Moisés y los Profetas, ni aun con el auxilio del mismo Jesucristo, se habia



encarnado nuevamente en él, en Montano, y en sus profetizas, quienes a no dudarlo, poseían con esceso todas las virtudes necesarias para que esta vez la voluntad de Dios no dejara de tener cumplimiento. ¡Cuánta temeridad!

Montano predicaba una moral en extremo severa, tan severa que en su misma rigidez llevaba la imposibilidad de su observancia.

Aumentó los ayunos particulares, y no contento con una cuaresma, impuso á todos sus adictos la obligacion estrechísima de guardar *tres*.

Condenaba como un crimen el huir de la persecucion, y no concedia jamás el perdón á los desgraciados y frágiles mortales que ni aun por una sola vez hubieran sido vencidos por el espíritu tentador. Montano negaba el arrepentimiento. La rigidez de su moral conducia al escándalo por la pendiente de la desesperacion. Todos los extremos son igualmente viciosos.

Tampoco hallaba este heresiarca misericordia para los que siguiendo el consejo de San Pablo, contraían segundas nupcias.

Montano tuvo una muerte que puede considerarse como necesaria consecuencia de su doctrina. Sus máximas arrastraban á la desesperacion, y él murió desesperado. Negó á Jesus en la vida y siguió el ejemplo de Judas en la muerte. Se arrancó la vida estrechando su cuello con un lazo. (Baronio, *Anales*, año 473, n. 20.)

XI. De la heregia de Montano brotataron

otras sectas, si bien parecidas todas en el fondo, algo desemejantes en la forma.

Fueron éstos heresiarcas los *Catafrigios*, *Artoritos*, *Pepucianos*, *Ascodrógitos* y *Patalorínchitos*.

Los *Catafrigios* tomaron esta denominación de la patria de Montano. Preparaban su *Eucaristía*, amasando el pan con la sangre que extraían á fuerza de numerosas y poco profundas heridas, hechas en el cuerpo de un niño.— ¡Qué abominable crueldad! Estos son los frutos de la razón humana, cuando el hombre, aconsejado por su orgullo, se entrega á sí mismo y se aparta de Dios.—

Pero continuemos.—Si este niño, después de tantas heridas, sucumbía, era venerado como un mártir; si conservaba la vida, era considerado como un gran sacerdote.

Los *Artoritos* se apellidaban así por los elementos de que componían su Eucaristía. Consagraban el pan con un poco de queso.

Los *Pepucianos* tomaron el nombre de *Pepuci*, insignificante población de la Frigia, en la cual se reunían para practicar las ceremonias de su culto.

Estos heresiarcas no conocían diferencia alguna entre los sexos, y conferían el sacerdocio y aun el episcopado, lo mismo al hombre que á la mujer.

Los *Ascodrógitos* vivían en la embriaguez, y en todo se portaban cual inmundas bacantes.

Practicaban su culto, llevandosobre sus hombros unas odres de piel, que en el mismo altar de sus templos, llenaban de vino para ofrecer sacrificios, enteramente dominados por este espirituoso licor.

Los *patalortachitos* se llaman así de dos palabras griegas que significan *palo y nariz*, porque, en efecto, se ponían un palillo en la nariz y boca para observar con absoluta rigidez la ley del silencio que profesaban.

Véanse cuáles fueron las consecuencias de la orgullosa doctrina de Montano. Este heresiarca prometió hacer lo que el mismo Salvador no hizo en el mundo. Intentaba por medio de un espantoso rigor regenerar la tierra, y solo pudo obtener, como premio de sus trabajos, la desesperacion y el suicidio para él, y los escándalos, los crímenes, las crueldades y absurdos que acabamos de observar en sus discípulos. Siempre que el hombre se propone reformar la sociedad, apartándose de la revelacion de Dios, por el mismo camino llega á los propios funestísimos resultados.

XII. Era de Edesa Bardesano. Su caída debe ser siempre lamentada por los fieles. En tiempos del Emperador Marco Aurelio, ni aun el miedo de la muerte fue parte á obligarle á vacilar en su fé. Refutó á Valentino y combatió á casi todos los hereges de su tiempo. Sin embargo, cayó en deplorables errores que produjeron gravísimos males en la Iglesia.

—No se glorie el sábio en su sabiduría, ni el justo en su virtud. Nada es el que planta ni el que riega, sino Dios que dá el incremento.—

XIII. Teodoto y Artemon decían, que Cristo era puro hombre; esto era repetir el error de Ebion y Cerinto. Teodoto el Platero corrigió y aumentó el error de todos los anteriores heresiarcas, añadiendo que Melquisedec era superior en dignidad al Salvador del mundo.

XIV. Hermógenes decía, que la materia es eterna é increada. Este error fue impugnado por Eusebio, Tertuliano y Lactancio. Añadió este herege que algun día debían los demonios unirse á la materia y que el cuerpo de Jesu-eristo se hallaba en el sol.—(Fleury, lib. iv, n. 21.)

—Estos, se dirá, son delirios. ¿Quién lo niega? ¿Pero son los extravagantes delirios que brotan de la razón humana, cuando loca de orgullo, creyéndose bastante fuerte para guiarse por sí misma, pretende emanciparse de Dios?—

## CAPITULO III.

### Heregias del siglo tercero.

**Praxeas, I.—Sabelio, II.—Pablo de Samosata, III.—Manet, IV y V.—Tertuliano, VI.—Orígenes, VII á XI.—Novato y Novaciono, XII, XIII y XIV.—Nepote, los Angélicos y Apostólicos, XV.**

I. Praxeas, de la Frigia, fue primero montanista; pero convertido mas tarde en adversario de Montano, lo hizo condenar (ocultando su propia heregia, para acusarlo con mayor libertad), por el Papa Ceferino. Fue, sin embargo, conocido; confesó su crimen; retractó su error; pero como su arrepentimiento era solo aparente virtud, bien pronto volvió á diseminar públicamente su herética doctrina, sin ningun linage de consideracion.

Negaba el misterio de la Santísima Trinidad. No comprendiendo lo que es persona ni lo que es naturaleza, negaba con su osadía lo que no veía claro por su torpeza. Juzgaba que persona y naturaleza son dos cosas idénticas. Este error le hizo negar la trinidad de las personas. para sostener la unidad de la naturaleza. Afirmaba que esta sola persona, toda la naturaleza de Dios, tomó carne en las entrañas de María, y esta encarnacion, mejor dicho, el fruto de esta encarnacion es lo que se llama

**Jesucristo.** Admitiendo todas las consecuencias de su error, Praxeas decia, que el Padre Eterno habia sido crucificado y muerto en el Calvario. Por esto sus discípulos se denominaron *Patripacianos*. Tertuliano escribió un libro en defensa de la Santísima Trinidad, contra Praxeas.

Entre sus discípulos, los mas notables fueron Berilus, Nactus y Sabelio.

Fue el primer Obispo de Bostri, en la Arabia. Decia este heresiarca, que Cristo antes de la encarnacion no podia llamarse Dios; que despues lo fue, tomando la divinidad del Padre. Cuenta Natal Alejandro (Sæc. III, capítulo III, art. I.) que Berilus, refutado por Orígenes, se convenció con las razones de su adversario, y volvió al seno de la verdad católica. —Cuando los hombres caen en el error por debilidad, se levantan pronto; cuando por el contrario, los hunde la perversidad de su corazón, la malicia de su espíritu, cuando su pecado es resistencia al Espíritu Santo, entonces la conversion es mas difícil. ¡Dios ablande el corazón de los hombres que cual Faraon lo tienen endurecido!—

Nactus se empeñó en demostrar, con espantosa vehemencia, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo *no eran tres naturalezas*, tres distintas sustancias, lo cual ningun católico negaba; sino que eran los tres una sola naturaleza, lo cual decimos tambien todos los ca-



tólicos. Pero añadía: Si no son tres sustancias, *no son tres personas*.

Nace este error de creer que persona y esencia y naturaleza son una misma cosa, lo cual es falso. Mas adelante trataremos con detenimiento esta importantísima cuestión. Nactus murió sin renunciar á su impiedad. (Natal Alejandro, siglo III, cap. III, art. VII.)

El último y mas célebre discípulo de Praxeas, fue Sabelio, de quien hablaremos en el párrafo siguiente.

II. Era Sabelio de Tolemaida, en la Libia, y vivió en la segunda mitad del siglo III. Tavo mas crédito y mas autoridad que Praxeas, su maestro. Por esta causa, los que abrazaban el error de estos, olvidando su propio nombre, tomaron la denominacion de *Sabelianos*.

Negaba la distincion en las tres divinas personas, admitiendo, sin embargo, tres distintos nombres, para espresar tres efectos distintos en la divinidad. Para explicar el misterio de la Santísima Trinidad se valió del sol, distinguiendo en él el rayo, el calor y la figura que lo uno y lo otro contiene. El rayo significaba el Hijo; el calor representaba el Espíritu Santo, y la figura ó el cuerpo del sol demostraba el Padre, que en una sola figura contenia á las tres personas divinas. (Orsi, tom. II, lib. V, núm. 14.)

Repetimos lo dicho antes. Despues trataremos con mas estension este punto.

III. Pablo de Samosata fue Obispo de Antioquia. Fue pobre antes de su elevacion á la última dignidad del sacerdocio; pero despues con reprobados y hasta escandalosos manejos logró hacerse rico.

Tanta era su vanidad, que nunca se presentaba en público sin hallarse rodeado de una multitud de cortesanos y aduladores. Tenia una especie de guardia de honor formada por cerca de doscientas personas, todas á sus órdenes. En sus discursos no buscaba mas que alabanzas. Con insultos y hasta con golpes castigaba á los oyentes que no elogiaban con admiracion y entusiasmo su elocuencia. Permitted, ciego por su vanidad, que unas cuantas mujeres, en la misma iglesia, cantaran himnos dedicados á él. Era corrompido en sus costumbres. Siempre tenia á su lado personas de dudosa virtud, que eran consideradas como cómplices de sus liviandades. A estos crímenes, el impio *Samósateno* añadió la heregia. No contento con la corrupcion del corazon, se entregó á la perversion del espíritu.

Sus errores principales son los siguientes:

Decia que en Jesucristo habia dos personas y dos hijos de Dios. Uno por naturaleza y otro adoptivo.

No entendia la vida de Jesus, ni aun como Verbo, mas allá del dia de su animacion en las entrañas de la Virgen Santísima. ¡Nada veia en él que lo distinguiese de los demas hombres!

Negaba la Trinidad; porque si bien admitia y empleaba los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo, negando la divinidad de la segunda y tercera persona, hacia desaparecer todo el adorable Misterio. A una sola persona, al Padre, atribuia la encarnacion y la pasion. (Gotti., *de vera Relig.*, tom. II, cap. XI, pág. 2.)

Sus discípulos manifestaban el error que habian abrazado, en la profesion de la fé, y en la forma del Bautismo.

—Ya nadie piensa en esta heregia. Solo en la historia se conserva un pálido reflejo de su nombre. Pasó como pasan las nubes que por un momento cubren una parte del sol. Ni aun dejan en el espacio la mas leve huella de su existencia. ¡Así son las obras de los hombres!...—

IV. Maneto fue el inventor de la heregia de los *maniqueos*, tan tristemente célebre en los anales de la Iglesia.

Imitó á Montano atribuyéndose el título de Paraclete, para ocultar su humilde condicion. Habia sido esclavo en la Persia. Una mujer anciana con su oro lo libró de la esclavitud, lo adoptó como hijo y le quiso dar, aunque en valde, por falta de aplicacion en el liberto, una brillante educacion. Era mas atrevido que docto. Quiso formar una nueva secta, y por desgracia logró su objeto.

Se dedicó á la magia. Con sus malas artes intentó dar la salud al hijo del Rey persa, aban-

donado ya por todos los facultativos. Murió el niño, y en venganza, aquel Rey bárbaro hizo encerrar en la cárcel al médico, al mago, que no había logrado vencer á la muerte. Quizá en esto castigaba su *charlatanismo*. Maneto se libró de la muerte corrompiendo con su dinero la fidelidad de los soldados que lo custodiaban y apelando á la fuga. El desgraciado despues de andar errante por muchos paises, cayó en manos del Rey persa, quién no calmada su irritación con el tiempo, lleno de indignación contra él, lo hizo despedazar de una manera horrible. Su cuerpo fue arrojado á las fieras, y su piel se clavó *para escarmiento* en las puertas de la ciudad. ¡Así concluyó el infeliz Maneto!...

Sin embargo, no acabó su error con su muerte: Quedaron muchos discípulos suyos en el mundo, entre otros el célebre Agustín, mas tarde convertido á la verdadera fé, y grande apologista por último de la Iglesia católica. (Baronio, *Anales*, an. 277, n. 4.)

V. Hé aquí los errores de los maniqueos.— Admitían dos dioses, dos principios, bueno uno, malo otro. Suponían que en el hombre hay dos almas, la una mala, producida, como el cuerpo, por el mal principio, y la otra buena, producida por el buen principio, por el buen Dios, en el espíritu. El alma buena es eterna como Dios, y de la misma naturaleza de Dios.— Panteísmo puro. Falso á todas luces. ¿En qué

razon se apoya esta absurda afirmacion? En ninguna. Verdad es que asombra la fé que tienen en los hombres, los *filósofos*, los *incrédulos* que no creen en Dios.—

Todo el mal que hace el hombre lo atribuye esta escuela al principio malo. Por el contrario, lo bueno solo es fruto del principio bueno.—¿Pero en qué se funda esta peregrina division? Los maniqueos no lo dicen. Piden que se crea; proponen mil absurdos, y... callan. Los *racionalistas* son siempre así. Sus obras, por mas que ponderan su amor á lo racional, no son mas que absurdas novelas.—

Segun los maniqueos, el hombre no es libre; su voluntad cede á una fuerza irresistible que la lleva al bien ó al mal, segun que es bueno ó malo el principio que la inclina.—

Esto es el fatalismo con todas sus monstruosas consecuencias. Esto es simplemente convertir al hombre en una planta, en una piedra, en un ser que obra, sin merecer por el bien que hace ni ser reprehensible por el mal que practica.—

Se mostraban estos sectarios religiosos, y negaban la necesidad del Bautismo.

Rechazaban el matrimonio, condenándolo como obra de la carne, del principio malo, y malo por lo tanto.

Verdad es que si condenaban al matrimonio, que es lo lícito, con horrible desenfreno se entregaban á las mas abominables inmundicias,

á todo lo prohibido.—Estos heresiarcas, como todos los que admiten el funesto principio de la *razon soberana*, santifican todos los crímenes, escusan todos los delirios, y por lo general solo admiten y proclaman como santo lo que Dios, lo que la misma *razon* rechazan y condenan como malo, campo pernicioso y digno de execracion.—

Los maniqueos se estendieron y duraron mucho. Fueron condenados por muchos Papas y perseguidos por casi todos los Emperadores de los siglos medios. Como sus errores eran contrarios al matrimonio, al fundamento de la sociedad doméstica, tuvieron que publicar contra ellos durísimos decretos los Emperadores Constantino, Diocleciano, Teodorico, Justiniano y otros.

En 1052 todavía se encontraban algunos maniqueos en Francia, y Enrique II, según refiere Baronio, los castigó de una manera ejemplar.

VI. Nació Tertuliano, según dice Fleury (lib. iv, n. 47), en Cartago. Su padre fue un centurion de las tropas pretorianas del Emperador. En sus primeros años vivió este denodado apologista de la fé en las tinieblas del error gentilico. Mas tarde, hácia el año 196 ó 197 de la Era Cristiana, abrazó con celo el cristianismo, se hizo sacerdote, y aun vivió mas de cuarenta años despues de haber recibido esta dignidad. Escribió muchas obras de utilidad para la Iglesia. Sus títulos son: del *Bautismo*,



de la *Penitencia*, de la *Oracion*, la *Idolatria*, el *Alma*, la *Prescripcion* y otras entre las que brilla su admirable *Apologético*, en el cual contra todas las acusaciones de los paganos es defendida con lógica irresistible la causa santa del cristianismo. Escribió además libros especiales contra Marcion, Praxeas y otros heresiarcas.

Aunque en el libro de *Prescripcion* llamó herege á Montano, poco despues, no obstante, estraviado por su celo, no sometiendo á la autoridad su ingenio, confiando demasiado en sus propias fuerzas, se dejó arrastrar miserablemente por la heregia que profesaban los montanistas. (Baronio, Anales, 201, n. 3.—Orsi, lib. viii, n. 28.)

Tertuliano fue escamulgado y lanzado de la Iglesia por el Papa Zeferino.

Era este célebre apologista hombre austero en sus costumbres, exaltaba con sobrado rigor aun para las cosas lícitas la continencia, hacia extraordinarias vigillas, y por odio al clero romano, por una venganza (¡quién lo creyera!), por una miserable venganza, este hombre tan grande se revolcó en el fango del error, preparado al parecer únicamente para los hombres de pasiones mezquinas.—Y esto no puede parecernos extraño. Cuando el hombre se aparta de Dios, pierde la luz que impide prevaricar a su génio. El sábio sin la fuerza, sin el apoyo de la humildad cristiana, pudiera ponerse en

paragon con el hombre anciano, débil, oprimido por el peso de los años, que pierde el báculo que le sirve de apoyo en su vejez. Le flaquean las piernas, se le turba la vista, y cae y se destroza en la tierra. *Sine me nihil potestis facere*. Como el sarmiento se seca, no puede producir frutos, sin permanecer unido á la vid, del propio modo, el hombre de genio, se seca, se pervierte, cae en espantosos delirios si pierde la sávia vivificadora de la fé y la humildad que solo en la fé se encuentra. La humildad es mucho mas necesaria para el sábio que para el ignorante, aunque nadie puede creerse dispensado de buscarla hasta encontrarla con los auxilios de la gracia divina. —

Los errores de Tertuliano pueden encerrarse en estos puntos:

1.º La Iglesia no tiene facultad para absolver á los adúlteros que piden la absolucion con verdadero dolor y propósito de la enmienda, despues de haber confesado en la forma debida sus culpas. — ¡Qué deplorable extravío! Si este pecado no se absuelve, los que lo perpetren necesariamente han de entregarse á la desesperacion. Por fortuna esto no es mas que un error de Tertuliano. La misericordia de Dios es infinita. Cuando el pecador se torna en humilde y verdadero penitente, todas sus culpas, por grandes y numerosas que sean, se perdonan, mediante la potestad de la absolucion concedida por Jesus á su Santa Iglesia. —

2.º Las segundas nupcias son ilícitas.—Error condenado por el mismo San Pablo. El matrimonio, mientras viven los dos cónyuges es indisoluble; pero faltando el uno por la muerte, el otro queda completamente libre para contraer segundas nupcias en la vida.—

3.º No se debe evitar el martirio con la fuga.—En los tiempos de la persecucion, había cristianos que no se encontraban con las fuerzas necesarias para arrostrar la muerte. Estos fieles por no abandonar la fé, ni aceptar los tormentos de la muerte, se ocultaban en las catacumbas, se alejaban de las ciudades, se refugiaban en despoblados montes, ó pasaban la vida en áridos desiertos. Pues bien, Tertuliano, estraviado por su celo, condenaba á estos hombres como prevaricadores, por que sin faltar á la fé, huían del martirio. Esta severidad no es cristiana. Dios no condena lo que no es pecado.—

4.º Los fieles *deben* observar con todo rigor dos cuaresmas.—Esto es mas que un error; es un gran pecado de usurpacion de las facultades de la Iglesia. Lo que es ó no obligatorio en la Iglesia, lo dicen los legisladores eclesiásticos; los Papas y los Concilios aprobados por los Papas.—

Fleury (libro vi, n. 3.) añade que Tertuliano atribuía al alma una especie de sustancia corporal, aunque trasparente, *segun lo habia enseñado* una de las dos *profetisas*, de las dos

mujeres inmundas que, como ya hemos visto, seguían á Montano.

Afirman Fleury y Natal Alejandro, que antes de morir, se apartó de los montanistas Tertuliano y fundó la secta de los *tertulianistas*, que se conservaron en Cartago unos 200 años, hasta que en los tiempos de San Agustín se convirtieron á la fé católica.

VII. Orígenes era egipcio. Pasó sus primeros años en Alejandría. Su padre el mártir San Leonidas le dió una educación brillante. Las letras humanas y la Sagrada Escritura eran para Orígenes ciencias familiares. Cuentase que su propio padre le besaba el pecho cuando se hallaba dormido, considerándolo como templo del Espíritu Santo. A los 18 años fue nombrado catequista de Alejandría. Tanto crédito adquirió en el ejercicio de su honroso cargo, que hasta los mismos gentiles, atraídos por la fama de su saber y su elocuencia, acudían á oírlo. Fue su discípulo Plutarco, el mártir. Al nadie ocultaba Orígenes su fé. Cuando mayor era el furor de los perseguidores, con mas denuedo, con mas cristiana valentía se presentaba ante los mismos tiranos, dirigiendo patéticas exhortaciones á los confesores, con desprecio de los tormentos y sin arredrarse ni aun con la amenaza de la muerte. Fue admirador de la pureza. Tanto era su horror á los placeres sensuales que, interpretando mal unas palabras de San Mateo (cap. xix, v. xn), se hizo eunuco.

Si fue puro en sus costumbres, si fue ardiente en sus creencias, su celo por la salvacion de las almas no desdecia de la santidad de su vida ni del ardor de sus creencias. Refutó á los *árabes* que negaban la inmortalidad del alma. Convirtió con su predicacion á Berillus que, como ya se ha dicho, no creia en la divinidad de Jesucristo, y por último, con su admirable dialéctica, mediante la gracia divina, llevó la verdad católica al corazon de San Ambrosio, entonces extraviado con la heregia de Valentiniano.

Tenia Origenes vivísimos deseos de sellar con su sangre su doctrina. Quería alcanzar á todo trance la palma del martirio. Cuando murió su padre quiso exhortarlo á la perseverancia, confesándose como el ferviente cristiano en las gradas mismas del cadalso. No le fue esto posible, por impedírselo con violencia su propia madre, no pudiendo hacer otra cosa, con una carta llena de ternura filial por un lado, de santo heroísmo por otro, manifestó á su padre con cuánto júbilo le acompañaría en el suplicio, cuánta era su satisfaccion al considerar que el autor de sus días vería muy pronto orladas sus sienes con la palma inmortal que ponen los ángeles del cielo en la frente de los hombres, que por amor á Jesucristo, reciben el martirio en la tierra.

Sin mas edad que diez y ocho años, fue prefecto de estudios, rector como si digéramos,

de la tan nombrada escuela de Alejandría. Cuando escribió los comentarios de la Sagrada Escritura, tenía constantemente ocupados siete amanuenses, y aun mayor número en algunas ocasiones. Hizo diversas ediciones de los libros santos, componiendo *El Tetrapla*, *El Exapla* y *El Octapla*.

Tenia *El Tetrapla* cuatro columnas, y en cada una de ellas se hallaba un testo especial. En la primera y la segunda se insertaban la traslacion de los *setenta intérpretes* y la de Aquila; en la tercera y la cuarta se veian con el orden mismo que se nombran las de Simaeo y Teodosion.

*El Exapla* tenia seis columnas. Ademas de los testos citados, en las otras dos columnas colocó los testos hebreo y griego.

*El Octapla* se componia de dos columnas mas, en las cuales se insertaban los testos de dos sáblos y piadosos hebreos.

Era en su tiempo tan célebre Orígenes, que todos los sacerdotes y doctores se le acercaban para pedirle consejo. Pero (¡lamentable desgracia!) este hombre, tan grande, tan sabio, tan benemérito de la Iglesia, engreído algun tanto con su celebridad, empeñándose en interpretar, segun su propio juicio, algunos pasajes de la Sagrada Escritura, en el sentido místico, despreciando el literal, cayó en gravísimos errores. La vanidad es la nube del genio.



Sostenia Orígenes, que los adictos á la letra, al sentido literal de la Sagrada Escritura, no conseguían el reino de los cielos; que para salvarse era necesario huir de la letra que mata, y abrazar el espíritu, el sentido místico que vivifica. — Este error es digno de profunda compasión. La Sagrada Escritura no dice lo que quiere atribuirle el hombre, sino lo que Dios ha querido revelar. El sentido místico no pueda nunca hallarse en contradicción con el literal, ni viceversa. —

Algunos escritores han defendido á Orígenes; muchos, sin embargo, han combatido su doctrina.

Orígenes consignó que esponía sus ideas como opiniones, no como dogmas; que las sometía al juicio del lector. (Oasi., lib. vi, número 64.)

VIII. Orígenes fue al Asia turbada en aquel tiempo por dos tenaces herejías. Dos Obispos de Palestina que visitó en su viaje, persuadidos de que Orígenes sería muy útil á la Iglesia, le confirieron las Sagradas Ordenes, elevándolo al sacerdocio. Tanto desagradó esto á Demetrio, Obispo de Alejandría, que lo depuso, lo excomulgó, y lanzó públicamente de la Iglesia. En esta desgracia otros Prelados cristianos á Orígenes y lo combatieron de boniferos. Estos tenían razón para hacerlo, porque era un brillante defensor del catolicismo. Su propio Obispo Demetrio, no era censurable por

su rigor, porque conocía la vanidad de su diocesano.

Orsi (tome III, lib. VII, núm. 33) dice que Orígenes durante la persecución de Decio, experimentó una dura prisión, con tormentos los más terribles que entonces se conocían. Tuvo cadenas gruesas en el cuello, le estrecharon los verdugos las piernas con anillos de hierro, y sufrió con santa resignación los dolores del ecúleo. Nada, ningún dolor, sin embargo, era bastante para hacerle tambalear en la fé. San Dionisio, Obispo de Alejandría, le escribió una carta, un libro para consolarlo y exhortarlo a la perseverancia. Orígenes vivió poco después de estos tormentos. Murió en Tiro en el año 253 de la era cristiana, a los 69 años de edad.

IX. Bernin (*Historia*, tomo I, cap. I.), citando a San Agustín (*Hæres.*, 64), dice que Orígenes faltó a la fé, ofreciendo incienso a los ídolos por librarse de los obscenos ataques de un corrompido y corruptor etíope. Después de su deportación, fue puesto en libertad. Se alejó entonces de Alejandría. Estando en Jerusalén, a petición del clero y del pueblo, subió a la cátedra sagrada con el fin de hacer una breve exposición de algún punto de la Escritura. Al leer las palabras del salmo 49: *Peccatori autem dixit Deus quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum peros tuum?* se creyó confundido; pensó que Dios, para reprehenderlo, había puesto delante de sus ojos

aquellas palabras, y con el rostro lleno de gruesas lágrimas, lanzando profundos suspiros, abandonó la cátedra sagrada, y se retiró lleno de terror á un lugar de soledad y silencio.

Acerca de la exactitud de este hecho, dudan algunos historiadores. Otros niegan que hizo penitencia. Sobre uno y otro punto pueden ser consultados Natal Alejandro, tom. vii, capítulo iv, art. 1.º, pár. iv, y Baronio, *Anales*, años de 532 y 548.

Respecto á sus obras, nadie duda que están plagadas de errores, y que fueron condenadas por los Papas Anastasio y Gelasio, y además por el Concilio quinto general. (Baronio, *Anales*, año 400, núm. 33.)

—La caída de Orígenes, como la de Salomón y San Pedro, son una terrible lección para los hombres de virtud y ciencia. La vanagloria es el gran escollo de los justos. ¡Desgraciados los varones virtuosos que no se abisman en la humildad! No es bastante la humana ciencia para evitar el crimen. *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.*

Los principales errores de Orígenes son los siguientes, y se encuentran en el *Periarchon* ó tratado de los principios, traducido y corregido por Rufino.

Orígenes se propuso impugnar la falsa doctrina de Ebion, Marción y Valentino; pero huyendo de un error, cayó en otro, y se alejó por completo de la verdad.

Decían los nombrados heresiarcas que los hombres eran esencialmente buenos ó esencialmente malos, segun que era bueno ó malo el dios de quien procedían. Contra ellos Orígenes estableció que solo Dios es esencialmente bueno; que no hay mas que un Dios, y que este, como conjunto de todas las perfecciones, no era ni podia ser malo; que los hombres, en fin, no eran por su esencia buenos ni malos, pero que podían serlo, *segun el uso ó abuso que hacían de su libre voluntad.*

Si con esto pretendia demostrar Orígenes que el hombre puede rechazar todas las tentaciones, practicar todas las virtudes, cumplir con toda la ley sin el auxilio de la divina gracia, indudablemente cayó en el mismo error que dos siglos despues diera tan triste celebridad á los pelagianos.

Sostenia tambien que los espíritus celestiales tienen alma y cuerpo como nosotros; que todas nuestras almas, como los ángeles, fueron creadas antes que el mundo; que por algun crimen que en el cielo perpetraron, en castigo fueron relegadas al sol, la luna, las estrellas y aun á nuestro cuerpo, para que se purificasen, viviendo en cierto modo como en una prision.

Acercá de los premios y las penas, Orígenes propalaba doctrinas muy estrañas. Segun él, ni los Santos están seguros en el cielo, ni los malvados pueden perder la esperanza de salir

algun día del infierno. ¡Qué delirio! ¡Para negar la eternidad se niega la justicia! ¡Para que el criminal no esté siempre apantado de Dios, se usurpa el cielo al alma del hombre virtuoso!...

Creía Orígenes que antes de este mundo hubo otro, y que cuando este perezca otros nuevos ocuparán su puesto, porque Dios no puede estar ocioso. Esta filosofía es ridículamente materialista. Este error no puede ser mas grosero. Supone que la infinita actividad de Dios solo puede ejercitarse creando y conservando seres materiales que se ven con nuestros ojos y se palpan con nuestras manos. ¿Quién es el hombre para fijar límites al infinito poder de Dios?...

De Orígenes se ha dicho que era el hombre de la contradicción; que *ubi bene utro melius; ubi male nemo pejus*.

La verdad es que tanto admira cuando se levanta, como espanta cuando se deja estraviar por el consejo de la mentira.

XI. Muerto Orígenes, sus secuaces no dejaron de turbar la Iglesia, diseminando sus errores por todas partes. El Papa Anastasio trabajó mucho para calmar la tempestad suscitada en Roma por los *origenistas*, capitaneados por el sacerdote Rufino y la infeliz Melania.

Aún todavía los origenistas perturbaban la Iglesia en tiempos del Emperador Justiniano. No desaparecieron de una manera completa, has-

ta que en el Concilio Constantinopolitano segundo, Cánón 11, fueron condenados todos los errores y todos los partidarios de Orígenes. (Orsi, tomo xviii, lib. xli, núm. 70).

XII. Era Novato presbítero de la Iglesia de Cartago. Hablando de él San Cipriano (Epist. 52) dice que era hombre avaro, inquieto y sedicioso. Muy desde el principio pareció sospechoso en la fé á sus Prelados, se le acusó de haberse apoderado de los bienes de los huérfanos y las viudas, despojando además á los templos de las limosnas que en ellos depositaban los fieles. Negó á su padre la sepultura, después de haberlo dejado perecer de hambre. Estando su mujer en cinta, la hizo abortar, dándole con el pie un golpe terrible en el vientre. No contento con estos crímenes, exhortó á Novaciano á la apostasía, invitándolo con satánicas reflexiones para que no escuchara, para que se opusiera á los preceptos del Papa San Cornelio.

XIII. Espondremos ahora las costumbres de Novaciano, para reseñar luego los errores de estos dos heresiarcas, tan unidos en la historia.

Siendo catecúmeno y hallándose en peligro de muerte, fue bautizado Novaciano, sin sujetarse á las observaciones y prácticas que en aquellos tiempos se exigían en la Iglesia.

No recibió el Santo Sacramento de la Confirmación, que en la primitiva Iglesia se administraba después del Bautismo. Como él no lo

recibió entonces, lo negó mas tarde, intentando lograr que nadie lo recibiese en lo sucesivo. Su vanidad era su consejero:—¡Que nadie poseyese una gracia de la cual él carecía! El despecho ó la corrupcion son siempre el origen de las heregias. Sobre este punto véase nuestra obra *El Papa y los gobiernos populares*. (Tomo I, cap. xxvi.)—

Esto, no obstante, Novaciano fue elevado al sacerdocio, á pesar de los Cánones, que prohibían recibir el presbíterado á los fieles bautizados como él, en el lecho de muerte, sia recibir la confirmacion, ni someterse á las pruebas que por precancion, tan necesaria en aquel tiempo, exigía la Iglesia. El clero y el pueblo por esta circunstancia, por no ver ademas justificada con su virtud la dispensa, no acogieron bien su ordenacion. Como mal cristiano, carecía del valor necesario para cumplir con sus deberes en aquellas difíciles circunstancias. Rogado por los diáconos para que se presentara á consolar y exhortar á la perseverancia á los fieles que esperaban en la cárcel el instante de recibir el martirio, contestó que le faltaban las fuerzas necesarias, que no abandonaba el lugar en que se habia escondido, que, en fin, ya no quería ser sacerdote, sino que aspiraba á desempeñar otros cargos menos comprometidos y peligrosos. Los cristianos se escandalizaban, aunque no estrañaban su vergonzosa cobardía. Pues aun hay en su historia



una cosa harto singular. Carecía del valor indispensable para cumplir con los deberes de un simple sacerdote, y no le faltó la ambición necesaria para desear, para solicitar, y aun para hacer grandes esfuerzos por ocupar, como Soberano Pontífice, la Silla de San Pedro.— Siempre los mas indignos son los mas ambiciosos. La humildad no es virtud para los hombres viciosos. Las personas corrompidas quieren conseguir las mas grandes dignidades, no para sacrificarse en beneficio de sus inferiores, sino para sacrificar y esplotar en su beneficio á todos los hombres que les están subordinados. Los hombres que con empeño buscan los honores, se muestran por este solo hecho indignos de recibirlos.—

Novaciano tenia fecundia, hablaba bien, era elocuente. Por esta razon sus discursos, aunque malos, malísimos por su fondo, eran escuchados con gusto por la belleza de sus formas. *Con esta sola virtud*, se creyó digno de la mas alta dignidad. Apenas supo que habia subido por canónica eleccion á la cátedra pontificia el Papa San Cornelio, no por conviccion, sino por despecho, por venganza, por consejo de Bolcebú, negó la legitimidad de la eleccion, se hizo nombrar Pontífice por tres Obispos ignorantes, se declaró abiertamente cismático, y fue el primer anti-Papa que dividió la Iglesia de Jesucristo.

Cuando administraba la Eucaristía á sus se-

cuaces, les exigía el juramento de no abandonarlo jamás, de no volver nunca á la comunión del Papa legítimo. (Baronio, *Anales* 254, núm. 61.)

XIV. Hé aquí ahora los errores de Noyato y Novaciano. Eran débiles en la fé, carecían de la fortaleza necesaria para confesar á Jesucristo delante de los tiranos, y enseñaban, no obstante, que no podía ser nunca perdonado el cristiano que por miedo á la muerte hubiese una sola vez quemado incienso en el altar de los ídolos.

Eran ambos escandalosamente corrompidos; cometían, se manchaban perpetrando todo linaje de crímenes; eran soberbios, ambiciosos, impuros; estaban, en fin, llenos de pecados, y afirmaban que en la Iglesia no había ni podía haber indulgencia para los fieles que después del Bautismo hubiesen cometido algún pecado.

—Esta contradicción es horrible. Generalmente el hombre, cuando se aparta de Dios, reprime con furia, con espantosa severidad en otros, las faltas que él con mas frecuencia que nadie comete. Esta es ley general. Todos los llamados *reformadores* de la Iglesia han imputado sus propios crímenes á la Santa Sociedad que fundara Jesucristo. Lutero el impuro, acusaba al catolicismo de falta de pureza. Enrique VIII, el tirano, combatía sin cesar lo que él llamaba la tiranía de los Papas. Así son todos los heresiarcas. No hay uno solo que no

necesite en todos sus hechos la reforma que tanto pondera con sus palabras.—

Siempre consecuentes con sus principios de rigor, los novacianos negaban el Sacramento de la Confirmacion; condenaban las segundas nupcias, y ni aun en la hora de la muerte daban la Comunión á los *bigamos*, á los casados legítimamente por segunda vez. (Fleury, libro vi, núm. 51.)

XV. Además de los nombrados, hubo otros heresiarcas en este siglo.

Nepote, Obispo de Egipto, entendiendo al pie de la letra un pasaje del Apocalipsis, y dándole una interpretación grosera, proclamó y con empeño y obstinación difundía el error de los *milenarios*.

Los *Angélicos* adoraban, como á Dios, á los ángeles, decían que á ellos era debida la creación del mundo, y se gloriaban por añadidura de vivir con angelical pureza. Ya comprenderán nuestros lectores que no puede haber nunca virtud en el corazón, cuando la vanidosa jactancia de la virtud ocupa siempre los labios.

Los *Apostólicos* se mostraban tan escesivamente rigurosos, que cerraban las puertas del cielo á todo el que poseyese riquezas. Estos no admitían en su comunión á los hombres casados.—Estos heresiarcas se apellidaban *apostólicos* quizá por su obstinación en apartarse de la doctrina de los Apóstoles. (Berti, *Historia del cristianismo*, secto. ii, cap. iiii.)

## CAPITULO V.

### Heregias del siglo cuarto.

#### ARTICULO PRIMERO.

—El Cisma, I y II.—Heregia de los *donatistas*, III.—Confutacion de San Agustin, IV y V.—Los Circumceliones, V.—Conferencia ordenada por Honorio, VI—Muerte de San Marcelino y Concilio de Cartago, VII.—

I. Para comprender con exactitud la historia de los *donatistas* es necesario distinguir el cisma de la heregia, porque ellos antes de ser hereges, fueron únicamente cismáticos.

Durante el cisma fueron dirigidos por un tal Donato, llamado el Primero, para no confundirlo con Donato, apellidado el Grande, que los arrastró á la apostasía.

En los primeros años del siglo iv, Mensurio, Obispo de Cartago, fue acusado ante el tirano Majencio, por haber librado de la persecucion y aun de la muerte á Feliz diácono, autor de una carta que se habia publicado contra aquel despótico Emperador. Mensurio hizo para defenderse un viaje á Roma. Al volver á su diócesis, en la mitad del camino perdió la vida. Para ocupar la silla de Cartago, vacante por muerte de Mensurio, fue elegido por unánime consentimiento del clero y del pueblo, Cecilia.

no, á quien consagraron el Obispo de Aptongo y otros prelados africanos.

Los adversarios de Ceciliano decían que su ordenacion era nula, porque los Obispos que le habian conferido eran traidores á la Santa Escritura y aun paganos. Además acusaban al nuevo de haber negado el alimento á los cristianos encerrados en la cárcel por no abandonar la fé de Jesucristo.

Se puso al frente de los conjurados contra Ceciliano, un tal Donato, Obispo de las Casas Negras en la Numidia. Esta secta se hizo poderosa merced á la proteccion que le dispensaba por vengarse de Ceciliano, Lucilla, señora española, influyente por su riqueza y su talento, que entonces se hallaba en Cartago.

En un conciliábulo celebrado en la Numidia fue depuesto Ceciliano, y nombrado en su lugar Mayorino, criado de Lucilla. Donato tuvo la debilidad de consagrar á este Obispo, tan irregular, tan ilegítimamente electo. Su eleccion era evidentemente nula. El origen de su elevacion era horriblemente escandaloso. Pero así son todas las heregias. No hay una sola que sin pudor pueda alzar el velo de ignominia que oculta su cupa. (Fleury, lib. ix, n. 34.)

II. Estó, no obstante, Ceciliano firme en su fé, rechazó los decretos anticanónicos del conciliábulo, y no consintió en abandonar su silla. Los *donatistas*, aficionados como todos los herejarcas á la potestad civil, con despre-

cio de la eclesiástica, apelaron á Constantino en demanda de fuerzas para deponer al Obispo legítimo de Cartago. Constantino, mas prudente, mas justo, menos sacrilego, pasó la cuestión en manos del Papa San Melquiades, quien el año 315, en un Concilio al cual asistieron diez y nueve Obispos, declaró que era legítima la elección de Ceciliano, válida su ordenación, y que por lo tanto no debía ni podia ser inquietado en nombre de la justicia.

Los *donatistas*, no conformándose con la solución del Soberano Pontífice, nuevamente apelaron al Emperador Constantino. Este procuró calmarlos primero; pero advirtiéndole que atendida su tenacidad, no era esta fácil tarea, encargó á Eliano, procónsul de Africa, que investigara si en realidad era cierto que Félix, el Obispo que ordenó á Ceciliano, habia sido traidor á la Iglesia, entregando á los idólatras las Sagradas Escrituras.

Conociendo esto los conjurados, sedujeron á un notario llamado Ingencio, quien se comprometió á jurar en falso, declarando que Félix y Ceciliano eran reos de los crímenes que se les imputaban. Por fortuna no tuvo el indispensable valor para ser perjuro, y en su declaración dijo todo lo contrario. Manifestó la verdad, y su testimonio probó la inocencia de los acusados y sirvió de ineluctable argumento contra la maldad de los acusadores.

Aun no contento con esto, desearon satis-

hacer los deseos de los donatistas complaciéndoles hasta la exageracion, mandó que en Arlés se reuniese un Concilio, en el cual se examinara de una manera definitiva esta cuestion. San Silvestre, á la sazón Papa, año 314 de la Era cristiana, envió sus legados al Sínodo, *los cuales presidieron en su nombre*. La causa fue examinada de nuevo, y nuevamente la sentencia fue favorable á Ceciliano, el legítimo Obispo de Cartago.—Ya este Concilio, celebrado en Arlés, ciudad de Francia, en los tiempos de Constantino, *fue presidido* por los legados del Sumo Pontífice. Lo propio sucedió algunos años despues en el Concilio de Nicea, presidido igualmente por el grande Ossio, Obispo de Córdoba, representante del Soberano Pontífice. Conviene fijar nuestra atencion en estos hechos para convencernos de que en los primeros siglos del cristianismo, como en los posteriores, los Papas ejercieron el primado de jurisdiccion, además del de honor en toda la Iglesia. Los que afirman que los Papas no fueron reconocidos como jefes de la Iglesia universal hasta el siglo xiii, no pueden menos de quedar confundidos al ver cómo desde el siglo iv y aun antes los Sumos Pontífices, como Vicarios de Jesucristo, han ejercido siempre su plenísima potestad en toda la Católica Iglesia.

III. Esto no obstante los donatistas no se apartaron del camino de las turbulencias. Cre-



cieron en número; aumentaron en poder y sus errores llegaron hasta una parte del clero romano.

Púsose al frente de los rebeldes cismáticos otro Donato, llamado el Grande, quien, como ya hemos indicado, no contento con el cisma, proclamó abiertamente la heregia. Donato, como dice San Agustín, se hallaba imbuido en los errores de Arrio. Ocupó el puesto del intruso Mayorino, y por sí y ante sí, por autoridad propia, se declaró Obispo de Cartago, no obstante los repetidos decretos de tres concilios y la definitiva sentencia de los Papas San Melquiades y San Silvestre. Este acto de sacrilega rebeldía fue el origen de la heregia de los donatistas. Hasta aquí solo han sido cismáticos ó miembros rebeldes de la Iglesia; en lo sucesivo los veremos, avanzando siempre en la carrera del mal, hasta convertirse en perfectos heresiarcas, y aun en encarnizados enemigos del cristianismo. Cuando el hombre comienza á rodar por la pendiente del error, de un abismo pasa á otro abismo y el fin de los abismos no lo encuentra nunca. (Orsi, tomo IV, lib. XI, n. 51 y 52.)

El error de los donatistas se extendió, y produjo sus estragos en Africa mas que en ninguna otra parte. Sostenían estos hereges que la Iglesia solo se componía de los buenos cristianos, de los justos, es decir, de ellos, y que los malos fieles, todos los que no pertenecían á

su secta, no podían como pecadores ser miembros de la Iglesia de Jesucristo.

De este principio inferían dos ridículas consecuencias:

1.<sup>a</sup> Puesto que los Papas, decían, no son donatistas, ó han defendido y amparado á los enemigos de Donato, los Papas no pertenecen á la verdadera Iglesia.

2.<sup>a</sup> Puesto que solo es santo lo que se hace en nombre de Donato, el Bautismo que administran los católicos no puede ser santo, no es ni puede ser puerta para la verdadera Iglesia, y por ende los que lo reciben no son ni deberían llamarse cristianos.

—Este monstruoso error, este absurdo, engendro de la humana soberbia, solo tiene un inconveniente, y es que con negar el principio, caen por tierra las consecuencias que de él se derivan. Veamos como.

—Donato, dicen, es el único representante de Jesucristo en la tierra.—

Se niega el principio. Esto es falso. ¿Cómo podría demostrarse nunca? ¿No admitió la revelación? Entonces su doctrina es absurda. ¿Admitió la revelación? Entonces, ¿en qué texto del Evangelio, en qué testimonio de Concilios, en qué definición pontificia apoyais esta exclusiva santidad de Donato? La soberbia humana en todas partes y en todos tiempos es parecida, es completamente idéntica.—

IV. Los donatistas pretendían apoyar su

;

absurdo error en algunos pasajes de la Sagrada Escritura.—La Iglesia, decían citando á San Pablo, no tiene mancha ni arruga.—Es cierto. Nadie dice ni puede decir lo contrario. La santidad es nota esencial de la Iglesia. La Iglesia católica es pura, es santa por la santidad infinita de su Autor y la divina santidad de su doctrina. Pero, ¿quién osará decir que fueron santos y puros los donatistas, que fue pura y santa su doctrina? Nadie. El testo de San Pablo es cabalmente una demostracion irrefragable de la verdad, de la santidad, de la divinidad del catolicismo.

Se apoyan tambien en otro pasage de la Sagrada Escritura, de la Apocalipsis, capítulo xxi, v. 27, en el cual se afirma que nada manchado, que ningun alma impura entrará en la Iglesia triunfante, en el reino de los cielos.

Pero ¿qué demuestra esto en favor de la heregía que impugnamos? ¿Qué tiene que ver, qué prueban en favor de los crímenes, impurezas y escandalosas rebeliones de los donatistas, las virtudes, la completa y perfecta santidad que necesitan las almas para volar al cielo?

Sería inútil emplear mas tiempo en la refutacion de estos errores. La Iglesia es santa, por que santa es su doctrina, Santísimo su Divino Fundador, y los Santos, los imitadores de Jesucristo jamás faltan en ella. Pero no daña,

no puede dañar á la pureza de la Religión católica las faltas, los crímenes mismos que puedan perpetrar los individuos que á ella pertenecen. La Iglesia no es una sociedad de ángeles, es un conjunto inmenso de hombres que pueden ser prevaricadores; pero que con la fé, los Sacramentos y las leyes de la Iglesia, pueden reformar sus costumbres, y de pecadores, mediante los auxilios de la divina gracia, convertirse en buenos y hasta en perfectísimos cristianos. La santidad de la Iglesia no consiste en que sean santos todos sus miembros; sino en que si quieren, cooperando á la gracia divina, todos tengan los medios y recursos indispensables para serlo. (Véase Natal Alejandro, tomo ix, dissert. 31.)

V. Los donatistas, los *únicos* santos, los hombres que tanto ponderaban su santidad, llenaron de escándalo el mundo con sus crímenes. Derribaban los altares de los católicos, rompían profanándolos, los sagrados cálices, arrojaban (¡oh sacrilegio abominable!) á los perros la Sagrada Eucaristía. Verdad es que segun refiere San Optato (lib. ii *de donatistis*), los mismos perros castigaban á sus dueños, revolviéndose horriblemente contra ellos, en justicia, como escarmiento de sus sacrílegas abominaciones.

Eran crueles con los católicos. No contentos con asesinar á los vivos, llevando su furor mas allá del sepulcro, desenterraban á los

muertes, y esparcian por el aire, despues de quemarlas en públicas hogueras, sus cenizas. (Baronio, *Anales* año 357, n. 152.)

¡Y estos hombres eran los *puros*, los *santos* por excelencia! Repetimos lo que hemos dicho. Los adversarios del catolicismo están siempre manchados con los vicios que imputan á la Iglesia. Y ¡cosa rara! los que llaman soberbia ó ambiciosa á la Iglesia, son los mas soberbios y ambiciosos. Los que la acusan de crueldad y tiranía, son cabalmente los mas crueles y tiranos. Los que, en fin, mas hablan de reforma, son sin duda los que mas necesidad tienen de una radical y completa reforma.—

Pero aun no hemos concluido con estos herejes. De los donatistas nacieron los *circunceliones*, los *santos y jefes de santos*, como los apellidaba Donato, quienes despues de haber formado una iglesia, segun su antojo, daban la muerte á todo el que sin réplica no admitia sus repugnantes caprichos.

El fanatismo de estos sectarios llegó á un extremo asombroso. Predicaban y practicaban el suicidio como un acto heróico. Se despeñaban arrojándose en precipicios, se lanzaban en grandes hogueras para ser devorados por las llamas, se arrojaban al mar para morir ahogados, ó con un hacha, del cuerpo apartaban su cabeza. ¡Y los que esto hacian se llamaban mártires! Las mujeres cometian los propios

atentados. Algunas, hallándose en cinta, se daban la muerte, por creer que así tenía doble mérito su *martirio*.

Esto, esto y nada mas que esto hace la razon humana cuando para alumbrarse con su pálida luz, llena de soberbia, quiere apagar la infinita luz del cielo.

VI. Los Emperadores Constantino, Constante y Valentiniano intentaron reprimir con leyes severas la pertinaz insolencia de los donatistas. Poco adelantaron, sin embargo.

Por el año 410 de la Era Cristiana, tanto abusaban los donatistas de la libertad que entonces se concedia á los hereges para profesar libremente sus erróneas creencias, que obligaron á los Obispos católicos á unirse, y todos unidos, dirigir en forma colectiva una solicitud al Emperador Honorio, rogándole que con la fuerza de la ley se opusiese á la sacrílega violencia de aquellos hereges que tanto afligian y turbaban á la Iglesia en aquel tiempo. (Orsi, tomo II. lib. xxv, n. 1.)

—Este fue el origen de la ley 51 del Código Teodosiano, tan censurada por los adversarios del catolicismo. Esta ley, en efecto, castigaba en algunos casos hasta con la muerte los excesos de los donatistas. Los que se espantan ó aparentan espantarse en vista de tanto rigor, observan el castigo y no atienden siquiera al tiempo en que se decretó ni á los motivos que lo hicieron necesario. Los dona-

titas no fueron castigados, porque eran hereges; esto les estaba permitido; sino por que su insolencia era tanta y su sacrilega osadía tan horrible, que insultaban á los católicos, derribaban los altares, pisoteaban las Sagradas Formas, y en no pocos casos, no contentos con profanar las cosas mas sagradas del culto, atentaban contra las personas hasta maltratarlas, herirlas y aun darles la muerte, cuando se les presentaba ocasion de hacerlo impunemente. ¿Y quieren los modernos filántropos que por que un hombre se llame herege, por el solo hecho de llamarse herege, quede exento de toda responsabilidad, y por ningún crimen se le considere digno de ejemplar castigo? ¿Quizá cuando un hombre perpetra un homicidio, por ser herege, deja de ser un homicida? Los *filósofos* que tanto declaman contra las leyes penales de la Iglesia, con una intencion que nunca puede escusarse, se fijan solo en el rigor de la pena y olvidan por completo los crímenes por los cuales la pena ha sido impuesta.—

Tambien mandó el Emperador Honorio que todos los Obispos católicos y donatistas celebrasen una conferencia en Africa con el fin de ponerse de acuerdo, abandonar el error, profesar la verdad, y vivir en paz, sometiéndose al Credo que todos debían venerar como santo, como verdadero y aun revelado por Dios.

Los donatistas rehusaron primero asistir á



la conferencia; pero obligados despues por las apremiantes órdenes del Emperador Honorio, se presentaron en Cartago, en número de 279. Los católicos, dispuestos á tomar parte en la cuestion, eran 268. Marcelino, el tribuno imperial, para evitar tumultos no consintió que todos asistiesen á la conferencia, exigió que por cada parte se designasen diez y ocho diputados, con plenos poderes para representar á todos los demas de su fraccion ó partido. Los donatistas por su parte se propusieron malgastar el tiempo en cuestiones secundarias, no entrando jamás en la verdadera cuestion, en la de averiguar cuál era la única Iglesia de Jesucristo.

San Agustin con su terrible dialéctica confundió á los donatistas. Les demostró que ellos no eran santos; que la Iglesia no se componia ni podia componerse de santos únicamente; que en ella había buenos y malos miembros; que, en fin, empeñarse en sostener que únicamente los justos pertenecen á la Iglesia de Jesucristo, era negar, era destruir la *visibilidad* de la Iglesia, era anonadarla como agregacion de fieles, que en la forma debida rinden á Dios el culto que le agrada.

Si solo los justos son miembros de la Iglesia, la existencia de la Iglesia, de la sociedad cristiana, es de todo punto imposible. Nadie puede penetrar en el corazon del hombre. Nadie puede saber si es pecador ó santo el hombre á quien se acerca. Luego no es posi-

ble tampoco que al acercarse veinte, ciento, un millon de hombres, puedan saber que son verdaderos cristianos, porque tampoco sabrán que están verdaderamente en gracia, que son verdaderamente santos. Pedir santidad á todos los fieles, es no poder reunir nunca dos fieles que puedan reputarse como verdaderos. En la Iglesia hay buenos y malos miembros. Los primeros edifican con su virtud á los segundos, y los segundos deben ser corregidos y santificados por los sacramentos de Jesucristo, y el ejemplo de los justos. Para todos hay santidad, aunque por su voluntad no todos la tengan.—(Orsi, tom. II, lib. xxv, n. 17.)

VII. Como era de esperar en la conferencia de que hemos hablado en el párrafo anterior, San Agustín obtuvo una señaladísima victoria. Muchos heresiarcas confesaron la verdad, abjuraron el error y abrazaron la Religión que les predicaba San Agustín. Los mas obstinados, no sabiendo defender sus doctrinas, no teniendo nada que contestar á los raciocinios y objeciones de San Agustín, apelaron al Emperador, deseando romper con la fuerza bruta, el lazo, los argumentos que no podían soltar con la fuerza de la razón. Por fortuna el Emperador Honorio, conociendo y cumpliendo con su deber, no quiso ni aun darles audiencia, antes por el contrario, sin recibirlos, les mandó que puesto que nada podían decir en favor de sus doctrinas, puesto que como se les

había demostrado eran falsas, las abandonasen y volvieran al seno de la Religión católica.

Irritados entonces los donatistas, no obstante su ponderada santidad, cometieron espantosas crueldades contra los católicos. Asesinaron al virtuoso Restituto, únicamente porque con su saber y su elocuencia defendía la verdad y santidad de la Iglesia de Jesucristo, de la Religión santa que profesamos por fortuna los católicos. (Baronio, *Anales*. 412, n. 1)

Unidos al conde Marino, también los donatistas calumniaron primero, para asesinar, como lo hicieron después al mártir San Marcelino.—Este era el carácter de los hereges que ahora nos ocupan. Los filósofos *humanitarios*, que tantas lágrimas vierten sobre la tumba de los perseguidos heresiarcas, no tienen nunca un suspiro para la memoria de los mártires sacrificados por el furor de los perseguidores hereges.—

El conde Marino favoreció á los donatistas y fue destituido de todas sus dignidades, en castigo de su sacrilega maldad, por el Emperador Honorio.

En el Concilio primero de Cartago, celebrado en los años 348 y 349, los Obispos cismáticos, renunciando á su error, se unieron á los católicos, y todos juntos dieron gracias al Señor por haberles librado de tan funesto cisma.

En aquel Concilio se prohibió rebautizar á los fieles que ya habían recibido el santo Bau-

tismo en la forma debida, lo cual era contra el error de los donatistas, que rechazaban como nulo todo bautismo no administrado por su secta. Se prohibió tambien venerar como mártires á los donatistas que voluntariamente se suicidaban, acordando, no obstante, que por conmisericordia no se les negase la sepultura.

Esta paz no fue, sin embargo, obstáculo para que los donatistas se conservasen en muchos puntos. Baronio (*Anales*, año 596, n. 16), dice que estos heresiarcas ocasionaron la ruina de la Iglesia en Africa. Véase, pues, cuán funesto influjo puede ejercer una errónea creencia. Africa es hoy bárbara. La barbarie se apodera siempre de los pueblos que abandonan la Religión de Jesucristo. ¡Quién sabe si la heregia de los donatistas seria la puerta por donde entró el islamismo, es decir, la muerte de la civilizacion en el suelo africano!...

## ARTICULO II.

### De la heregia de Arrio.

#### PARRAFO I.

Orígen de Arrio, VIII.—Sus errores y favorecedores, IX. —Sínodo de Bitinia, X.—Sínodo de Osio en Alejandría, XI.—Concilio ecuménico de Nicea, XII.—Condenacion de Arrio, XIII.—Fórmula de fé, XIV, XV y XVI —Destierro de Eusebio de Nicomedia y Carta maligna de Eusebio de Cesárea, XVII.—Destierro de Arrio, XVIII y XIX.—Decreto sobre los cuatordecimanos, XX.—Cánones, XXI.—Fé del Concilio, XXII.

VIII. Arrio fue africano. Nació en la Libia Cirenaica. Empujado por su ambicion, hizo un penoso viaje al Egipto, y se fijó en la próspera Iglesia de Alejandría, con el fin de obtener pingües beneficios. Tenia profundos conocimientos en la literatura y ciencias profanas. Su aspecto era severo y hasta repulsivo, pero dulce en su trato y afable en su conversacion. Cegaba su espíritu la ambicion de la humana gloria y el deseo de acreditarse, de adquirir fama en el mundo, sosteniendo peligrosas y aun falsas novedades.

Al principio pareció adicto á Melecio, Obispo de Licópolis, en la Tebaida. Melecio no era herege; no tenia ningun motivo para abjurar la fé, y mucho menos aun para tornarse en

perseguidor de la Iglesia; pero habiendo sido castigado y depuesto por San Pedro, Obispo de Alejandría, á causa de sus grandes y repetidos y escandalosos crímenes, por venganza y nada mas que por venganza, aconsejado por el despecho, en los primeros años del siglo cuarto, promovió un espantoso cisma en Egipto contra el legítimo y Santo Obispo de Alejandría, usurpándole hasta la potestad de orden. (Baronio, *Anales* 310, n. 4.)

Conociendo Arrio que las cosas de Melecio iban mal, y que á su lado y en su partido no podía adelantar mucho en su carrera, lo abandonó, no por fé, sino por cálculo, y por cálculo, que no por fé verdadera, se reconcilió con el Santo Obispo de Alejandría. Fue promovido al diaconado; pero conocidas bien pronto su ambicion é hipocresia, su vanidad y perfidia, su soberbia y falta de fé, como un malvado contumaz fue arrojado por San Pedro de su Iglesia. Hallándose el Santo Obispo de Alejandría en la cárcel y próximo á recibir la palma del martirio, Arrio mostrándose lleno de contrición, con semblante y apariencias del mas humilde penitente, quiso nuevamente reconciliarse con la Iglesia. San Pedro, como justo, como varon lleno de acendrada piedad, se hallaba dispuesto á perdonar y devolver su antigua confianza al lobo que con piel de oveja intentaba penetrar en el rebaño, en la santa sociedad de los fieles, para explotarla y despe-

dazarla. El Santo pidió consejo al cielo y en él vió la imagen de Cristo, con la túnica destrozada, en la cual se leían estas palabras: *Hanc mihi scidit Arrius. Præcave omnino ne cum in communionem recipias.* (Baronio, *Anales* 310, n. 4 y 5.)

San Pedro murió el año 311. Le sucedió en la Silla de Alejandria el descuidado Aquila, quien, sin tener en cuenta el prudente ejemplo de su antecesor, confirmó el presbiterado á Arrio, y aun le confió la parroquia de Bauceles en Alejandria. (San Epifanio, *Hereg.* 69.)

Muerto Aquila, Arrio, que ya era anciano, mostró vivísimos deseos de ocupar su puesto; pero fue preferido por el clero y el pueblo San Alejandro, hombre de mucho saber y purísimas costumbres.

Arrio, entonces, arrastrado por su indignación, comenzó á censurar en todo la conducta de San Alejandro. No solo impugnaba la persona, sino que empujado por la venganza, avanzando siempre en sus censuras, llegó hasta el punto de negar lo que enseñaba San Alejandro, de negar lo enseñado, lo revelado por el mismo Dios.—Lección terrible que nos demuestra en cuánto peligro se encuentra el hombre de abandonar la verdad, cuando ciego por el orgullo, inspirado por la venganza, se aparta de la caridad.—

Arrio impugnando á un santo Obispo, solo pensando en hacer la guerra á un hombre, ca-



yó en el insondable abismo de la soberbia, desde el cual, solo podían oírse las blasfemias que su impía lengua, movida por Satanás, enviaba sin cesar al cielo.

Sus principales errores son los siguientes:

1.º El Verbo Eterno, no es Eterno como el Padre, sino criado en el tiempo como el hombre.—

2.º El Verbo, Cristo, mutable por su naturaleza, abusando de su libre albedrío, hubiera podido pecar; pero manteniéndose siempre en los límites de la rectitud, jamás cometió pecado. Por esto el Padre, en premio de su virtud, lo hizo partícipe de su divinidad.

—Con muy poco trabajo se desvanecen estos errores.

¿Creeis en la revelacion? ¿Sí? Entonces solo podeis hablar de Dios, solo podeis explicar los adorables Misterios de la Trinidad Santísima, apelando á la revelacion de Dios; á lo que Dios por su infinita misericordia ha querido revelarnos.

¿No creeis en la revelacion? Entonces, comenzad por negar toda la heregia, que la supone, que sin ella es hasta inconcebible.

Ahora bien: admitiendo la revelacion, las Sagradas Escrituras, la tradicion, infalible cuando con una definicion dogmática se explica, se fija ó interpreta en los Concilios ecuménicos, ó por los Soberanos Pontífices, los errores de Arrio están rechazados y conde-

nados por toda la autoridad y toda la verdad de Dios.—

Arrio enseñó ademas que el Verbo en la Encarnacion habia tomado cuerpo sin alma, ó que la divinidad se habia convertido en parte del alma.

Esto parece una contradiccion. No puede extrañarse. *Stultus sicut luna mutatur.*

Los errores de Arrio se encuentran principalmente en la *Talia* y en la epístola que dirigió á San Alejandro, Obispo de Alejandria. (Baronio, *Anales* 315, núms. 19 y 20.)

IX. Comenzó Arrio esponiendo sus errores con temor, privadamente y no sin cautela. Pero despues, ya hecho menos tímido, mas arrogante, los diseminaba públicamente en su misma parroquia. San Alejandro lo reprendió con suavidad y prudencia; pero convencido de que con tan dulces medidas no conseguia nada, recurrió á disposiciones mas fuertes, mas severas, aunque siempre justas.

Ya no era Arrio el solo mantenedor de sus errores. Los predicaban tambien algunos miembros del clero, entre ellos un Obispo, el de Tolemaida, y varias otras personas importantes.

Para contener el mal en su origen, San Alejandro convocó un Concilio provincial, hácia el año 320, al cual concurrieron muchos sacerdotes, y unos cien Obispos del Egipto, la Libia y otros puntos. Celebróse este Concilio en Ale-

jandria. Arrio fue llamado, y no obstante su arrogancia, no tuvo valor personal, ó la necesaria confianza en sus doctrinas para sustentarlas en tan augusta asamblea. Sus errores, despues de un diligentísimo exámen, fueron condenados como heréticos.

San Alejandro, en una carta circular que dirigió á todos los Obispos de la Iglesia, dió cuenta exacta de la doctrina de Arrio, de su conducta y de los anatemas fulminados en el Concilio contra la heregia y contra el nuevo heresiarca. (Orsi, lib. xii, núms. 5 á 7.)

Esto, no obstante, Arrio, cada vez mas obstinado, cada vez mas ciego, se empeñó en luchar contra el Obispo, contra el Concilio, contra toda la Iglesia, y aun contra el mismo Dios. Su sacrilega lucha, como la de los ángeles rebeldes, solo podía tener un trágico fin. Arrio fue confundido en la tierra y maldecido en el cielo. ¡Ojalá su caída sirva de lección á los espíritus soberbios, que no conocen cuán cerca está la apostasia de la venganza!—

Sedujo Arrio á muchas personas. Entre sus discípulos se contaban individuos de ambos sexos. Su conducta con varias de las mujeres que le acompañaban, no estuvo exenta de culpas que á torrentes vertían la ignominia sobre aquella inmunda secta.

Arrio se puso bajo la proteccion de Eusebio de Nicomedia. Era este un hombre sábio, pero ambicioso y corrompido. Fue primero Obispo

de Beyrout; pero no contento con este pobrísimoo obispado, por sí y ante sí, sin razon ni autorizacion, porque así se lo aconsejaba su ambicion; se apoderó despues de la silla de Nicomedia, que le dió nombre.

Eusebio era amigo y obtuvo siempre la proteccion de Constanza, hermana del Emperador Constantino.

Engreido Eusebio con su talento y la alta proteccion de su amiga, para hacer alarde de su prestigio, favoreció al heresiarca. Escribió en su favor al Obispo de Alejandría San Alejandro.

Este santo Obispo no pudo escuchar, ni mucho menos atender las recomendaciones de Eusebio. Lejos de admitir á Arrio á la comunión católica, lo arrojó como contumaz de su Iglesia. (Sócrates, lib. i, cap. vi.)

X. Arrio entonces se retiró á Palestina, donde con sus engaños y malas artes logró captarse la voluntad de muchos Obispos y personas de influencia entre los cristianos.

Sabedor de esto San Alejandro, enteró en una carta de todo lo ocurrido á los Prelados de Tierra Santa, y estos, conociendo la verdad, privaron al heresiarca de su amistad y proteccion. Arrio, viendo que tan considerablemente disminuía el número de sus secuaces en Palestina, se trasladó á Nicomedia, en donde al lado de Eusebio, el literato é intruso Obispo, de quien ya hemos hablado, compuso en malos

versos su malísima, su impía y nefanda obra, titulada *Talia*, llena de blasfemias y repugnantes sofismas y asquerosas *chanzonetas* contra la fé católica.

Eusebio, empleando toda su influencia en beneficio del heresiarca, reunió en la Bitinia un Concilio provincial, compuesto de Obispos, en su mayor parte amigos de Arrio, ó humildes servidores de su protector. Estos Obispos dirigieron cartas á otros muchos Prelados de la naciente cristiandad, con el fin de obligarlos, por medio de sofisticas argucias, á pedir y obtener de San Alejandro que Arrio, sin hacer penitencia, sin abjurar sus errores, sin dejar de ser herege, sin dejar de escandalizar con sus discursos y escritos á la Iglesia, fuera admitido á la comunión de los fieles en Alejandria. Esto no debía, no podía suceder, y no sucedió. (Fleury, lib. x, núm. 37.)

San Alejandro conocia profundamente el corazón de Arrio.

En este tiempo, despues de la victoria de Licinio, el Emperador Constantino, libre de competidores, vió en completa paz su imperio.

Constantino deseaba sinceramente la paz y prosperidad de la Iglesia. Cuando al llegar á Nicomedia tuvo noticia de la grande escision que con motivo de la heregia arriana existia entre los Obispos de Oriente, experimentó un profundo pesar; lamentó con amarga pena el

mal, y con buena intención quiso ponerle remedio. Desgraciadamente, no bastan en los Príncipes las sanas intenciones para hacer el bien; es necesario además que se vean libres de malignos consejeros que le pinten el bien como el mal y el mal como el bien. En esta ocasión tuvo Constantino la infausta suerte de ser informado por Eusebio, el amigo de su hermana, el protector de Arrio, el Prelado, en fin, de algunas palabras cristianas en los labios y fe ninguna en el corazón. Este desgraciado Obispo manifestó á Constantino que la cuestión era de poco interés, que versaba en una mera confusión de palabras, que no afectaba á la fé en su esencia, que por último, debía ser resuelta con solo imponer silencio á las partes contendientes. Esta *solucion prudente*, muy propia de los consejeros pérfidos, sería parecida á la del médico que al ver subir la gangrena al corazón, inspirara absoluta confianza al enfermo, ordenándole que para recobrar al instante su salud, nada era mas fácil ni mas seguro que cubrir con oro y seda el cáncer, y dejar correr el tiempo.

Arrio negaba la divinidad de Jesucristo, y Eusebio, el *amigo de la paz*, el consejero *prudente*, como el médico citado, queria que la cuestión se resolviese dejando á los fieles en libertad de negar ó impugnar la divinidad de Jesucristo y por ende la divinidad de todo el cristianismo.—Forzoso es convenir en que Euse-

bio, el Obispo de Nicomedia, si no es el modelo, se parece mucho á Mons. Bienvenido, el Obispo que, *creyendo todo lo mas que podia*, creia en Dios Padre, el Obispo sin fé ni moral que pinta Víctor Hugo en *Los Miserables*.—

Constantino, engañado por Eusebio, escribió una carta á San Alejandro, rogándole ó *encargándole*, ó advirtiéndole no sabemos cómo, que por cuestiones de *tan escasa valía*, no era conveniente prolongar una cuestion tan agria como ruidosa.—Esto no es extraño. Siempre que los poderes civiles se entrometen en las cosas de la Iglesia, lo echan todo á perder. En manos legas nunca arde bien el incensario.—

Se ahondaba la division, y crecía el escándalo en el Oriente. Para remedio de tantos males fue enviado á Egipto por San Silvestre, Papa, como cree Baronio (*Anales* 318, n. 88), ó por Constantino, como opina Fleury (libro x, n. 43), el célebre Osio, Obispo, que por el largo espacio de 30 años había gobernado en España la Iglesia de Córdoba; varon tan respetado en aquel tiempo por su gran virtud como por su eminente ciencia. Tenía este gran Obispo español en su apoyo el prestigio de la constancia, pues había sufrido muchísimo durante la horrible persecucion de Maximiliano.

Osio, de acuerdo con San Alejandro, reunió un Concilio en Alejandría, en el cual, despues de estudiada con profundidad la cuestion, des-



pues de examinar y refutar con toda evidencia los errores de Arrio, fue nuevamente condenado este heresiarca y anatematizada su doctrina. (Orsi, lib. xii, n. 21.)

XII. Despues de esta nueva condenacion, Arrio dirigió una larga epístola al Emperador Constantino, en la cual intentaba justificarse y defenderse al propio tiempo.—Rehusaba la sentencia del Concilio, autoridad espiritual, y se sometia al fallo del Emperador, potestad temporal, autoridad que para el caso solo podía significar violencia. Cuando los hereges se muestran orgullosos ante los Papas, se degradan, se arrastran de una manera ignominiosa bajo los pies del representante de la fuerza material.—

Pero Constantino, bien informado en esta ocasion, contestó al heresiarca en una carta bastante estensa, en la cual, despues de refutar uno por uno todos sus errores, le apellida hombre maligno y pérfido, añadiéndole que habia escrito su carta para que, dándose al público, todo el mundo tuviese conocimiento de ella.

Irritados por esto los arrianos contra el Emperador, se vengaron de él insultando su nombre y mutilando á fuerza de pedradas su estatua. Constantino, al tener noticia de este atentado, con su gran prudencia mostró la magnanimidad que atesoraba en su alma. Lo escitaban sus consejeros para que impusiese un ejemplar castigo á los sediciosos, y él,

riéndose, llevándose la mano al rostro, exclamó: Pero ¿qué han hecho?—Yo no encuentro ninguna herida en mi rostro. (Orsi, libr. xii, n. 24.)

El desprecio es el mayor castigo que se puede imponer al insulto. No mencionamos el perdón, porque es una virtud exclusivamente cristiana, que nunca puede colocarse en el número de las penas ó castigos.

Convencido el Emperador de que un Concilio provincial no era suficiente para condenar y extirpar un error que tenía tan estensas ramas y hondas raíces, quiso que en Nicea, ciudad de Bitinia, se reuniera un Concilio ecuménico ó universal, al cual concurriesen Obispos de todo el orbe católico. Al instante ofreció á los Prelados con laudable generosidad todo lo necesario para tan largo y costoso viaje. (Orsi, lib. xii, núm. 25.)

Poco despues, el año 325, se encontraban reunidos en Nicea 318 Obispos, procedentes del Asia, Africa y Europa, de todo el mundo entonces conocido. (Fleury, lib. xi, número 2.)

Era por demas edificante el ver cómo la Iglesia entera se reunía en el Asia, tan unida, tan viva, tan floreciente, como renaciendo de las cenizas mismas de la revolucion. Entre los Prelados habla muchos que aun llevaban en sus frentes la huella del martirio. San Panusio, Obispo de la Tebaida, en la persecucion de

Maximino había perdido un ojo, arrancado con garfios de hierro, y un dedo del pie izquierdo destruido, mejor dicho, consumido con el fuego de un trozo de hierro candente. A San Paulo, Obispo de Neocesárea, por orden de Licinio se le quemaron ambas manos, también con un hierro encendido. También por la fé había perdido el ojo derecho San Potamon. Muchos otros Obispos del Concilio, atestiguaron la verdad de su fé, con el recuerdo de los dolores que les había ocasionado su constancia. (Orsí, lib. xi, núm. 26.)

XIII. San Silvestre, Papa, aprobó la idea del Emperador y le dió el necesario consentimiento para la celebracion del Concilio.—Bueno es tener esta circunstancia muy presente para contestar de una manera cumplida á los escritores superficiales, á los exagerados regalistas, que fundándose en el ejemplo de Constantino, sostienen que los reyes y no los Papas, son los que tienen el derecho de convocar el Concilio ecuménico. Esto es absurdo, por dos razones. Primera, porque, como ya hemos indicado, Constantino obtuvo para la convocacion el previo y necesario consentimiento de la Santa Sede, y segunda, porque no habiendo ningún Monarca que tenga dominio en todo el mundo es hasta inconcebible el derecho que por los regalistas se concede al sumo imperante, para la cita y convocacion de Obispos sobre las cuales no tienen jurisdiccion

ninguna, como acontece con todos los que pertenecen á naciones estrañas.

El Papa es el único poder que ejerce legítima y eficaz autoridad sobre todos los Prelados del mundo. Luego el Papa es el único que puede convocarlos para que asistan á un Concilio ecuménico.—

Ademas de esto, San Silvestre envió al Concilio, para que lo presidieran y dirigieran sus sesiones, á los legados Víctor y Vicente, sacerdotes romanos, y el grande Osio, Obispo de Córdoba. (Fleury, lib. xi, n. 5.)

El Concilio celebró su primera sesión en la gran iglesia de Nicea el día 19 de junio del año 325 de la Era cristiana. (Orsi, lib. xi, n. 22.)

Arrio fue á Nicea por orden de Constantino. El exámen de sus errores fue la primera cosa en que se ocuparon los Padres del primer Sínodo general.

El heresiarca, lleno de audacia, con absoluta libertad espuso sus erróneas doctrinas en el Concilio. Dijo todo lo que quiso, sin que nadie pusiera ningún obstáculo moral ni material al movimiento de su impia lengua.

Los Padres del Concilio eran católicos, fervorosos católicos en su inmensa mayoría. En un principio se contaron 20 Obispos arrianos; despues se redugeron á 17 por haber abjurado su error cinco; mas tarde abandonaron la heregia otros 12, y por último ya terminado el Concilio, solo quedaron dos impenitentes.

San Atanasio examinó y refutó uno por uno todos los argumentos en que apoyaba Arrio su falsa doctrina. Inútil es añadir que nadie pudo oscurecer la verdad con tanta brillantez y valentía espuesta por el Padre de la Iglesia que acabamos de nombrar.

Se leyó en el Concilio una carta de Eusebio, Obispo de Nicomedia, conforme en todo con la nueva heregia.

Con horror fue esta carta rechazada por los Padres de Nicea. Los eusebianos, no obstante, continuaban llamándose cristianos, y proclamando la heregia arriana, que negaba la divinidad del cristianismo. Es una contradicción inconcible.

XIV. Las preguntas que se hicieron á los heresiarcas fueron las siguientes:

1.<sup>a</sup> ¿Creeis que el Hijo de Dios es en *todo* semejante al Padre?

2.<sup>a</sup> ¿Creeis que es su verdadera imágen?

3.<sup>a</sup> ¿Creeis que subsiste en el Padre?

4.<sup>a</sup> ¿Creeis, en fin, que ha existido siempre, que es inmutable, que es engendrado en la eternidad, no hecho ni creado en el tiempo, que es la virtud de Dios, que es Dios mismo?

A todas estas preguntas contestaban los arrianos con evasivas ó violentas y estrambóticas interpretaciones de la Sagrada Escritura. No negaban; no afirmaban; eludían la cuestion. Pero su empeño, su obstinacion en espresarse con vaguedad, demostraba su error, su falso

sistema teológico, la necesidad de ocultar su pensamiento, hasta el punto de no dejar lugar á dudas.

**XV.** Convencidos los Padres de que los partidarios de Arrio, lo que querían era embrollar las cuestiones y ganar tiempo, para obligar á los heresiarcas á confesar ó negar la verdad de una manera esplicita, inventaron una palabra gráfica, que encierra completamente el dogma católico, que sirve y servirá siempre de norma segura para conocer quiénes son los que admiten y quiénes los que rechazan la divinidad de Jesucristo.

Este vocablo es el *omoousion*, griego, que equivale á *consustancial* en español.

Así pues, la cuestión podía plantearse en estos términos: ¿creéis, oh arrianos, que el Verbo eterno es *consustancial* al Padre, que es de la propia esencia del Padre, que, en fin, en cuanto la esencia en nada se distingue del Padre?

Planteadas así la cuestión, las evasivas son imposibles. Forzoso es decir, SI ó NO. Confesar ó negar la divinidad de Jesucristo.

Esta voz *consustancial*, no se encuentra en cuanto al sonido material, en las Sagradas Escrituras; pero en cuanto á la idea, en cuanto á lo que la palabra significa, se encuentra en cien pasajes de los libros santos. Pongamos algunos del mismo Salvador del mundo.

—Felipe, quien ME ve, ve á MI PADRE.—

—MI Padre y YO somos *una misma cosa*.  
(Joann. 10, v. 30.)

En estos textos del Evangelio se halla clara y espresamente consignada la *consustancialidad* proclamada contra los arrianos en Nicea.

XVI. La última sesión del Concilio, por complacer al Emperador, se celebró en el gran salon de su palacio.

Al penetrar Constantino en aquella augusta Asamblea, algunos Obispos arrianos le presentaron esposiciones, en las cuales apelaban á su fuerza material contra los decretos de la autoridad espiritual. Constantino, lleno de fé, reprendiendo á los heresiarcas, dijo: «Yo no tengo poder para juzgar á los Padres del Concilio. Ellos pueden juzgarme á mí. A ellos solo Dios los juzgará.»

El Emperador no quiso ocupar el asiento que se le había preparado, sin obtener antes el consentimiento de los Padres del Concilio. Sentado él, tambien se sentaron todos los Obispos. Eustaquio, Obispo de Antioquia, pronunció un brillante discurso, dando á Dios gracias por las victorias del Emperador, tan útiles para la paz de la Iglesia. Despues habló Constantino, prometiendo absoluta libertad á los hereges para espresarse en los términos que juzgasen convenientes. Pero nada tenían que decir. Estaban ya confundidos por la elocuencia de San Atanasio, y mas aun que por San Atanasio, por los remordimientos de sus conciencias.



En seguida se leyó el decreto, redactado por el grande Osio, en el cual se espuso el dogma católico con la misma claridad y precisión que hoy todavía se repite diariamente en todos los actos y protestaciones de la fé cristiana.

Entonces se fulminó el anatema contra todo el que negase la divinidad, la eternidad y *consustancialidad* del Hijo de Dios.

Entonces tambien, dice Baronio (*Anales* 325, n. 173), se mandó que los fieles al decir en sus oraciones—*gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*, añadiesen: *Como fue en el principio, ahora y siempre y en todos los siglos de los siglos.*—

Esto equivalia á ordenar que constante, perpetuamente, protestasen los fieles contra los heresiarcas, confesando la eternidad, la *consustancialidad* de las tres divinas personas.

XVII. Como ya hemos dicho antes, los Obispos arrianos que al principio fueron 22, al cerrarse el Concilio se redujeron únicamente á dos, puesto que todos los demas admitieron los decretos de Nicea.

Verdad es que algunos bien pronto volvieron á su error antiguo. Eusebio de Cesárea al dar cuenta á sus diócesanos en una carta Pastoral, de lo acordado en el Sínodo, se espresó en términos que revelan la poca ó ninguna sinceridad con que antes abjurara su falsa doctrina. Su carta fue solo una violenta diatriva, tan

falta de verdad como de justicia, contra los decretos de Nicea.

XVIII. Arrio aunque confundido por San Atanasio y abandonado por todo el Concilio, continuó diseminando su pestilencial doctrina. Los padres del Concilio lo escomulgaron y Constantino lo envió al destierro. Fueron también condenados en el Sinodo general todos los errores y todos los libros de Arrio, principalmente su inmundo libelo, llamado *Talia*. El Emperador publicó un edicto apoyando los decretos de Nicea, en el cual mandaba destruir las obras del heresiarca y con penas muy severas, aun con la muerte, mandaba castigar á los que infringiesen esta disposición civil. (Fleury, lib. xi, n. 24.)

Aunque este edicto parezca cruel, puede excusarse teniendo en cuenta el siglo en que se publicó, las razones políticas que lo hacían necesario, y sobre todo el ejemplo de los mas furibundos demagogos, que no saben nunca gobernar, dar ningun decreto, sin pronunciar la palabra *muerte*, ó indicar deseos de *exterminio y sangre*.

XIX. Los padres de Nicea despues de condenar la heregía arriana, suspendieron á Melecio, Obispo de Licópolis, privándolo de su silla episcopal, y prohibiéndole ademas que en lo venidero ordenara á ningun clérigo. Los partidarios de Melecio fueron no obstante admitidos á la comunión católica, con la

sola y única condicion de abandonar el cisma *meleciano*.

**XX.** Tambien se espidió un decreto para calmar los ánimos, entonces muy agitados en el Oriente con la cuestion del día en que habia de celebrarse la pascua. El Concilio acordó que abandonando el rito hebreo, debía aceptarse el romano, y en vez de celebrar la pascua el día 14 de la luna de marzo, se celebrase el domingo siguiente al día 14 de la luna que cae despues del equinoccio del invierno.

Los Padres declararon que esta era cuestion disciplinar y no de dogma.

Por mas que este asunto parezca de escasa importancia, en los tiempos á que nos referimos era origen de acalorada polémica y grandes disturbios.

Esta cuestion parece hoy microscópica. Sin embargo, muchas otras nos inquietan y perturban hoy mismo, que dentro de algunos siglos por su absoluta falta de interés, servirán de escarnio para nuestra edad.

**XXI.** Estableció, ademas, el Concilio veinte Cánones disciplinares, relativos al celibato, la consagracion de los Obispos y las prerogativas de las sillas patriarcales.

De esto no hablamos con mayor estension porque no conviene á nuestro propósito.

**XXII.** Los Padres de Nicea, por último, dirigieron una carta sinódica á todas las Igle-

sias de la cristiandad, dándoles cuenta de todo lo acordado en el Concilio.

Hecho esto, se disolvió el Concilio; pero Constantino quiso que los Obispos no se alejaran de Nicea, sin haber antes comido todos con él. Tuvo especial complacencia de rodearse en la mesa por los santos Prelados que mas hondas huellas conservaban en sus manos, en sus pies, ó en sus rostros de la crueldad de la persecucion. Antes de despedirse Constantino, dió un magnífico presente, digno de la munificencia imperial, á cada uno de los Obispos congregados en Nicea.

#### PÁRRAFO II.

—San Atanasio nombrado Obispo de Alejandría, XXIII.—Concilio de Tiro, XXIV.—Acusaciones contra San Atanasio y su destierro, XXV.—Arrió expulsado de Alejandría, XXVI.—Su perjurio, y horrenda muerte, XXVII.—Bautismo de Constantino y su muerte, XXVIII.—Division del imperio, XXIX.

XXIII. Un año despues del Concilio de Nicea, en 326, murió San Alejandro, Patriarca de Alejandría. Con unanime consentimiento del pueblo, los Obispos de Egipto nombraron para ocupar la vacante Silla á San Atanasio. Pero este varon justo, lleno de humildad, creyéndose indigno de tan alta honra, apenas tuvo noticia de su eleccion, como confundido, huyendo de

las gentes, cual un reo que corre ante la justicia, se escondió en un lugar oculto y solitario. Fue encontrado, y no obstante su tenaz resistencia, se vió forzado á ceder y ocupar la Silla patriarcal de Alejandria. (Fleury, lib. xi, n. 29.)

Esta eleccion fue de tanta alegría para los católicos, como de profunda congoja para los arrianos. San Atanasio, en efecto, por su ciencia y virtud eminentes era temido por todos los heresiarcas.

No pudiendo hacer otra cosa, para vengarse, los arrianos inventaron muchas calumnias, algunas hasta ridículas contra San Atanasio. (Orsi, lib. xii, n. 80.)

Los Obispos disidentes desterrados por Constantino, merced á una fingida retractacion volvieron á sus Iglesias.

Arrio, siempre favorecido por Eusebio de Nicomedia y Constanza, hermana de Constantino, recobró su libertad y se trasladó á Constantinopla. Desde esta ciudad dirigió Arrio al Emperador una espaciosa fórmula de fé, en la cual aparentando con indigna hipocresía aceptar la doctrina del Concilio Niceno, se confirmaba en todos sus errores. Constantino no conoció el mal y cayó en el lazo. Esto no obstante, confiando poco en su juicio, el Emperador no quiso considerarlo como católico antes que su fórmula fuese examinada y aprobada por los Obispos á la sazón reunidos en Tiro. En esta Asamblea, mejor dicho, en este Conciliábulo



dominaban los partidarios de Eusebio, y como era de esperar, Arrio fue absuelto. No podían condenarlo jueces que en su gran mayoría eran tan delincuentes como él. (Fleury, lib. xi, número 55.)

**XXIV.** En el Conciliábulo de Tiro los Eusebianos condenaron á San Atanasio y lo arrojaron violenta y sacrílegamente de su Silla. Pero antes de describir esta inícuca deposición y las circunstancias que la acompañaron, importáanos esponer aquí los cargos que contra San Atanasio habían formulado ante el Emperador los secuaces de Arrio. Sobre esto puede ser consultado Orsi, lib. xii, n. 92.

Por nuestra parte solo nos fijaremos en las principales acusaciones. Estas fueron las siguientes:

1.ª Que había con violencia atentado contra la virtud de una doncella llena de pudor.

2.ª Que había dado muerte á un Obispo de Ipseles, en la Tebaida, llamado Arsenio.

3.ª Que había derribado un altar y roto un cáliz.

4.ª y última. Que había impedido la remisión de víveres á Constantinopla, lo cual ante Constantino era un cargo de espantosas consecuencias.

Antes de pulverizar estas acusaciones, diremos algo acerca del motivo y ocasión con que se hicieron.

Concluido el templo de la Resurrección, fa-

bricado en Jerusalem por consejo y ruegos de Santa Helena, madre de Constantino, queriendo este solemnizar su inauguración, convocó a todos los Obispos de aquellas inmediaciones para dar mayor esplendor con su presencia a tan fausta festividad.

— Eusebio que no olvidaba nunca el interés de su secta, creyendo y no sin razón que los Obispos dispuestos a hacer el viaje, por malicia unos, por debilidad otros, todos se someterían a su estraviado juicio, sugirió al Emperador la idea de reunir un Concilio en Tiro para calmar los ánimos tan agitados con motivo de la cuestión arriana.

Constantino, siempre amigo de la paz, accedió a ello, sin advertir la red que insidiosamente se tendía debajo de sus pies.

— Eusebio además hizo llamar secretamente a todos los Obispos de su partido, para que no faltasen, y disuadir a los católicos, para que con *tan leve* pretexto no abandonaran sus diócesis. — Como se ve la malignidad es arma ya muy antigua en las elecciones. —

Se reunieron 69 Obispos. Los católicos debían ser y fueron en realidad muy contados. San Atanasio conociendo la trama urdida, no quiso emprender el viaje; pero como existía el proyecto de condenarlo en un corrompido tribunal, se le hizo asistir por fuerza al Concilio, mediante una orden espresa del Emperador.

— Con el pretexto de mantener el orden, Eu-



sebio, empleando para ello toda su influencia en la corte, consiguió que el conde Hilario, enemigo de San Atanasio, asistiese á la asamblea con un crecido número de soldados. — El pretexto para esta fuerza fue el indicado; la razón, el motivo verdadero fue el de intimidar á los pocos buenos, alentar á los muchos malos y con violencia imponer silencio al santo Obispo de Alejandría. Por estos ligeros apuntes puede comprenderse cuál era la índole del tribunal encargado en juzgar y pronunciar sentencia contra San Atanasio. Cuando la virtud es juzgada por el crimen, la condenación es infalible. La iniquidad no pronuncia nunca un fallo absolutorio en favor de la justicia. En un tribunal bueno, por caridad, puede ser absuelto un hombre malo; en un tribunal malo, jamás será ni puede ser absuelto un hombre bueno. —

XXV. Se abrió el Sínodo, ó hablando con mas exactitud, el Conciliábulo satánico, reunido para condenar como pecador á un varón justo, á un verdadero santo.

San Atanasio que por la dignidad de su Silla patriarcal, debía ocupar el primer puesto, mirado desde luego como reo, condenado antes de la sentencia, fue relegado al último lugar, donde en pie, y con asombrosa humildad, escuchó sin indignarse todas las acusaciones que se le dirigian. (Orsi, lib. xii, n. 97.)

San Potamon, viendo esto, lleno de santa

Indignación, dirigiéndose a Eusebio, que ocupaba un asiento entre los jueces, le dijo: «Eusebio, contéstame: tú y yo durante la persecución, hemos estado en una misma cárcel. Yo por mi firmeza en la fé, perdí el ojo derecho; tú saliste sano y salvo. *¿Cómo pudo ser esto*, sin que dominado por tu debilidad, cedieses a la voluntad del tirano?»

Eusebio, lleno de furor con tan terrible invectiva, se levantó, y por aquel día suspendió la sesión. (Orsi, lib. xii, n. 97.)

Abiertas de nuevo las sesiones, San Atanasio protestó contra aquel tribunal, en el cual todos sus jueces eran implacables acusadores. Su protesta, tan racional, tan legítima, como era de esperar, no fue escuchada.

Aquí se renovaron los cargos que ya hemos apuntado. Veamos ahora la solución que tuvieron todos.

Era el primer cargo que San Atanasio había atentado contra la virtud de una honrada mujer. Los eusebianos, apelando a la calumnia y la corrupción para perder al Santo Patriarca, se valieron de una mujer inmunda, la cual prometió decir públicamente ante los Obispos del Concilio que había sido pervertida por San Atanasio.

Supo este Santo Prelado a debido tiempo el lazo que se le había tendido, y para destruirlo, hizo que ocupara su puesto y hablara por él un sacerdote llamado Timoteo, amigo suyo.

Este en el Concilio se dirige á la mujer, y la dice: «¿Con que tal crimen ha cometido contra tí el Patriarca de Alejandría?—Sí.—¿Y conoces tú al Patriarca?—Sí. ¡Cómo no lo he de conocer!—¿Y quién es el Patriarca?—La mujer infame no lo conocía ni aun de vista, y no pudo por consiguiente decir quién era. Se turbó, y su turbación demostró con toda evidencia la maldad de los acusadores y la torpeza de la calumnia. ¡Aquella mujer no conocía á San Atanasio y antes había dicho que por mucho tiempo había vivido en íntima, hasta en criminal familiaridad con él... *Mentita est iniquitas sibi.*

Era el segundo cargo que San Atanasio había asesinado al Obispo de Ipseles, ciudad de la Tebaida. Por fortuna, Arsenio, el Obispo muerto, gracias á Dios, estaba vivo y sano, y por fortuna presente en el Concilio. Cuando vio que se le reputaba como muerto, y que por su muerte cual homicida, era acusado el santo Obispo de Alejandría, levantó su voz y dijo: *Ecce me. Mortui non loquuntur.*

Respecto al altar derribado y el cáliz roto, no es necesario decir nada. No hay ni puede haber en todo el mundo una sola persona que crea en tan fútil y despreciable patraña.

Esto, no obstante, San Atanasio fue condenado y depuesto. Conocida como era la *rectitud* de los jueces, otra cosa no era posible. San Atanasio, que imitaba á Jesucristo en la vir-

tud, no podía menos de ser condenado por los que imitaban á los fariseos en la ambición, soberbia, y dureza de corazón.

El mismo Constantino, no obstante los lazos de amistad que le ligaban á Eusebio, manifestó su desagrado por tan injusta sentencia. Entonces fue cuando los eusebianos, para escitar la cólera del Emperador, inventaron la calumnia de que San Atanasio había acordado impedir el envío de trigo de Alejandría á Constantinopla.

Esta acusación irritó á Constantino, y dándole crédito, sin prueba de ningún género, quiso primero imponer la última pena, y se contentó después con decretar el destierro contra el Santo Patriarca. (Orsi, lib. xii, n. 117.)

XXVI. La heregía arriana, como toda secta revolucionaria, era sumamente activa. Luchaba sin tregua y con la obstinación de un desesperado. El año 336 se celebró un Concilio en Constantinopla, en el cual, á fuerza de intrigas y trabajos los eusebianos lograron también adquirir preponderancia y condenaron á Marcelo de Ancira por el doble *delito* de haber sido defendido por San Atanasio en el conciliábulo de Tiro, y haber compuesto un libro contra Asterio el Sofista, partidario de la secta arriana.

Arrio logró hacerse admitir con violencia y malas artes á la comunión de los Obispos en Jerusalén. En este conciliábulo de Constantinopla, sin abjurar su error, intentaba ser re-



abilitado para poder justificarse ante los fieles mismos de Alejandría. No pudo conseguirlo. Los católicos le opusieron una obstinada resistencia. Dió esto ocasion á tumultuosos escándalos. Para evitarlos, el Emperador, cediendo á instancias de los mismos eusebianos, espidió un decreto en el cual se mandaba al heresiarca que cuanto antes fuese á Constantinopla.

Proponíanse sus partidarios hacer que fuera admitido como católico en la comunión del clero en la ciudad imperial. San Alejandro, Obispo entonces de Constantinopla, viendo que eran inútiles todas las fuerzas de la tierra, por consejo de San Jacobo Obispo de Nisibe, se entregó en un lugar solitario á la mas devota y humilde oracion, pidiendo á Dios la proteccion del cielo. Sus preces fueron escuchadas.

XXVII. Los amigos de Eusebio trabajaban incesantemente por demostrar á Constantino que Arrio no era herege, que su doctrina, por el contrario, era la mas pura y sana de toda la Iglesia. Pretendian que recibiese, *por un decreto del Emperador*, la Comunión de una manera pública y solemne en la dominica mas próxima. El día antes, sin embargo, Constantino, que cometia sus sacrílegas imprudencias, quizá con buena fé, por mera vanidad, intentó examinar la conciencia de Arrio, exigiéndole por escrito una profesion explicita de su fé, para ver si estaba ó no conforme con la fé de Nicea. El heresiarca redactó una especie de

símbolo, lleno de palabras oscuras y frases capciosas, en el cual, despues de afirmar lo que parecía negar con palabras vagas, concluía diciendo que creía *lo que habia creído toda su vida.*

Constantino, seducido por la maligna astucia del heresiarca, mandó al Obispo San Alejandro que le diera la comunión. Este venerable Prelado quiso disuadir al Monarca con razones llenas de justo celo; pero todo era inútil. Constantino se había declarado juez, y cuando la potestad civil se entromete en las cosas de la Religión, tiene siempre la debilidad de dejarse engañar por los malos, y la obstinacion necesaria para no ceder nunca, para irritarse cuando se le dirigen convenientes advertencias por los buenos.

Al separarse San Alejandro del Emperador, tropezó con el maligno Eusebio de Nicomedia, quien movido por su impiedad, se dirigió al Santo Obispo con estas palabras: «La cuestion está concluida. Si mañana no recibís á Arrio en vuestra Iglesia, me apodero yo de ella, y lo recibo yo.»

Esto equivalia á decir: «La cosa está convenida con la autoridad suprema. Si no accedéis á lo que se os propone, si no dais la santa comunión á Arrio, hoy mismo salís desterrado, y yo por decreto imperial me declararé dueño de la Iglesia constantinopolitana.»

Esto no era en Eusebio extraño. Lo propio

había ya hecho al abandonar por su propia voluntad la pobre iglesia de Beyrout, para trasladarse como intruso á la importantísima iglesia de Nicomedia.

San Alejandro, lleno de angustia, no por él, sino por los males que veía venir sobre su grey, se encerró en el templo, y con el rostro inclinado, regando el suelo con sus lágrimas, con fervorosísima oración pedía al Señor el remedio que todo el mundo le negaba en aquellas afflictivas circunstancias.

Mientras San Alejandro agobiado por la angustia enviaba sus plegarias al cielo, los eusebianos, en sábado, en la víspera misma de su sacrilega comunión, como á las tres de la tarde, llevaban con grande algazara, como en triunfo, al heresirca Arrio, por las calles de Constantinopla. En estos mismos instantes, en todo el calor de las aclamaciones y el entusiasmo, al llegar á la plaza, al lugar mas público, donde mayor era y mas entusiasta la concurrencia, donde mas furibundas aclamaciones escuchaba, donde mas desaforados y mas frecuentes eran los insultos que se proferían contra el santo Obispo, Arrio, sin saber cómo, de repente experimentó una fuertísima contracción en sus entrañas. Se queja, lo advierten sus mas inmediatos amigos, se detienen los que como en un pedestal, como en un trono, lo llevaban sobre sus hombros, para que descansase, lo bajan al suelo y pide que le lleven á un lugar oculto,



intentando satisfacer una necesidad pasajera de la naturaleza. Sus deseos son satisfechos; bien pronto queda solo en el lugar que indicara.

Sigue á todo esto un momento de confusion. Las turbas se alborotan, como encontradas olas se cruzan, todos murmuran, y con imponente furor todos preguntan:—¿Qué ha ocurrido?—

Pasan pocos minutos, la verdad es conocida, y el tumulto acaba. La inquietud desaparece y los ánimos se calman. Las murmuraciones se tornan en frases de liviandad ó buen humor. En aquellas circunstancias, la repentina descomposicion que en el vientre experimentara el heresiasca, no podia menos de inspirar á los agudos é ingeniosos constantinopolitanos frases de esas que escitan la risa cuando se escuchan, é indignan cuando se ven estampadas en un libro escrito con noble formalidad.

Pero pasa mas tiempo del que como necesario podia calcularse para la satisfaccion de una necesidad común, y Arrio no parece. La inquietud se graba en todos los semblantes. Esperan aun. Pasan algunos minutos. No viene. Vuelven á esperar. Tampoco viene. ¿Qué ocurre? Pasa tiempo y mas tiempo. Nada se sabe. La alarma cunde, el tumulto se renueva. ¿Qué hay? *¡Arrio ha muerto repentinamente!* Su cadáver yace con las entrañas destrozadas por la fuerza del dolor, en un lugar inmundo. (Baronio, Anales 336, n. 51 y 52.—Fleuri, libro xi, n. 38.—Orsi, lib. xii, n. 123 )

Fácilmente pueden calcularse las consecuencias de este pavoroso acontecimiento. Es un castigo del cielo! dicen todos los circunstantes; el terror domina en la ciudad, y muchos estraviados fieles, con aquella terrible lección, sintieron su corazón herido, escucharon la voz de Dios, y se reconciliaron con la Iglesia.

XXVIII. Un año después, en 337, murió el Emperador Constantino. Al hallarse enfermo y en edad algo respetable de 64 años, comenzó a temer por su vida. Salio de Constantinopla con el fin de tomar los baños en Helinópolis. No halló alivio. Fue mas tarde, tambien con el propósito de tomar baños a Nicomedia. Pero todo era en vano. El mal crecía y la muerte se acercaba. Quiso entonces recibir el santo Bautismo, para presentarse como humilde cristiano ante Dios, después de haber dominado cual poderoso Emperador en el mundo. Después de recibir el santo Bautismo, lleno de fe, dirigiéndose a los que rodeaban su lecho, dice: *Ahora sí que me encuentro verdaderamente feliz. Ya he recibido la verdadera vida. Ahora solo me falta volar para ser eternamente dichoso en el cielo.*

Acercas del bautismo y la muerte de Constantino, pueden ser consultadas las dos disertaciones especiales, la 23 y 24, escritas y publicadas por Natal Alejandro en su *Historia Eclesiástica*, tomo octavo de la edición que tenemos a la vista.

XXIX. Murió Constantino el día 23 de mayo del año 337 de la Era cristiana, dejando el imperio dividido, como todo el mundo sabe, entre sus hijos y sus sobrinos.

Hay tres acontecimientos en la vida de Constantino que no pueden menos de fijar nuestra atención.

El dió la paz á la Iglesia, dejó la Ciudad Eterna á los Papas, trasladando la Silla imperial á Constantinopla, y contribuyó poderosamente á la celebracion del Concilio de Nicea, primera asamblea católica en la cual, despues de los horrores de la persecucion, con serena paz, se vieron reunidos trescientos diez y ocho Obispos, de todas las partes del mundo entonces conocido.

Constantino es venerado como santo en el Oriente. En el *Menologio* de los griegos se celebra su fiesta el día 21 de mayo. Su nombre no se halla sin embargo en el catálogo de los Santos de la Iglesia romana. Prueba evidente de que Roma no decreta la santidad al que no la posee de una manera cierta, aunque el hombre sea Emperador, se apellide Constantino, ó con bienes temporales haya dispensado inmensos favores al catolicismo.

Roma que decreta la santidad aun en beneficio de los pobres esclavos, cuya única grandeza es su virtud, no canoniza ni aun á los Emperadores, por mas que le den la libertad, le permitan congregarse en Nicea, y abando-

nando su antigua residencia, dejen la Ciudad Eterna en poder de la Santa Sede.

La simple no canonización de Constantino es la mas completa apología del gobierno Pontificio.

... y ...

(**PAREMIO. III.**, (an-14) obel-9)

... de ...

**Eusebio de Nicomedia, Obispo de Constantinopla.**

**Sinodos de Alejandria y Antioquia, XXX.** — **Con-**

**cilio de Sardica, XXXI.** — **Concilio de Arles,**

**XXXII.** — **Concilio de Milan y destierro del Papa**

**Liberio, XXXIII.** — **Destierro de Osio, XXXIV.** —

**Caída de Osio, XXXV.** — **Falsa caída de Liberio,**

**XXXVI.** — **Primera fórmula de Simplicio, XXXVII.**

**Segunda, XXXVIII.** — **Tercera, XXXIX.** — **Qué**

**fórmula suscribió el Papa, XL.** — **Suscribió la pri-**

**mera, XLI y XLII.** — **Vuelta de Liberio a Roma,**

**Muerte de San Felix, XLIII.** — **División de los**

**arrianos, XLIV.** — **Concilio de Béziers, XLV.**

**Hasta el XLVII.** — **Muerte de Constantino, XLIX.** —

**El Emperador Juliano. Heregia de Lucifer, L.** —

...

...

**XXX.** El año 340, á los 98 años de edad

murió San Alejandro, Patriarca de Constanti-

nopla. Fue canónicamente nombrado para ocu-

par su Silla Pablo de Tesalónica. Constanzo, el

hijo de Constantino, que poco antes se habla

declarado arriano, uniéndose á los partidarios

de Eusebio, hizo deponer en un Conciliábulo

convocado al intento, al nuevo Patriarca. Eu-

sebio de Nicomedia, contra la disciplina en-

tonces vigente, merced al influjo de la corte, y

...

...

...



el espíritu de rebeldía que dominaba en los arrianos, fue trasladado por segunda vez, pasando de Nicomedia a Constantinopla. Eusebio es ya conocido por nuestros lectores. El talento, la ambición desmedida y la absoluta falta de fe, eran las dotes de este turbulento y sacrílego Prelado. (Fleuri, lib. xii, n. 7.)

Por este mismo tiempo se celebró un Concilio en Alejandría, al cual concurren cien Obispos. En él fue plenamente absuelto y justificado San Atanasio. Todo tribunal justo é imparcial se hubiera creído obligado á proceder de igual suerte.

Los eusebianos, apoyados por el Emperador herege, reunieron otro Conciliábulo en Antioquia, en el cual noventa Obispos, ó por seducción ó por miedo los mas, por depravacion algunos, reprobaron lo acordado en Alejandría, y renovando todas las antiguas calumnias, sin tener en cuenta la cumplida contestacion que habian todos recibido, volvieron á condenar á San Atanasio. Eusebio, el herege, necesitaba esto para conservar la Silla que tan sacrílegamente ocupaba.

San Atanasio fue depuesto nuevamente, y en su lugar nombrado el arriano Gregorio de Capadocia. (Fleuri, lib xii, n. 10.)

XXXI. El año 347 se reunió en Sardica, metrópoli de la Dacia, un Concilio ecuménico. Llegaron á reunirse en él doscientos setenta Obispos. Mas tarde se retiraron cincuenta ar-

rianos, porque los Padres se negaban á confirmar lo hecho y acordado por los heresiarcas en sus famosos Conciliábulos, celebrados en los años anteriores.

Asistieron á este Concilio, como legados del Papa Julio, los presbíteros Arquímedes y Filoseno, y el Obispo de Córdoba, Osio, que lo presidió, como ya antes había presidido el de Nicea.

San Atanasio fue en este Concilio declarado inocente. Sus acusadores fueron, por el contrario, condenados y depuestos de las Sillas pontificales que tan sacrílegamente ocupaban. (Orsi. lib. xiii, núms. 61 y 65.)

XXXII. El Emperador se mostró algún tanto favorable á los católicos por una de esas mudanzas inesperadas, tan comunes en los hombres de corazón liviano y cruel. Concedió libertad á los Obispos desterrados para que volvieran á sus diócesis. San Atanasio entró en Alejandría, y ocupó de nuevo su Silla, con grande alegría del pueblo, del clero y aun de casi todos los Obispos de Egipto. (Orsi. lib. xiii, núms. 86 y 88.)

Los arrianos no abandonaron jamás su sacrilega esperanza. Ante el Papa Liberio, como ante el Emperador Constanzo, no cesaban de presentar terribles y calumniosas acusaciones contra San Atanasio. El Papa, instruido á tiempo por los Padres de Sardica, no pudo ser sorprendido. Nunca consintió en apartarse, ni mu-

cho menos en condenar la fé católica que profesaba y sostenia San Atanasio. El Emperador menos cauto, de espíritu ligero y poco firme en la ley, se dejó seducir, cambió de opinion, volvió á sus antiguos propósitos y renovó sus antiguos decretos contra el Santo Obispo de Alejandría.

Constanzo se irritó contra el Papa, porque, sin someterse previamente á su potestad, había acordado, como jefe visible de la Iglesia, la convocacion de un Concilio.

Como para *castigar* al Padre Santo, el hijo de Constantino convocó á los Obispos con suma precipitacion, los reunió en Arlés y los forzó á suscribir la condenacion de San Atanasio, sin esperar tampoco á que llegaran y tomasen asiento los legados del Papa Liberio.

Constanzo se empeñó ademas en obligar á los legados á que firmasen las actas del Concilio contra lo que espresamente les estaba mandado por las leyes de Dios y los sagrados Cánones. Constanzo quiso imponer la pena de muerte á los Obispos católicos que no sancionaran la infame condenacion de Arlés. Despues se contentó con enviarlos al destierro.

XXXIII. Por órden de Constanzo, el año 355 se reunió un Concilio en Milan, al cual asistieron 300 Obispos.

El Papa Liberio por prudencia, por amor á la paz, envió tres legados para que lo representasen. San Eusebio de Vecelli asistió tam-



bien, no sin fuertísima repugnancia, porque conocía cuál era el espíritu que dominaba en aquella asamblea.

Los arrianos se negaron, con escándalo del pueblo, á suscribir el Concilio de Nicea, como pedía con santo celo San Eusebio. Constanzo, temiendo la indignacion pública, trasladó el Concilio á su palacio, con el fin de poder ejercer violencia sobre los Padres con mas facilidad, menos ruido y ningún peligro.

Mandó á los Obispos que suscribiesen la condenacion de San Atanasio.—No nos es lícito, no podemos, contestaron todos los católicos.

—Y ¿por qué no podeis? replicó el Emperador.

—Porque lo prohíben los sagrados Cánones.

—Aquí, contestó con sacrilega insolencia el Emperador Arriano, aquí no hay mas Cánón ni mas ley *que mi voluntad. El que no la cumpla será desterrado.*

Los Obispos católicos con el respeto debido al sumo Imperante, pero con la valentía que inspira el amor á la justicia, hicieron comprender á Constanzo lo errado, lo sacrilego de su conducta y los castigos que por ella hallaría despues de su muerte.

Lleno de irritacion el tirano, con la espada desnuda se arrojó sobre los inocentes Prelados. Estos no se inmutaron. Por amor á Jesucristo estaban prontos á recibir la muerte y nada les

importaba el perder en aquella ocasion la vida. Calmado un poco el Emperador, despues de insultarlos y amenazarlos los envió al destierro.

Hilario, uno de los legados, por la propia causa fue azotado en público.

No contento con esto, mandó llamar al Papa Liberio, y apenas llegó á Milan, le dió á escoger entre firmar la injusta condenacion de San Atanasio ó salir al instante desterrado para Berea, en la Tracia.

El Papa no tenía ni aun que pensar en la eleccion. Aceptó sin vacilar el destierro. (Orsi, lib. xiv, n. 41.)

—A estos gravísimos males, á estas horribles perturbaciones se espone la Iglesia, cuando los Papas, careciendo de poder temporal, tienen que considerarse como súbditos del gobierno que rige los destinos del país en que se halla la Santa Sede. Los Papas no deben ser nunca súbditos de nadie, para que la Iglesia no sea jamás perturbada. —

XXXIV. El Emperador se había empeñado en lograr la completa ruina del catolicismo. Despues de desterrar á Liberio, quiso hacer otro tanto, y lo hizo, con el grande Osio. Hábiase adquirido en la Iglesia este Prelado una grandisima autoridad. Era virtuoso y sabio.

Sus palabras eran respetadas y aun oidas con veneracion por los católicos. Era Obispo de Córdoba, cuya Iglesia había gobernado con prudencia y justicia por el largo espacio de mas

de cuarenta años. Había presidido los Concilios de Nicea y Sardica. En la persecucion de Maximiliano, no obstante los tormentos, se mantuvo firme en la fe. Su nombre, en fin, por todas estas razones era una grande autoridad en todo el Occidente.

Constanzo le mandó firmar la condenacion de San Atanasio. El Obispo le contestó con dignidad y firmeza, que cuidara del imperio y no pensara en la Iglesia.

Inútil es añadir que Osio fue enviado inmediatamente al destierro. (Eleury, lib. xiii, número 72.)

XXXV. Tenia ya Osio *cien años* de edad cuando fue enviado al destierro por el Emperador Constanzo. Mucho se habla acerca de la caida de este grande hombre. Los historiadores están muy divididos en este punto. Unos la niegan, la afirman otros, y los mas la presentan como dudosa, ó al menos procuran atenuar su culpa.

Lo cierto es que á los cien años su inteligencia no podía estar muy segura. Afligido por el destierro, atolondrado por las amenazas, debilitado por los años y los achaques, es probable que sin creer en la heregía arriana, por falta de fuerzas, firmase la segunda fórmula de Sirmis.

Osio fue perdonado y recobró su libertad.

No parece que Constanzo se hubiera mostrado así con él, si antes Osio no le hubiese

complacido, suscribiendo la condenacion de San Atanasio y todo lo acordado en los Conciliábulo de Arlés y Milan.

Segun cuenta San Hilario (*Fragm.* xi, n. 5), cuando Osio volvió á España, considerándolo como prevaricador, Gregorio, Obispo de Iliberris, no quiso recibirlo en su comunión. Fausto y Marcelino, escritores *luciferanios*, digeron que Osio habia muerto como un impío. Esto es falso. Si su caída no puede negarse, su penitencia es tan cierta como su pecado.

San Atanasio asegura, que al tiempo de morir confesó públicamente su falta, declarando que solo por violencia habia firmado la fórmula arriana. San Agustin asegura tambien, que Osio murió como católico. (Fleury, lib. xiii, n. 45.—Orsi, lib. xiv, n. 70.)

XXXVI. Se ha dicho que el Papa Liberio firmó tambien como Osio, la fórmula de Sirmis.—Ante todo, debemos advertir, que Liberio, como hombre, cediendo á la violencia, no hablando como doctor universal de la Iglesia, en definicion dogmática, *ex-cathedra*, no era ni podia considerarse como infalible. Un Papa puede errar como hombre. Jamás ha negado esto la Iglesia. Lo que aseguramos, y como dogma de fé creemos todos los católicos es, que el Papa, hablando como tal, *ex-cathedra*, á toda la Iglesia, ni ha errado, ni errará nunca, porque nunca le faltará la asistencia del Espíritu Santo.—Véase nuestra obra *El Papa*

*y los gobiernos populares*, tomo I, cap. xxxi, donde con no poca estension se examina este punto de tanta importancia, para fijar las cuestiones en nuestros dias.—

Por tanto los escritores que se apoyan en la *falsa* caída de Liberio para demostrar que los Papas no son infalibles, despues de fatigarse intentando probar la realidad de la caída, lo cual es algo mas que difícil, pueden estar seguros de que no consiguen su objeto.

En tal caso erraria el hombre, el doctor privado, lo cual nadie niega; pero nunca el error podria hallarse en el doctor universal de la Iglesia.

Pero ¿es cierto que Liberio suscribió la fórmula de Sirmis? Conviene advertir que estas fórmulas fueron tres, redactadas todas en el Conciliábulo que les da nombre por los arrianos, empeñados en destruir el *Credo* de Nicea. Los arrianos se jactaban de haber logrado que el Papa firmase sus tres fórmulas. Esto decian; pero no es cierto. Orsj, por el contrario asegura que Liberio no aprobó ninguna fórmula arriana, y que si volvió á Roma, su perdon, el alzamiento de su destierro fue debido á la piedad de las señoras romanas que con laudable perseverancia una y otra vez lo solicitaron del Emperador, hasta que por último en una buena hora lograron conseguirlo. (Osio, lib. xiv, n. 72.)

Otros historiadores confiesan sin embargo

que Liberio cometió por debilidad una falta como hombre, que nunca pudo manchar la tiara que llevaba en su frente como Papa. Esto aparecerá aun mas claro con lo que se diga en los párrafos siguientes.

**XXXVII.** Como ya hemos dicho, estas fórmulas tan tristemente célebres, fueron tres. La primera fue redactada en el Conciliábulo de Sirmis el año 351. Está redactada con palabras católicas y sentido sospechoso. Leyéndola sin prevencion, el mas hábil teólogo, sin faltar á la fé, pudiera considerarla como católica. San Hilario la tuvo por buena, dándole un sentido católico. San Atanasio por el contrario, la condenó entendiéndola en el propio sentido que le deban los arrianos.

**XXXVIII.** La segunda fue redactada tambien en Sirmis el año 357. Es evidentemente arriana. Con toda claridad se niega en ella la divinidad de Jesucristo, condenando y rechazando los vocablos *consustancial* y *semejante al Padre en la sustancia*, admitidos y sancionados por los Padres de Nicea. San Hilario condena esta fórmula como un tejido de blasfemias. Y en efecto, ningun católico puede juzgarla de otra manera.

**XXXIX.** Se escribió igualmente en Sirmis la tercera y última fórmula dos años despues, en 359. La tercera era peor que la primera, pero no tan abiertamente arriana como la segunda.

La primera negaba el *consustancial* y admitía el *sustancial*.

La segunda rechazaba estas dos palabras.

La tercera menos herética en la forma que la segunda, no admitía ni aun el *sustancial* de la primera, pero adoptaba el *semejante* que reprobaba la segunda.

XL. En cuanto á Liberio, lo cierto según parece, es lo siguiente. Constanzo había prometido á las señoras de Roma alzar su destierro y darle libertad; pero al propio tiempo había también ofrecido á los eusebianos no permitirle salir nunca de Berea, sin que antes aprobara la condenación de San Atanasio, y por consiguiente lo decretado en Nicea.

Para evitar este conflicto, cumpliendo á la vez estas dos palabras que con toda formalidad tenía empeñadas, Constanzo encargó á los Obispos arrianos Demófilo y Fortunaciáno, que con todas sus fuerzas procurasen inclinar á Liberio á que firmase la fórmula de Sirmis, para que pudiese volver á Roma. Deseando salir del destierro, en el cual había pasado ya tres años, Liberio, según se cuenta, puso su firma al pie de una de las nombradas fórmulas, y comunicó en cosas sagradas con los hereges condenados en Nicea.

Pero, ¿cuál fue la fórmula admitida por Liberio? Lo averiguaremos en el párrafo inmediato.

XLI. Valerio afirma que suscribió la ter-



cerá; pero esto no puede ser, porque esta no se redactó hasta el año 359, y por este tiempo ya Liberio se hallaba en Roma, libre del destierro. (Tournely, Theol., tom. II, p. V, q. IV.)

Blondel y Petavio enseñan que firmó la segunda. Esto no es ni siquiera probable. Es completamente arriana y Liberio jamás se hubiera atrevido á darle su aprobación. Le faltó el valor en el corazón, pero nunca el error, la incredulidad se apoderó de su alma.

Comunmente los historiadores aseguran que suscribió la primera, tomándola en sentido católico, como ya hemos visto que se podía tomar, según el mismo San Hilario. (Baronio, *Anales* 357, n. 45.—Fleury, lib. XIII, n. 6.—Orsi, lib. XIV, n. 71.)

XLII. Contra Liberio suele presentarse un argumento que, en nuestro concepto, no tiene fuerza ninguna. Natural es que censuraran por su debilidad á este Papa los escritores que oyendo hablar constantemente á los arrianos, á fuerza de oír ponderar y repetir hasta el cansancio la caída de Liberio, llegasen á creer en ella y le condenaran.

Lo indudable es que Liberio estando ya en Italia, se negó obstinadamente á suscribir la fórmula que le quería imponer el Conciliábulo de Rímini, y que por esto, por la firmeza de su fé, por su aversión constante al arrianismo, fue perseguido, tuvo que esconderse para no ser preso, y vivir escondido hasta la muerte

del Emperador Constanzo. Esta nueva persecucion es testimonio evidente de su pura ortodoxia. (Baronio, *Anales* 359, n. 37.)

**XLIII.** Liberio volvió á Roma el año 358. Fue recibido con grandes aclamaciones del clero y el pueblo. (Orsi, lib. xiv, n. 71.)

Baronio (*Anales* 357, n. 57), dice, no obstante, que halló el Papa á su vuelta algunos enemigos, por los rumores que habian circulado acerca de su caída. La calumnia siempre daña.

Félix II, durante el destierro del Papa legítimo, había ocupado la cátedra de San Pedro. Félix fue ascendido de una manera anticanónica. Pero mas tarde se condujo tan bien; mostró tanta rectitud y firmeza al sostener los derechos y doctrinas de la Iglesia; se mostró tan enérgico contra Constanzo, el perseguidor de Liberio, que habiendo comenzado por ser un anti-Papa, concluyó por morir y ser venerado como un santo mártir. Cuando Liberio entró en Roma, Félix abandonó la Silla pontificia y se retiró á una poblacion, distante 17 millas de Roma. En Ceri lo degollaron los soldados de Constanzo, queriendo castigarlo por haber fulminado la excomunion contra el Emperador. Benedicto XIV afirma que Félix II fue un verdadero mártir. Baronio dice que él mismo era de opinion contraria; pero que en tiempo del Papa Gregorio XIII, cuando se intentó borrar su nombre del catálogo de los Santos márti-

res, él, aunque de opinion contraria, halló fuertísimas razones que le obligaron á sostener la causa de su santidad.

XLIV. Por este tiempo los arrianos se dividieron en tres sectas distintas. La de los *amoneos*, partidarios de Acasio, Eunomio, Eudosio y Aezio, que se mantenían firmes en los errores de Arrio; la de los secuaces de Orsacio y Valente, que negaban la *consustancialidad* y la *semejanza*, y aunque en la doctrina eran poco escrupulosos, jamás variaron el nombre de *arrianos* y por último, la de los *semi-arrianos*, adictos á Basilio de Ancira y Eustaquio de Sebaste, que condenaban las blasfemias de Arrio, pero que nunca tuvieron el valor necesario para confesar la fé de una manera explícita, admitiendo en su *credo* el dogma de la *consustancialidad* en las Divinas personas.

XLV. Hablemos ahora del Concilio de Rimini. Esta turbulenta asamblea espantó al mismo San Gerónimo, haciéndole temer que fuese condenada la fé de Nicea, y que todo el mundo se encontrara, con sorpresa, convertido en arriano.—Ya se comprenderá que esta es una frase hiperbólica, encaminada á demostrar los estragos que hacían los errores de Arrio en los cristianos del siglo iv. La fé verdadera no podía faltar nunca. Es luz que conserva Dios desde lo alto del cielo. Jamás podrá ser estinguida por la soberbia de los hombres que habitan en la tierra.

Tanta era la turbacion de los fieles que en un mismo tiempo se celebraron dos Concilios. El de Seleucia en Oriente, y el de Rimini en la Iliria. (Fleury, lib. xiv.)

Celebróse el de Rimini el año 359. Concurrieron á él de toda Europa unos 400 Obispos. Entre ellos solo habia 80 partidarios del arrianismo. Todos los demas eran católicos. Al comenzar las sesiones, Orsacio y Valente, obstinados jefes del arrianismo, leyeron la tercera fórmula de Sirmis, redactada el año 359 y se empeñaron en demostrar que debía ser adoptada en todas sus partes como ortodoxa por los Padres congregados en Rimini.

Los Obispos católicos rechazaron con tenacidad esta fórmula, conservaron la de Niza, condenaron nuevamente como herética la doctrina arriana, y, despues de fulminar el anatema contra los errores de Sabelio y Ectino, tambien condenaron á los mismos Orsacio, Valente, y todos los obstinados secuaces de la condenada heregia de Arrio.

XLVI. Los católicos enviaron 10 legados al Emperador, como representantes de todos los Padres, encargados en manifestarle todo lo acordado y resuelto en Rimini. Los arrianos hicieron lo propio; pero habiendo procedido con mas ligereza, tuvieron ocasion de llegar antes á la residencia imperial é informar á Constanzo á su manera de lo acontecido en el Concilio. El Emperador con este relato quedó

tan prevenido contra los católicos, que ni aun quiso dar audiencia á sus legados. Les dió órdenes para que lo esperaran en Adrianópolis, donde serían recibidos.

Los legados católicos fueron enviados á Niza, ciudad en la cual, contra lo ordenado por el Concilio, comunicaron con los arrianos. Allí firmaron una especie de fórmula, en la cual, intentando á todo trance obtener la paz, sacrificaron y aun abandonaron la verdad. Estos legados fueron vencidos. Su vuelta á Rímini fue un verdadero triunfo para los herejarcas. Los Padres católicos, unos se retiran, otros se desalientan, se intimidan no pocos, y el resultado fue, que olvidando su primitiva constancia, poniéndose en contradicción consigo mismos, reprobaron lo aprobado en sus primeros acuerdos. El Concilio de Rímini comenzó como católico, y concluyó como turbulenta y sacrílega Asamblea arriana.

XLVII. El Emperador mandó que el Concilio no se disolviera. Dió órdenes para que la fórmula de Sirmis fuese aprobada, y *lo fue*. Quiso que los arrianos, aunque pocos, dominasen por la violencia sobre los católicos, que eran mucho mas numerosos, y sus deseos fueron satisfechos. Orsacio y Valente, llenos de satisfaccion, dirigieron una carta á Constanzo, manifestándole que por fin habian logrado enseñorearse del Concilio.—Esto es notable. Los hereges, que tan denodados se muestran cuan-

do resisten á la autoridad de la Iglesia, cuando se trata de la autoridad imperial, suelen ser hasta serviles aduladores, degradados á fuerza de complacencia y humillación.

**XLVIII.** La caída real ó aparente de los Padres de Rímini, puede ser explicada, ya que no enteramente disculpada de una manera satisfactoria.

Se disputaba sobre si debía ó no sancionarse la fórmula aprobada por los legados en Niza. Las opiniones estaban divididas. Valente, heresiarca, comprendiendo lo crítico de las circunstancias, se levantó, y con voz muy alta, protestó enérgicamente contra los que le suponían arriano. En una fórmula capciosa espuso su fé, con palabras que podían ser interpretadas en sentido católico. Los Papas así lo hicieron. Dieron fé á las protestas de Valente, entendieron sus palabras en sentido contrario al que les daba él mismo, y creyeron que en nada derogaban lo decretado en Nicea.

Los arrianos mismos explicaron la significación verdadera de sus palabras.

El Concilio de Seleucia, dominado por los heresiarcas, se dividió de una manera espantosa, y no pudo convenir en nada ni expedir un solo decreto.

**XLIX.** Despues del Concilio de Rímini, los arrianos, no contentos con la nueva fórmula algo ambigua, redactaron otra en términos claramente opuestos á la verdad católica. Sin

embozo ninguno se manifestáron tales cuales eran, negando de una manera impía la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, admitiendo su creacion en el tiempo, y restableciendo, en fin, en todas sus partes, la antigua y genuína heregía de Arrio.

Fleury (lib. xiv, n. 43), dice que los arrianos redactaron hasta seis fórmulas. No puede extrañarse. Los heresiarcas nunca pueden mantenerse firmes en sus juicios. Lo que niegan hoy lo distinguen mañana, para negarlo al día siguiente, y mas tarde confundir y revolver la negacion, distincion y afirmacion, formando con con estas tres cosas un caos espantoso, una horrible Babel que nadie entiende, y menos que nadie sus propios autores. El libre exámen es la confusion en todo lo que toca.

El Papa Liberio rechazó con absoluta energia la fórmula de Rímini, y antes aceptó el destierro, que dar su aprobacion á lo acordado turbulentamente en aquel Conciliábulo. El año 360, por no aprobar la fórmula de Rímini, huyendo del Emperador, el Papa Liberio se encerró en las Catacumbas, donde perseveró hasta la muerte de Constanzo, acaecida el año 361.

San Gregorio Nacianceno dice que Constanzo se arrepintió en sus últimos momentos, y confesó públicamente sus faltas. (Orat. 21.)

Otros niegan, ó al menos ponen en duda esta penitencia. Lo indudable es que Constanzo



murió en los brazos de Eusoio, Obispo arriano.

Inútil es advertir que con la muerte del Emperador acabaron los disturbios que con su apoyo producian los secuaces de Arrio. (Orsi, libro xiv, n. 116.)

L. Conviene aquí decir algo acerca de la heregia *luciferiana*.

Lucifer, Obispo de Cagliari en Cerdeña, fue primero un Prelado excelente en letras y santidad. Confesó la fé con admirable constancia, y mereció bien de la Iglesia. Mas tarde, sin embargo, el año 362, irritado porque San Eusebio no quiso aprobar la eleccion que él hiciera para la Silla de Antioquia, se apartó de la comunión de San Eusebio, despues de la de San Atanasio, concluyendo por desobedecer al mismo Papa Liberio.

Lleno de despecho, se retiró á su Iglesia de Cerdeña, en la cual murió ocho años despues, en 370: (Orsi, lib. xv, n. 60.)

Es casi seguro que Lucifer se reconcilió con la Iglesia antes de morir. Lo cierto es que, segun dice Calmet (*Hist. Sacr. et Proph.*, libro lxxv, n. 110), en Cagliari se le considera como Santo y se celebra su fiesta el día 20 de mayo.

Benedicto XIX en su célebre obra *De Beatificatione et canonizatione Sanctorum*, tomo I, libro I, cap. xl, dice que en 1641 la Sagrada congregacion de la Inquisicion Romana, con un

decreto impuso silencio á los que disputaban en pro ó en contra de la santidad de este Obispo, y mandó que en punto al culto que en Cagliari se le tributaba, se observarse en todo la antigua costumbre.

Los Bolandistas, *dia 20 de mayo*, página 207, defienden fuerte y tenazmente este decreto de la congregacion.

#### PARRAFO IV.

Juliano el apóstata, XLI—Joviniano, LII.—Valentiniano y Valente, LIII.—Muerte de Liberio, LIV.—Matanza de Valente, LV y LVI.—Lucio. Persecucion de los solitarios, LVII.—Muere Valente, LVIII.—Persecucion de Genserico, LIX, LX y LXI.—Unerico, LXII hasta el LXIV.—Teodorico, LXV y LXVI.—Leovigildo, LXVII y LXVIII.

LI. Muerto Constanzo, ocupó el imperio Juliano. Era cristiano y se portó como tal en los primeros dias de su reinado. Permitió á los Obispos desterrados por su antecesor que volvieran á sus iglesias; pero mas tarde, dominado su corazon por un odio inconcebible al cielo, hizo la guerra mas cruel y espantosa que pudiera imaginarse, á todo el cristianismo. Se empeñó en abolir la Religion de Jesus y reemplazarla con los muertos dioses del Capitolio y el Olimpo. Juliano dispensó una proteccion efficacísima á todos los adversarios de Jesus. Restableció el culto pagano, abriendo ó levantando de nuevo sus cerrados ó destruidos

templos. Con el objeto de impugnar el Evangelio, dió fuertísimas cantidades de dinero á los judíos para que reedificasen el templo de Jerusalem. No obraba así Juliano por afecto á la sinagoga, no; se proponía en esto, como en todo, hacer guerra de esterminio á la Religión católica. Jesus había dicho que no quedaría piedra sobre piedra en el templo de Jerusalem. Creían, y creen los fieles que en castigo del deicidio, los judíos no pueden tener pueblo, Rey ni templo. Pues bien: para desmentir á Jesucristo, Juliano quiso reedificar el templo, para probar con un hecho que las profecías del Redentor podían no tener cumplimiento. Juliano sin embargo quedó confundido. Sin que nadie lo impidiera, el templo no pudo levantarse. De sus mismos cimientos brotó un fuego espantoso que consumió hasta los materiales reunidos á costa de tantos afanes y tan inmensos sacrificios. Este es un hecho que nadie niega. Los incrédulos lo atribuyen á la casualidad; los católicos no lo negamos, con tal que se convenga en que la casualidad fue tan oportuna, tan bien dirigida, tan sablamente ordenada, como si Dios mismo con su infinita sabiduría se hubiera encargado en prepararla. La *casualidad* confundió á Juliano y demostró que el cielo y la tierra *pasarán*; pero que las palabras de Dios jamás dejarán de ser cumplidas. Estas casualidades no se distinguen en nada de los milagros.

También Juliano hizo al Cristianismo una guerra hipócrita y traidora, impidiendo el estudio á los católicos y queriendo destrozlos con la miseria, para *purificarlos*, como él decía, con la práctica de la pobreza.

Juliano, sin embargo murió y el catolicismo vive. La muerte de este perseguidor debe ser aquí referida.

En el año 363 peleaba este Emperador contra los persas. Una flecha le atravesó el costado. La herida era incurable. Pocas horas despues, el día 26 de junio, á los treinta y un años de edad, Juliano era ya un cadáver. Antes de morir, siempre irritado contra Dios, siempre lleno de odio al cielo, con acento de horrible desesperacion, aludiendo á Jesucristo, pronunció estas palabras: ¡¡VENCISTE, GALILEO!!!...

Siempre es vencido y confundido el hombre, cuando ciego por su soberbia, se empeña en arrojar de su trono á Dios. (Sos., lib. vi, cap. 11.)

LII. Muerto este Emperador, en el mismo día, los soldados nombraron para ocupar su puesto á Joviniano. Este Emperador fue católico y favoreció el catolicismo. Durante su reinado, cortísimo por desgracia, los arrianos y semiarrianos, no pudieron perturbar la Iglesia. Ocho meses despues de haber subido al imperio, á los treinta y tres años de edad, murió el Emperador Joviniano.

LIII. Muerto Joviniano fue nombrado Emperador por el ejército Valentiniano. Este dividió el mando supremo con su hermano Valente. El primero favoreció á los católicos en Occidente; el segundo persiguió de una manera horrorosa á los cristianos en Oriente.

LIV. El año 366 murió en Roma el Papa Liberio. Antes de abandonar la vida tuvo el inefable consuelo de recibir una legacion de muchos Obispos orientales, que querian reconciliarse con la Iglesia católica.

Catorce años duró el pontificado de Liberio. San Basilio, San Epifanio y San Ambrosio lo llaman *Papa de santa memoria*.

Después de Liberio, ocupó la cátedra pontificia su constante amigo San Dámaso. Sufrió muchísimo este Santo Pontífice, con la herejía de Orsino ó Orsicino, que tuvo hasta la sacrilega osadía de apoderarse de la Silla de San Pedro, y pretender, como si fuera Pontífice soberano, gobernar la Iglesia. (Orsi, lib. xxxii, n. 34.)

LV. Valente fue enemigo constante de la Iglesia. Al ser bautizado por Eudocio, Obispo arriano, juró vivir en perpétua guerra con los católicos, y desgraciadamente cumplió su palabra. En una sola ocasion mandó asesinar, sepultándolos en el mar, después de pegar fuego á la débil barca que los conducía, á 80 eclesiásticos, que en comision de los fieles de Oriente, iban á Nicomedia, con el objeto de

manifestar al Emperador cuán horrible era la persecucion que sufrían, y rogarle al propio tiempo que los tratara con justicia y benignidad.

Este hecho revela todo el corazón de Valente.

LVI. La persecucion de Valente fue general.

En Edesa desterró á muchos sacerdotes. Afligió á San Basilio; Atormentó á los discípulos de San Melecio, y tanta fue su crueldad contra los cristianos, que al describirla, San Gregorio Niceno, sin hacer mas que referir los hechos, traza un cuadro de angustias, de lágrimas y sangre que desgarran el corazón.

Su persecucion se extendió á Palestina, la Arabia, la Libia, y muchas otras provincias, sujetas á su dominacion insoportable.

LVII. Habia en Egipto muchos cristianos; que por no abandonar su fé, se retiraban al desierto, ó vivían en los montes, cultivando los campos, disecando los pantanos, ó ejerciendo la mas útil industria, con el fruto de su sudor y el trabajo de sus manos.

Valente, instigado por los arrianos, declaró guerra á muerte á estos santos monjes. Les mandó que como soldados sirvieran en el ejército, y en alguna ocasion, no contento con esto, hizo asesinar á muchos centenares. (Oros., lib. iii, cap. xxxiii.)

LVIII. Valente murió el día 9 de agosto

del año 378. Derrotado por Fritigernes, Rey de los godos, intentó salvarse confiando en la agilidad de su caballo. Fue alcanzado y herido por una flecha. Para curarle fue llevado por los soldados que le rodeaban á una casa cercana. Vienen los vencedores, quieren penetrar en ella, encuentran resistencia, y para superarla, incendian la casa, y en sus llamas pereció Valente con todos los soldados que le acompañaban.

Ocurrió en esta ocasion un hecho que no debemos omitir. Al caminar Valente para la guerra, se le acercó un santo monje y le dijo:

—¿A dónde vas, oh Emperador?

—A pelear contra los bárbaros.—

—Y, ¿cómo tienes valor para pelear contra los bárbaros despues de haber hecho tanto tiempo la guerra á Dios? Huye de la lucha, porque en ella perecerás.—

—No pereceré, mía será la victoria, y cuando vuelva castigaré de una manera ejemplar tu osadía.—

Esto dijo Valente. Ya saben nuestros lectores que le fue imposible cumplirlo. ¡Altos juicios de Dios!...

LIX. Genserico, Rey de los vándalos, persiguió horriblemente á los católicos en Africa. Muchos recibieron el martirio. Se les prohibió nombrar Obispos para ocupar las Sillas vacantes. Pasados treinta años, sólo quedaron tres Obispos en Africa. De ellos dos fueron dester-



rados y uno se refugió en Edesa. Comenzó esta persecución el año 437.

LX. Genserico quiso perseguir á los católicos con la muerte como Neron y con la astucia como Juliano. Les pidió todos los objetos del culto y todos los libros sagrados.

Con lo primero intentaba impedir sus reuniones; con lo segundo, evitar su instrucción, y con ambas cosas á la vez, hacerles abandonar la fé de Jesucristo. No pudo conseguir sus sacrilegos deseos. Los Obispos, como era natural, obedeciendo antes á Dios que á los hombres, entregaron su cuello al verdugo, antes que los libros santos al perseguidor.

LXI. Genserico, lleno de indignación contra los católicos, mandó que todos sus cortesanos aceptasen el arrianismo, y castigó con la muerte, después de darles los mas horribles tormentos, á todos los grandes señores que no se hallaban dispuestos á renegar de su fé.

El decreto se ejecutó con todo rigor y muchos personajes notables pagaron con la muerte su santo horror á la apostasía.

LXII. A Genserico que murió el año 477, sucedió su hijo mayor Unerico. Con el getro heredó la impiedad de su padre. Degolló á su hermano Teodorico. Lo propio hubiera hecho con Geton, también hermano suyo, si antes una enfermedad repentina no le hubiera librado del cadalso, anticipándole la muerte.

Ordenó Unerico al Obispo San Eugenio que

no predicase y que ademas no permitiera á nadie la entrada en la Iglesia. No fue, porque no podia ser obedecido. Entonces envió unos cuantos verdugos á los templos, quienes colocados en sus puertas, atormentaban á todos los fieles que mostraban empeño en entrar en ellos.

Restableció el edicto de su padre que prohibia servir en la corte á los católicos. Los que no consentian en hacerse arrianos fueron arrojados del palacio real, despojados de sus bienes y enviados á Sicilia y Cerdeña, puntos en aquel tiempo horribles para el destierro.

**LXIII.** Los condenados á pena de destierro por Unerico, entre Obispos, sacerdotes, diáconos y simples fieles ascendieron á cerca de 5,000. Esperimentaron todas espantosas vejaciones. Muchos eran enfermos y ancianos. Ni los achaques ni los años fueron respetados por aquel coronado heresiarca.

**LXIV.** Aun no satisfecho con esto, el año 483, hizo el impío Unerico que todos los Obispos católicos de Africa se reuniesen con el pretexto de un Concilio en Cartago.

Mientras los santos Prelados esperaban el día de la primera reunion, Unerico que ya habia dado al instante y con el mayor secreto las órdenes oportunas á los gobernadores de las provincias, logró que en un solo día fuesen cerrados y saqueados todos los templos africanos. Ademas hizo que los Obispos saliesen de Car-

tago, sin llevarse nada consigo ni aun alimento, bajo la pena de muerte.

Unerico murió el año 384.

Teodorico, Rey de Italia, persiguió también de una manera cruel y hasta su muerte á los católicos. Cesó este Príncipe de vivir y reinar el año 526.

Entre sus mártires hay uno, cuya muerte no es posible pasar en silencio. Se trata del sabio Boecio, cristiano que por su ciencia era el asombro del mundo, y mártir que por sus tormentos aun hace derramar lágrimas á todos los que los contemplan.

Teodorico mandó que le pusieran una cuerda, rodeando con ella la cabeza por la frente y le apretaran hasta que se le saltasen los ojos.

Horroriza este suplicio.

LXVI. Aun no satisfecho todavía Teodorico, el día 26 de agosto del año 526 mandó que los arrianos se apoderasen de las iglesias de los católicos, siendo antes lanzados de ellas sus Obispos y sacerdotes.

Por fortuna faltó tiempo al tirano para ver cumplido su decreto. La muerte lo sorprendió en lo mas veloz de su impía carrera.

LXVII. En España persiguió á los católicos, Leovigildo, arriano, Rey de los visigodos. Tuvo dos hijos. Hermenegildo que por su adhesión firmísima á la fé católica, recibió el martirio, por orden de su propio padre, y Recaredo que le sucedió en el trono.

Fleury (lib. xxxiv, n. 54), dice que Leovigildo hizo penitencia en los últimos años de su vida, y que murió reconciliado con la Iglesia, el año 587 de nuestra redención.

**LXVIII.** Recaredo abrazó la fé católica, y en el Concilio tercero de Toledo, no solo abjuró, sino que logró además que todos los arrianos abjurasen sus errores y entrasen en el gremio de la verdadera y única Iglesia de Jesucristo.

Desde entonces España ha sido católica y jamás ha consentido en despojarse de su fé ni de su independencia.

### ARTICULO III.

—Heregía de Macedonio, LXIX hasta el LXXIV.  
 —Apolinar, LXXV hasta el LXXVII. Elvidio, LXXVIII. —Aecio, LXXIX. —Mesalinos, LXXX y LXXXI. Los Priscilianistas, LXXXII.  
 —Joviniano, XXXIII. —Otros hereges, LXXXIV.  
 —Audeo, LXXXV.

**LXIX.** Macedonio, arriano primero, arrastrado por su orgullo, quiso inventar una heregía que llevara su nombre. Arrio había declarado la guerra á Jesus, y Macedonio, siguiendo diverso rumbo, impugnó la divinidad del Espíritu Santo.

Macedonio asistió, como representante del arrianismo al Conciliábulo de Tiro. Como herejarca, fue por los hereges elevado á la Silla

de Constantinopla, canónicamente ocupada por su Obispo Pablo.

Macedonio vivió como un Centurion en los tiempos de César. Su carácter violento, sus modales guerreros, su vida turbulenta, su excesiva vanidad, le hacían parecer mas digno de mandar como gentil una legion pagana, que de llevar, como Obispo la Cruz de Jesucristo en el pecho.

Persiguió con espantosa crueldad á los católicos. Desterró á muchos y les hizo confiscar sus bienes. Arrojó de su Silla al legítimo Obispo de Constantinopla.

LXX. Macedonio se empeñó en obligar á los fieles á que lo tuvieran por ortodoxo, lo respetaran como Obispo, y recibiesen de su mano, como de Pastor legítimo, los Santos Sacramentos. A los que se negaban y fueron muchos, les hizo abrir la boca por fuerza, y mantenérsela abierta con el auxilio de una escala de hierro, para poder de este modo administrarles la Sagrada Eucaristía.

Esto es horrible. Despues de contar esto, no es necesario añadir mas para comprender cuál era el carácter de este violentísimo heresiarca, y cuánto haría sufrir con su corazon cruel y vengativo á los verdaderos adoradores de Jesus.

LXXI. Macedonio, ciego por el furor á los católicos, tuvo valor basta para atentar contra las sagradas cenizas de Constantino. Quiso trasladar sus restos, en señal de menosprecio, del

sepulcro magnífico en que se hallaban á otras mas humilde y mucho menos estimable.

Constanzo al ver rodar por el suelo las cenizas de su padre, se indignó contra Macedonio y le mandó abandonar la Silla episcopal y salir inmediatamente de Constantinopla.

Mientras fue ó se fingió Obispo, Macedonio se portó como arriano; pero cuando se vió arrojado de la Iglesia, se empeñó en adquirir una impia celebridad. Al instante dijo: «Mis antecesores han impugnado ya al Padre y al Hijo; ahora yo, para adquirir célebridad, para decir algo nuevo, necesito impugnar al Espíritu Santo.» Este fué el único y verdadero origen de su error, de todo punto voluntario. ¡Efecto funestísimo de la soberbia!

LXXII. La muerte de Macedonio no fue el fin de su heregia. Su predicación habia corrompido á muchas personas que siguieron por mucho tiempo tenazmente adheridas al error. Marantonio, Obispo de Nicomedia fue el principal de la nueva secta. Sus afiliados aparentaban ser austeros en sus costumbres y vivir casi con el mismo rigor que los cenobitas. Se extendieron mucho en Constantinopla, la Tracia, Bitinia, el Helesponto y otras regiones del Oriente. El nombre con el cual se conocian generalmente era el de *Pneumatomacos*, ó adversarios del Espíritu Santo.

LXXIII. La heregia de Macedonio fue condenada en muchos Concilios. Contra ella ful-

minaron el anatema los Concilios de Alejandría, el año 362; de Iliria, en 367; de Roma, año 373; y por último en el Constantinopolitano, año 381.

Aunque á este Concilio solo asistieron 150 Obispos, todos del Oriente, con todo se considera como ecuménico ó general, por haber sido aprobado por el Papa San Dámaso.

LXXIV. En el Concilio de Constantinopla, además de la heregia de Macedonio, fue condenado el error de Apelinar y Eunomio.

Fue depuesto Máximo Cínico, sacrílego usurpador de la Silla episcopal de Bizancio. En su lugar fue puesto San Gregorio Nacianceno. Este santo Obispo renunció por amor á la concordia y entonces fue elegido Nectario para ocupar la vacante Silla.

Después de algunos cánones disciplinares, se confirmó por los Padres constantinopolitanos en todas sus partes lo acordado y definido en el primer Concilio de Nicea.

Como en Nicea se añadieron al símbolo de los Apóstoles las palabras necesarias para sostener la divinidad de Jesucristo, negada por Arrio, en Constantinopla se añadieron las frases indispensables para sostener la divinidad del Espíritu Santo, negada por Macedonio.

No inventaron estos Concilios una fé nueva; lo que hicieron fue explicar la antigua; determinar cuál era la verdadera fé de la Iglesia católica. Se añadieron al símbolo nuevas pala-



bras; no nuevos dogmas. La fé, esencialmente inmutable, quedó siempre la misma, tal cual había brotado de los labios de Jesucristo.

**LXXV.** La heregía de Apolinar es harto estraña. Consistía en negar el alma humana á Jesucristo. Es dogma de fé que en Jesucristo hay dos naturalezas y una sola persona. Jesus como Dios, como Verbo eterno, posee la divinidad; es Dios mismo. Jesus, como hombre, como criatura, tiene cuerpo y alma racional. La divinidad del Verbo no destruye, ni se mezcla, ni se confunde, ni aniquila el alma creada. Como no disipa el cuerpo, tampoco excluye el alma. Pues bien; el error de Apolinar consistió en ver en Jesucristo cuerpo humano y divinidad, y no haber visto tambien alma humana.

Mas tarde modificó Apolinar su error admitiendo en Jesus una especie de alma sensitiva y negando el alma racional. Era este error una reminiscencia de la filosofia platónica que dividía el hombre en cuerpo, alma y mente.—

**LXXVI.** A esto añadían los apolinaristas estos tres errores mas.

1.º Que el cuerpo de Jesus era de la misma sustancia que la divinidad del Verbo. Esto era dar eternidad á la materia, ó negar á Dios, convirtiendo en materia el espíritu.

2.º Que el Verbo divino no tomó carne en las entrañas de la Virgen Santísima, sino que la trajo al mundo del mismo cielo.

3.º y último. Que el Verbo eterno se había

convertido en carne mortal. Esto equivale á decir que el sol se ha encerrado en una microscópica bujía. Este absurdo no necesita refutación.

Natal Alejandro advierte que los mencionados errores no son de Apolinar, sino de sus discípulos.

Apolinar cayó en el error bochornoso de los milenarios y cometió la sacrilega torpeza de suponer grados gerárquicos en la Santísima Trinidad.

LXXVII. La heregia de Apolinar fue condenada por San Atanasio, en el Concilio de Alejandría, año de 362; por San Dámaso en Roma, año 373, y por el Concilio primero de Constantinopla, segundo general, en el año de 381.

LXXVIII. De la secta de Apolinar brotaron, por decirlo así, otras dos sectas bastante singulares.

Los que perteneoian á la primera se llamaban *antidicomarianitas*, y tenían este nombre por las blasfemias que proferían contra la perfecta y perpetua y absoluta pureza de la Virgen Santísima.

Perteneoian á la segunda los *coliridianos*, llamados así, porque siguiendo opuesto rumbo, consideraron como Dios, y como Dios le adoraban con el culto de *latria*, á la Santísima Madre del Salvador.

Los primeros pecaban por defecto. Los se-

gundos por eso; unos y otros, todos fueron refutados por San Epifanio

**LXXIX.** Aerio quiso ser Obispo de Antioquia. No pudo lograrlo y se declaró herege, intentando el desgraciado vengarse de la Iglesia.

Su doctrina fue arriana en su esencia. Se distinguió no obstante en estos tres errores que mas especialmente le pertenecen.

1.º Que no hay diferencia en cuanto á la potestad entre los Obispos y los sacerdotes. Este es el absurdo principio de los modernos presbiterianos.

2.º Que no aprovechan las oraciones por los difuntos. Este error lo han renovado los protestantes. Verdad es que ellos mismos, comprendiendo su repugnante absurdidad, lo van abandonando, si es que enteramente ya no lo han abandonado.

3.º Que son inútiles los ayunos y que no deben guardarse las fiestas. Basta con decir que hasta los médicos refutan estos perniciosos errores.

**LXXX.** Hubo en el siglo iv otros hereges que solo mencionaremos por la extravagante singularidad de sus errores. Se apellidaban *Mecalinós*, ó rezadores, porque hacian consistir toda la esencia de la religion, en apartarse del mundo, no trabajar, no ayunar y rezar mucho. No creían en Dios, negaban la Santísima Trinidad, eran hasta idólatras y esto no obstante jamás dejaban de rezar, sin pen-

sar en lo que decían, ni en el fin con que lo decían.

**LXXXI.** Los errores de estos heresiarcas no merecen una esposicion detenida. Es una larga série de insulsas necesidades que no pueden leerse sin indignacion ó desprecio. Algunos son tan repugnantes y asquerosos que ni aun pueden esponderse, sin faltar á la pública decencia.

Otros se refieren á un misticismo estúpido, á un fariseísmo execrable, de muchísimo rigor en la exageracion de las formas, y de absoluta laxitud en la práctica de lo esencial. Pondremos un solo ejemplo. Porque Dios ha dicho: conviene *siempre orar*, estos heresiarcas suponen, que siempre, aun mientras dormimos, tenemos la estrechísima obligacion de estar en perpétua oracion. En cambio Dios exige, que inclinemos nuestra cabeza en obsequio de la fé, y los *Mesalinos*, no creen en la Trinidad, ó creen en ella de una manera absurda. Sacrifican como fariseos lo esencial á la exageracion mas ridícula de lo accidental.

**LXXXII.** Por el año 380 comenzó á ser conocida la heregía de los *priscilianistas*. Nació en Egipto, y por medio de Prisciliano, varon rico y elocuente, que mas tarde les dió nombre, fue introducida en España.

Esta secta fue una confusa mescolanza de los errores de los gnósticos y los maniqueos. No fue original y ni tuvo por fortuna gran trascendencia.

**LXXXIII.** Por este mismo tiempo hubo otra heregia cuyos sectarios enseñaban que siempre se debía andar con los pies desnudos. Lo raro no es que ellos anduvieran, sino que se empeñaran en cerrar el cielo y abrir el infierno á todos los que usasen calzado.

**LXXXIV.** Audeo, jefe de los *audianos*, nació en la Mesopotamia. Fue virtuoso en sus primeros años. Despues quiso ser conocido como fundador y jefe de una secta.

Se propuso renovar las cuestiones sobre la celebracion de la Pascua y con sumo empeño trabajó para interpretar en sentido *antropomorfitá* la esencia de Dios, considerándola en el hombre como su imagen. Creían estos que el hombre era imagen de Dios no por su alma, sino por su cuerpo.

Parece increíble que estas cosas dieran lugar á tantos escándalos en los tiempos antiguos. Verdad es que lo propio dirán de muchas cuestiones que hoy nos dividen, las generaciones que nos sucedan.

## CAPITULO V.

### Heregias del siglo quinto.

#### ARTICULO I.

—Elvidio, I.—Joviniano, II.—Basnage, III.—Vigilancio y sus errores, IV.—

I. Elvidio fue discípulo del arriano Ausenio. Su instrucción era escasa y su educación malísima. No se sabe ni aun que fuera sacerdote. San Gerónimo lo llama hombre turbulento. Comenzó á esparcir sus errores el año 382.

Su heregia consistió casi esclusivamente en un tegido de execrables blasfemias contra la perpétua y perfectísima virginidad de la Purísima Madre del Salvador. San Gerónimo, San Ambrosio y San Epifanio pulverizaron la heregia grosera de este tosco heresiarca.

II: Joviniano fue monge y mientras estuvo en Milan observó una conducta penitente y de una austeridad sumamente rigurosa. Mas tarde trasladándose á la parte central de Italia, abandonó los rigores del desierto y se entregó á los placeres inmundos de Capua.

Sus errores fueron condenados por el Papa Siricio en un Concilio romano, celebrado el año 390. El Emperador Teodosio lo mandó al destierro.

Este no obstante tuvo discípulos y dió grande escándalo con su corrompida y corruptora doctrina. Su moral epicúrea tuvo no escasos partidarios. Apuntaremos aquí sus principales errores. Son los siguientes:

1.º Sostenia que la virginidad no es como estado de perfección, mas meritoria que el matrimonio.—

Los luteranos y los modernos *filósofos* piensan de igual manera. En efecto: la virginidad convierte al hombre en ángel, y los incrédulos quieren que solo viva revolcándose en el cieno de las miserias humanas.

2.º Que los bautizados no pueden pecar.— Esto no se refuta; es absurdo.

3.º Que tanto merece ante Dios el hombre que ayuna, como el que sigue el ejemplo de Heliogábalo, convirtiendo en Dios su vientre.—

Hasta ruboriza el pensar que hay hombres en el mundo con el cinismo necesario para proclamar tan impías como groseras doctrinas.

4.º Que en el cielo recibirán igual recompensa, lo mismo los justos que los malvados.—

Esto es repugnante. En el cielo no entra ni puede entrar nada manchado. La eterna gloria es una corona que solo cae sobre las sienes de los hombres que la merecen por sus virtudes.

5.º Que todos los pecados son de idéntica gravedad.—

Segun esta doctrina, robar un peso fuerte á



un rico, y robar veinte á un pobre que sin ellos muere de hambre, son dos pecados de una misma gravedad. ¡Qué delirio!...

6.º Que no fue perpétua la pureza de la Virgen Santísima.—

Estos heresiarcas, como están todos manchados por la corrupcion, quieren con sus calumnias manchar el gran modelo de pureza que entre todas las puras criaturas existe en el mundo.

III. Samuel Basnage (año 5 *ante Dom.*, número 23), resucita este grosero error, y muestra grande empeño en oscurecer con falsísimas interpretaciones de la Sagrada Escritura, la absoluta pureza de María Santísima. Sus argumentos son tan débiles, que á nadie pueden sorprender. Presentemos uno solo, el *mas fuerte* de todos, únicamente para que sirva de muestra. Si el mas fuerte es tan débil, ¿qué serán los mas débiles? Espongamos, pues, su gran argumento, su *invencible Aquiles*. Por la índole del asunto, nos espresaremos en latín al esponer estas ideas.

«*Isaias dixit*, ait Basnage: ecce Virgo conceptet et pariet filium:

Sed Isaias tñtummodo loquitur *de virginate in conceptione*;

Ergo Virginitas non extitit *partus tempore.*»

Crasissimus error! Virginitas non læditur in partu; frangitur in conceptione. Virginitas

haud perit actu simplici quo externa vel interna vi adaperitur vulva. Consistit è contra in actu, suo in genere expleto, modo et fine, saltem phísico, comuni forma, ad generationem perveniendi. Hoc autem frustra in Dei Matre reperire conaberis. Puritas in mente; puritas in corde, in vita perfectissima virginitas. En quod facile, quod semper hac in alma Virgine invenies.

Adhuc tamen notandum est quod in Deipara tam conceptio quam Jesu nativitas miro, miraculoso omine modo evenere. Quid ergo?

«Virgo concipiet! ¡Ergo *pariet* non Virgo!»

Admittatur antecedens; ut illogicum, ut absurdum, ut sacrilegum refellatur, contemnatur autem consequens.

IV. Vigilancio nació en Comínges, en la raíz de los Pirineos. Primero estuvo vendiendo vinos en una taberna, y despues leyó unos cuantos libros, y sin entender lo que decían, quiso echar sobre sus hombros la pesadísima y sacrílega tarea de inventar una heregia. Se propuso refutar á San Gerónimo, y escribió un libro lleno de estúpidos errores. Su doctrina no fue condenada en ningun Concilio. Esto, por otra parte, hubiera sido inútil. Murió, puede decirse, antes de nacer. Los hombres la olvidaron antes de aprenderla, y nunca llegaron á profesarla.

Vigilancio condenaba la vida ascética de los monasterios, reprobaba el culto de la Religión,

y como un gran crimen anatematizaba la costumbre de pedir limosna en Jerusalem. (Fleury, lib. xxii, n.º 5.)

## ARTICULO II.

**Pelagio, V.—Sus errores y sutrefugios, VI.—Celestio y su condenacion. VII.—Perversidad de Pelagio, VIII. Concilio de Dióspolis, IX.—El Papa San Inocencio, X y XI.—Nueva condenacion de Jósimo, XII.—Juliano, XIII.—Los semipelagianos, XIV.—Los condena el Papa Celestino, XV.—Los predestinacionarios, XVI.—Gotescaleo, XVII y XVIII.**

V. Pelagio era ingles. Nació el mismo día que San Agustín. Es providencial que naciera el adversario del error contra la gracia en el propio día en que nació el enemigo de la verdad acerca de los divinos auxilios.

Pelagio fue monje. Su vida en los primeros años parecía ejemplar. Estudió mucho y adquirió reputación de sabio entre los fieles. Estuvo mucho tiempo en Roma, y allí conoció y fue amigo de San Agustín. Compuso algunas obras que fueron estimadas por los fieles.

Tuvo mas tarde la desgracia de dejarse sorprender por un tal Rufino, sacerdote de Siria, que se hallaba infestado con los errores de Teodoro de Mosnepta, que siguiendo los vestigios de Orígenes, negaba la necesidad de la gracia.

Pelagio abrazó con toda la energía de su espíritu este error. Comenzó esponiéndolo con reservas, y solo entre sus discípulos, y concluyó por diseminarlo, sin consideracion de ningun género, pública y privadamente, por escrito y de palabra, aunque siempre con artificioso lenguaje en todas partes.

VI. Enumeraremos aquí los errores de Pelagio. Enseñaba:

1.º Que la muerte no es un castigo; que nuestros primeros padres fueron creados con sujecion á la muerte.—

Pelagio no pudo probar nunca este error.

2.º Que los niños al nacer se encuentran hoy en el mismo estado que Adán y Eva cuando fueron creados.

3.º Que los niños, muriendo sin bautismo, no entran en el cielo, pero sin entrar en el cielo, tienen la vida eterna.

Estos dos errores son una contradiccion evidente.

4.º Fue este el error, el grande error de Pelagio. Suponia que el hombre para creer, para practicar la virtud, para resistir las tentaciones, no ha menester de la gracia divina.

Viendo Pelagio que su doctrina era mal recibida, intentó disfrazarla, para hallar prosélitos. Decía con este fin, que no negaba la existencia de la gracia, pero que la gracia era el mismo albedrío, con el cual naturalmente,

sin auxilio sobrenatural, admitíamos lo bueno ó rechazábamos lo malo.

También decía este heresiarca que por gracia debe entenderse la ley misma dada por Dios, lo cual no se niega. La revelación es una gracia; pero gracia universal, gracia para todos; gracia enteramente distinta de los auxilios sobrenaturales que Dios da á los hombres, individualmente considerados para que si cooperan á la gracia, hagan el bien y se salven.

También dicen los pelagianos: los ejemplos de Jesucristo son también gracia divina.—No lo negamos; pero gracia general, no especial, no individual, y para cada uno de los actos humanos, en cuyo sentido se habla aquí de la gracia.

—El perdón que nos ha dado Cristo, decían, también es gracia sobrenatural y divina.—

El mismo error y la misma confusión que en los casos anteriores.

Ultimamente Pelagio aceptaba una gracia de ilustración, individual, útil *ut facilius*, para que mas fácilmente practicásemos las obras buenas.

San Agustín, hablando de esto, dice: *Tolle facilius et non solum verus sed etiam sanus est sensus.*

La historia entera protesta contra la doctrina de Pelagio. La humanidad está enferma. Ha sido el despojado hombre de los dones so-

brenaturales y herido en los naturales. Todos llevamos una espesa nube en la frente que nos impide ver con claridad y una honda herida en el corazon que nos priva en muchos, en muchísimos casos del vigor necesario para hacer el bien que queremos y apartarnos del mal que aborrecemos.

VII. La heregia de Pelagio se extendió mucho en poco tiempo. No es extraño. Halaga la vanidad humana, y esta circunstancia es un poderoso incentivo para arrastrar á los soberbios.

El mas notable entre todos los discípulos de Pelagio, fue Celestio. Era un eunuco de noble estirpe. Antes de entrar en un monasterio habia ejercido con no escasa fortuna la abogacia. Cuando se unió con Pelagio, comenzó á negar el pecado original. Su maestro era algo reservado; pero él, sin ambages de ningún género, esponia en todas partes sus errores contra la gracia.

Los dos, Pelagio y Celestio, salieron de Roma por el año 409, poco antes que en ella penetrasen los bárbaros del Norte. Primero fijaron su residencia en Sicilia, y mas tarde se trasladaron al Africa. Celestio quiso ser ordenado en Cartago; pero no pudo conseguirlo. Sus errores fueron conocidos y condenados por el Obispo Aurelio y por un Concilio cartaginés. Celestio apeló á Roma contra el fallo del Concilio; pero en vez de dirigirse á la Ciudad

Eterna, temiendo ser nuevamente anatematizado, se refugió en Efeso, donde pudo sorprender al Obispo y ascender al sacerdocio. Poco tardó en ser conocida su venenosa doctrina, y en ser lanzado con todos sus secuaces de la Iglesia de Efeso. Pasados cinco años volvió á Roma, para seguir la causa de su apelacion. Como era de esperar, nuevamente cayeron sobre él las excomuniones de la Iglesia.

VIII. Irritado Pelagio con la condenacion de Celestio, empezó á esparcir sus errores con mas obstinacion y temeridad. En aquel tiempo habia en Africa una nobilísima señora romana, llamada Demetriades, que huyendo de los bárbaros que dominaban en Roma, se refugió en Cartago; y queriéndose apartar mas aun de las turbulencias del mundo, renunciando á todas las pompas y vanidades de la tierra, con voto perpétuo se consagró al Señor.

Pelagio tuvo ocasion de escribir á esta célebre señora, y bajo el pretesto de esponerle la doctrina de la vocacion cristiana, la insinua que todo el bien que hiciera solo podia ser *de ella y residir en ella*. Era esto negar toda la influencia y toda la necesidad de la gracia. Era esto sostener que aun la mas perfecta santidad puede adquirirse con las solas fuerzas naturales del hombre, sin los auxilios sobrenaturales que el Señor nos envía desde el cielo.

Enterados San Agustin y San Gerónimo del veneno que contenia la carta de Pelagio, la es-



tudiaron y refutaron hasta pulverizar uno por uno todos los errores que contenia. Con este motivo empezaron los dos Santos Padres á escribir y publicar admirables libros contra la antievangélica teoría pelagiana.

IX. Convencido Pelagio de que sus errores, gracias á los esfuerzos de San Gerónimo y San Agustín, no podían ser bien recibidos en África, se alejó de aquella tierra para él tan llena entonces de espinas, y se fue á Palestina. Allí logró seducir con malignos artificios á Juan, Obispo de Jerusalem, quien en un Concilio celebrado con el solo objeto de examinar la heregia, favoreció grandemente á Pelagio, imponiendo silencio á las dos partes contrarias.

El año 415 se celebró otro Concilio en Dióspolis, donde tambien logró Pelagio con su capcioso lenguaje, hacer respetar como buena doctrina, lo que era en el fondo un mortal veneno para los fieles.

San Gerónimo al hablar de esta Asamblea religiosa dice: *In illa misserabili Synodo*, etc.

El Papa San Inocencio no quiso admitir á Pelagio en la comunión católica, no obstante la absolución que al parecer habia obtenido en el Concilio nombrado. Conviene advertir que los Padres de Dióspolis condenaron el error de Pelagio; su falta estuvo en no condenar, por creerla buena, la capciosa esposición que hizo el mismo heresiarca de su doctrina en el Concilio.

También es oportuno advertir que se trata de un Concilio provincial que no tenía la sanción de la Santa Sede, que no es ley de la Iglesia, que por tanto ni es ni puede ser considerado como infalible.

X. En Africa fue Pelagio menos afortunado. San Agustín había levantado la voz de alarma y el error era bien conocido. Aurelio, Obispo de Cartago, reunió otro Concilio, en el cual, no solo fueron condenados Pelagio y Celestio, sino que los Padres acordaron enviar sus actas á Roma para que fueran aprobadas y sancionadas por el Jefe visible de toda la Iglesia. Fíjense bien en esta circunstancia los que creen, ó aparentan creer que en los primeros siglos no era reconocida la autoridad del Papa en toda la Iglesia.

Casi por el mismo tiempo se celebró otro Concilio en Milevi, al cual asistieron 64 Obispos de la Numidia. En él fue condenada la heregia pelagiana, y como en el anterior, las actas las enviaron á Roma para que también fuesen aprobadas.

El año 417, el Papa San Inocencio envió las respuestas á los dos Concilios, en dos epístolas sinodales, que eran la confirmación explícita de sus decretos. También en estas sinodales vuelve el Papa á condenar á Pelagio y Celestio, declarándolos, como hereges, separados de la Iglesia.

En el mismo tiempo, dirigió San Inocencio

otra epístola á cinco Obispos que le habian escrito contra el entonces famoso heresiarca, en la cual dice que en la obra de Pelagio halla poco que le agrada, y muy poco que no le disguste.

Entonces fue cuando San Agustin, despues de leer la respuesta del Papa San Inocencio, exclamó: *Jam de hac causa duo concilia missa sunt ad Sedem Apostolicam: et inde etiam Rescripta venerunt; CAUSA FINITA EST.*

¡Cuán grato, cuán consolador es para un católico el ver á San Agustin, al hombre mas grande del siglo v, á uno de los mas asombrosos ingenios que han brillado en todo el mundo, inclinando con humildad su frente ante los decretos de la Santa Sede! Mediten profundamente esto los espíritus superficiales que se creen degradados, cuando se muestran católicos, sumisos á la autoridad del Papa. La profundísima humildad de San Agustin no ha sido parte á impedir que resplandezca como astro de primera magnitud en la historia de todos los siglos.

XI. San Próspero dice que el Papa Inocencio fue el primero que condenó la heregia pelagiana. Esto entendido así, puede parecer una contradiccion, sin serlo no obstante. El error de Pelagio y Celestio fue condenado en el año 412 en el Concilio de Cartago y en el 416 en el de Milevi. Un año despues, en 417, fueron estas dos condenaciones sancionadas y

renovadas por el Soberano Pontífice. Se dice, pues, que este Papa fue el primero que lo condenó, porque, á no dudarlo, fue el primero que confirmando lo acordado en varios Concilios provinciales, condenó la heregia en un decreto dirigido á la Iglesia universal. Además, los errores de Pelagio fueron en distintas épocas condenados por veinte y cuatro Concilios. Recibió el último anatema en el Concilio general de Efeso, celebrado el año 451.

XII. Pelagio y Celestio, al tener noticia de la última condenación, apelaren al Papa Inocencio, considerándole como tribunal supremo. Murió este santo Pontífice, y ocupó por legítima elección la Silla de San Pedro el bienaventurado San Zósimo. Este examinó la causa de los pelagianos, y no obstante el afecto que personalmente profesaba al heregiarca Celestio, convencido de su error, le condenó de nuevo.

XIII. Despues de estas sentencias canónicas, pronunciadas contra él, Pelagio se retiró á Palestina, punto en el cual, conocidos como eran ya sus errores, no fue bien recibido. Entonces se retiró á la Gran Bretaña, donde se esforzaba por sembrar su venenosa doctrina. Los Obispos de Francia comisionaron para que lo impugnase á San German de Auxerre. En este tiempo quedó como adormecida la heregia pelagiana. Unicamente quiso protegerla Juliano, Obispo de Cápua. Este Prelado, conocido

por su talento, es poco estimado por la poca seguridad en sus creencias. Tuvo una célebre disputa con San Agustín, en la cual, como era de esperar, fue completamente vencido. Arrojado de Italia, Juliano se retiró al Oriente. Se vió completamente abandonado por sus amigos, y para no morir de hambre, se vió precisado á pedir limosna y dar lecciones de instruccion primaria á los niños. Consumido por la pobreza, murió en Sicilia en tiempo del Emperador Valentiniano. La vida del error fue para este desgraciado Obispo vida de dolor, y de ignominiosa muerte.

XIV. Por el año 428, el monge Casiano, queriendo hallar un medio de conciliacion entre los católicos y los pelagianos, inventó un recurso erróneo y pernicioso que dió lugar á otra nueva heregia.

Los católicos sostienen que para que las obras sean buenas en el órden sobrenatural, es necesaria la gracia; que sin los auxilios del cielo el hombre no puede creer, esperar, arrepentirse de sus culpas, ni perseverar en el bien, como conviene para adquirir la justificacion.

Los pelagianos, por el contrario, sostenian que el hombre con sus solas fuerzas naturales, puede creer, esperar, arrepentirse y todo lo demas que es necesario para la salvacion.

Casiano, colocándose entre el extremo católico, que es la verdad, y el extremo pelagiano,

que es la mentira, quiso adoptar un medio que consiste en armonizar las dos escuelas, sacrificando la mitad de la verdad de una á la mitad del error de la otra, y viceversa. Estos equilibrios son absurdos. Con la verdad nunca se transige.

Casiano dijo: «La gracia no es necesaria para adquirir la fé ni para obtener la perseverancia. El principio y el fin de nuestra salud están en nosotros mismos.» Pero tratándose de hacer el bien en todos los demas actos de la vida, Casiano creia que los divinos auxilios eran enteramente necesarios.

Esto dió lugar á una secta que solo aceptaba una de las partes en que se dividió el pelagianismo. Por esto sus secuaces se apellidaron *semi-pelagianos*.

XV. Casiano, sin embargo, se apartó del error, y murió con fama de santidad. Sus discípulos, los semi-pelagianos, menos humildes que el maestro, perseveraron en la heregia y fueron condenados por San Celestino I, el año 432, y por Félix IV el año 529. Estas dos condenaciones fueron mas tarde confirmadas por el Papa Bonifacio II.

XVI. Por el año 417 apareció la absurda heregia de los «predestinacionos.» Creian estos heresiarcas que el hombre reprobado, aunque jamás cometa un pecado, se condena, y el hombre predestinado, aunque jamás practique un solo acto de virtud, se salva. Basta esponer

esta monstruosa heregia, para comprender su absurdidad.—Si quieres subir al cielo, observa lo mandado por Dios.—Esta es la única regla que deben tener siempre ante sus ojos los que deseen salvar sus almas.

Los «predestinacionos» fueron condenados el año 475 en el Concilio de Lyon.

XVII. Gotescalco, monje alemán, vivió en el siglo ix. Fue hombre inquieto, soberbio y turbulento. Sin licencia de sus Prelados abandonaba la clausura, y «por motivos de piedad» hasta emprendió largos viajes, sin contar para nada con la voluntad de sus propios superiores. Contra las órdenes espresas de los Obispos, predicaba lo que él llamaba la doctrina del cielo. Era, sin embargo, como fácilmente puede inferirse, un conjunto monstruoso de errores y exageraciones. Fue condenado tres veces, y murió sin dar señales de arrepentimiento. Hasta los últimos instantes de su vida estuvo rechazando los consuelos de la Religión que con piadosa insistencia se le ofrecían.

XVIII. Los errores de Gotescalco son tres, verdaderamente horribles. Hélos aquí.

1.º Dios destina á unos hombres para la vida eterna y á otros para el infierno eterno, «obligando» á estos últimos á que se hundan en la perdición.

2.º Dios no quiere que todos los hombres se salven.

3.º Jesucristo ha derramado su sangre úni-



camente para la salvacion de los predestinados.

Inútil es advertir que esta doctrina, reproducida en el siglo pasado por los jansenistas, ha sido siempre condenada por la Iglesia.

Contra esta doctrina se establecieron cuatro capítulos en el segundo Concilio de Quierci, celebrado el año 853. Son los siguientes:

1.º No hay mas que una predestinacion de Dios; la de la vida eterna. Solo se condenan los malos por voluntaria malicia. No hay en Dios decreto de reprobacion positiva.

2.º El libre albedrío del hombre se robustece por medio de la gracia.

3.º Dios quiere que todos los hombres se salven.

4.º Jesucristo ha muerto para redimir á todos los hombres.

Esta es la verdadera doctrina de la Iglesia acerca de la predestinacion.

XIX. Acerca de este heresiarca se disputó mucho entre los historiadores que han narrado los hechos de la Iglesia. Creen unos que solo faltó en la disciplina, que solo fue un cismático cuentan algunos, mientras opinan otros que fue un verdadero herege. Esta cuestión es harto especulativa para que nos detengamos en examinarla. Que el error esté en la voluntad ó en la ignorancia del autor, es cosa que para el caso importa poco. Aquí examinamos el error, y el error existe. En cuanto á la mayor

ó menor culpabilidad de su autor, sus biógrafos que lo averigüen.

### ARTÍCULO III.

**Errores de Nestorio.** Es nombrado Obispo, XX.—Su crueldad. Aprueba el error de Anastasio, XXI. Contradicciones. Mas crueldades, XXII.—Carta de San Cirilo. Respuesta, XXIII.—Los católicos se apartan de él, XXIV.—Carta á San Celestino y su respuesta, XXV.—Amonestaciones á Nestorio y anatematismos de San Cirilo, XXVI.—La sentencia del Papa, XXVII.—Nestorio es citado al Concilio, XXVIII.—Es condenado, XXIX.—Se le intima la sentencia del Concilio, XXX.—Conciliábulo de Juan Antioqueno, XXXI.—Se confirma el Concilio por los legados del Papa. XXXII.—Le condenan los pelagianos, XXXIII.—Turbulencias. El Emperador Teodosio, XXXIV.—Nestorio en el destierro, XXXV.—Leyes contra los nestorianos, XXXVI.—Esfuerzos de los nestorianos, XXXVII y XXXVIII.—Errores sobre Jesucristo, XXXIX.—Basnage, defensor de Nestorio, XL hasta el XLIII.

**XX.** No bien había desaparecido la heregia de Pelagio, cuando se vió nuevamente afligida la Iglesia con los impíos errores de Nestorio. Este heresiarca temerario impugnó la divina maternidad de la Virgen Santísima, sosteniendo que debía ser venerado como Madre de Cristo, del hombre; pero no como Madre del Verbo, de Dios.

Creía Nestorio que el Verbo eterno no se

hallaba hipostativamente unido á Jesus, sino adherido de una manera estrínseca, como habiéndolo en un templo.

Nació Nestorio en la Germanicia, pequeña ciudad de Siria. Era sobrino del herege Pablo de Samosata. Entró en un monasterio de Antioquia. Fue ordenado sacerdote por el Obispo Teodoto, quien le confió la misión de explicar la fé y defenderla contra los hereges. Mostrábase Nestorio admirador de San Gerónimo. Peleó con muy notable celo contra los partidarios de Arrio, Apolinar y Orígenes, que eran entonces los hereges mas temidos en el Oriente. Nestorio tuvo al principio mucho crédito entre los fieles. El año 428 fue elevado á la Silla de Constantinopla. Su elección fue generalmente aplaudida. Se dice que al tomar posesion de su iglesia pronunció un discurso delante del Emperador Teodosio, el Joven, y dirigiéndose á él, pronunció estas palabras: «Dadme, señor, la tierra limpia de hereges, y yo os daré el cielo. Esterminad conmigo los hereges, y yo esterminaré con vos los persas.» (Fleury, lib. 24, n. 54.)

XXI. Esperábase que Nestorio siguiera en el patriarcado las huellas de San Crisóstomo, su predecesor. No se realizaron por desgracia estas esperanzas. Nestorio, arrastrado por su orgullo, cayó en el error de una manera deplorable. Un sacerdote antioqueno que le acompañaba, llamado Anastasio, predicando cierto

dia en Constantinopla, dijo con sacrilega audacia que la Virgen Santísima no debía ser venerada como Madre de Dios. El pueblo lleno de escándalo, protestó y se fue en queja al Patriarca; pero este, Nestorio, que era cómplice de Anastasio en este crimen, aprobó el error, en secreto primero, y en el púlpito después.

En su primer discurso herético, considerado por San Cirilo como el compendio de todas las blasfemias, dijo Nestorio que eran ciegos é ignorantes todos los católicos que habían estrañado ó protestado contra las impías palabras de Anastasio. « Alea jacta est. »

XXII. La heregia nestoriana dió lugar á grandes altercados y numerosos disturbios en Constantinopla. A no verse apoyado en la corte, Nestorio y sus escasos partidarios, en castigo de la sacrilega osadía con que insultaban á los católicos, hubieran sido maltratados en varias ocasiones por la inmensa mayoría del pueblo, que se mantenía firme en la antigua fé.

Predicando un día Nestorio, se levantó una voz en medio del templo, protestando contra sus errores, en estos términos: « Sí, el mismo Verbo que en la eternidad fue enjendrado por el Padre, nació en el tiempo de una Virgen, según la carne. »

Irritado Nestorio, se dirigió contra su interpelante y materialmente, con escándalo de los

feles, le colmó de injurias, apelando á los mas indecorosos dictiones.

Nestorio hubiera querido imponerte un terrible castigo; pero no le fue posible. Era abogado, empleado en la corte imperial, hombre de letras y no escaso crédito, con quien fácilmente no podian cometerse injusticias. Nestorio, sin embargo, buscó en otra parte la venganza. Se ensañó de una manera espantosa contra unos cuantos pobres desvalidos, monjes archimandritas que habían venido á preguntarle si era ó no cierto que segun se decia, estaba proclamando doctrinas opuestas al dogma católico. Estos infortunados monjes fueron «por este crimen» encerrados en una cárcel, y azotados cruelmente por el vientre y por la espalda.

XXIII. Los discursos heréticos de Nestorio fueron muy pronto conocidos en todo el Oriente. San Cirilo, Obispo de Alejandria, escribió con este motivo una carta á los monjes de Egipto, en la cual para que nadie pueda ser sorprendido, explica el error y lo impugna, y ruega á todos que no pierdan miserablemente el tiempo, ocupándose demasiado en esta cuestion. Proponíase el Santo evitar que el calor de las disputas sirviese de vehículo al error. Nestorio hizo al instante que se contestara en su nombre á San Cirilo, procurando al mismo tiempo vindicarse con extrañas sutilezas y maligno artificio.

**XXIV.** Hallábase por este tiempo en Constantinopla un Obispo llamado Doroteo, tan servil adulator de Nestorio, que en público, ante un gentío considerable, en presencia del mismo Nestorio, se atrevió á pronunciar estas palabras: «Si alguno dice que María es Madre de Dios, sea excomulgado.»

¡Desgraciado! Sobre él y sobre su error han caído los anatemas de la Iglesia y la reprobación de la historia.

El pueblo lleno de horror, al oír estas blasfemias, lanzó un grito de indignación, y se alejó del templo, no queriendo comunicar mas con los autores de tan escandalosas blasfemias. Nestorio, no solo no desaprobó la conducta de Doroteo, sino que calló en aquel instante y mas tarde lo admitió á participar con él de los Sagrados Misterios.

Muchos de sus sacerdotes, convencidos de la heregia que propalaba, se apartaron de él y abandonaron su comunión, protestando así contra sus execrables errores. Nestorio al punto les prohibió ejercer el ministerio de la predicación. Esto dió margen á escándalos y graves y repetidos tumultos.

**XXV.** San Cirilo proponiéndose con santo celo impedir los estragos que el error hacia en las conciencias, escribió muchas cartas al mismo Nestorio, al Emperador, á las Princesas sus hermanas. al Soberano Pontífice San Celestino, mostrando á todos el veneno que en sus

**entrañas ocultaba la heregia y la necesidad de estirparlo con toda la fuerza y celeridad posibles.**

**Nestorio escribió dos cartas al mismo Papa San Celestino, en las cuales procuraba hacer resaltar sus triunfos contra los hereges, su crédito en la Iglesia, y ocultando capciosamente sus errores, sin retractarse, intentaba hacer que cayera toda la responsabilidad de los escándalos ocurridos sobre los partidarios de San Cirilo.**

**San Celestino convocó un Concilio en Roma, en el cual despues de examinadas, fueron condenadas como heréticas las dos epístolas de Nestorio. Además se intimó al heresiarca que si pasados diez días, despues de tener noticia de esta condenacion, no retractaba sus errores, sería depuesto de su Silla patriarcal. San Cirilo fue el encargado por el Papa de comunicarle estos decretos conciliares y pontificios.**

**XXVI. San Cirilo para cumplir lo ordenado por el Soberano Pontífice, reunió en un Concilio á todos los Obispos de Egipto, quienes de comun acuerdo, dirigieron una carta á Nestorio, en la cual le decian que la considerara como la tercera y última monición; que si pasados diez días, no se retractaba, ellos dejarían de considerarlo como Obispo; no respetarían sus decretos, y admitirían en su comunión á todos los sacerdotes que él había depuesto,**



Esta carta sinodal concluía con una pretestacion de la fé católica, en la cual se hallan los doce famosos «anatematismos» de San Cirilo, que son doce máximas católicas opuestas á los doce errores capitales del nuevo here-siarca.

**XXVII.** San Cirilo nombró cuatro Obispos para que entregasen la carta sinodal á Nestorio. Llegaron á Constantinopla el día 7 de diciembre del año 430. Cumplieron su mision en los propios términos que se les había ordenado.

Pasan los diez días, y Nestorio no da señal ninguna de arrepentimiento. Por el contrario, influye cerca del Emperador, para obligarlo á convocar un Concilio universal, en el cual se examinase su causa. Por desgracia el Emperador escuchó á Nestorio. El Concilio fue convocado. San Cirilo, previendo lo que iba á suceder, preguntó al Papa si en el caso de que Nestorio se retractase, podría admitirlo como Obispo en su comunión, perdonándole sus faltas, ó si por el contrario, debería en todo caso ejecutar con rigor la sentencia.

El Papa contestó, que aunque había transcurrido el plazo fijado, se diera aun tiempo á Nestorio para que reflexionara antes de ser depuesto.

**XXVIII.** San Celestino no pudo asistir al Concilio de Efeso. Sus legados fueron San Cirilo, presidente, los Obispos Arcadio y Praetius,

y el presbítero Felipe. El Papa les dió órdenes para que no permitieran disputas acerca de su sentencia contra Nestorio, sino que la cumplieren en todas sus partes. Así sucedió en efecto. Celebrada la Pascua, los Obispos, sin tardanza, acudieron al llamamiento de la Santa Sede. Se reunieron 200 Prelados en Efeso. Por disposición de San Cirilo la primera sesión se fijó para el día 22 de junio.

Nestorio protestó contra esta fecha, mostrando deseos de que se prolongara la inauguración del Concilio, para dar tiempo á que llegaran todos los Obispos que eran esperados. En esto no podía ser complacido, sin grave daño de 200 Prelados que se hallaban juntos en Efeso. Cada día perdido era un gravísimo daño para ellos. Además nadie ignoraba que las intenciones del heresiarca eran encaminadas á diferir su condenación por todos los medios posibles. Los Padres no hicieron caso de sus protestas y comenzaron las sesiones el día 22, tal cual estaba ordenado.

XXIX. El conde Candidiano, enviado por Teodosio para la conservación del orden, tras pasando sus facultades, por complacer al heresiarca, quiso impedir la reunión de los Padres; pero estos, seguros de que á tanto no alcanzaban las instrucciones del conde, le contestaron con dignidad y sin tener en cuenta su prohibición, inauguraron sus tareas apostólicas.

Enviaron antes de comenzar la sesión dos

citaciones á Nestorio; pero los Obispos que en comision de todos los Padres se acercaron al heresiarca, solo obtuvieron injurias y denuestos.

Se comenzó la sesion leyendo la carta primera de San Cirilo á Nestorio. Al oirla, todos los Padres exclamaron:—Esta es la verdadera fe. Sea escomulgado todo el que no escomulgue á Nestorio.—

Se leyó en seguida la sentencia del Papa San Celestino, y fue escuchada con unánimes aclamaciones. La disposicion de Nestorio fue igualmente aceptada. La suscribieron 188 Obispos. «Doce» únicamente dejaron de firmar la caida de Nestorio.

La sesion duró todo el dia, desde la mañana hasta la noche.

El pueblo que estaba agrepado en derredor del templo, esperando la decisión del Concilio, al tener noticia de que en él habia sido sancionada la fe católica acerca de la divina maternidad de María, saludó á los Padres con transportes de júbilo y grandes y entusiastas aclamaciones. Las casas de la ciudad se iluminaron repentinamente en señal de regocijo. Los fieles de Efeso no perdonaron medio para mostrar su ardiente devocion á la Virgen Santísima, y su gratitud á los Padres por haber condenado la heregia nestoriana.

XXX. Al día siguiente, 23 de junio, se comunicó á Nestorio la sentencia, y poco des-

pues se publicó en toda la ciudad. El conde Candidiano, militar poco instruido, y adicto al heresiarca, mandó romper los edictos del Concilio y declaró nula por sí y ante sí, la primera sesión. Al propio tiempo escribió al Emperador diciéndole que la condenación de Nestorio se había obtenido por medio de una sedición. Nestorio pidió la protección del Emperador, escribiéndole en el mismo sentido, y añadiendo que se acordase la celebración de otro Concilio «del cual fuesen excluidos todos sus enemigos,» es decir, todos los católicos.

La simple enunciaci6n de su deseo demuestra la perversidad de su doctrina.

XXXI. Después de esto muchos Obispos adictos antes á Nestorio, convencidos de su impiedad, firmaron los decretos del Concilio. Entonces Juan, Obispo de Antioquia, unido á otros 40 Obispos disidentes, por complacer á Crisafio, primer ministro del Emperador, formaron un conciliábulo en la misma ciudad, en el cual dando por pretesto que San Cirilo habla infringido las 6rdenes de Teodosio, condenó á San Cirilo, á San Menon, Obispo de Efeso, y absolvió á Nestorio de la pena que se le habia impuesto con tanta razon y justicia.

Los padres de Efeso, después de grandes trabajos y no pocos disgustos, lograron que estos 40 Prelados se unieran al Concilio y firmaran sus decretos y aceptaran la depo-

sición del heresiarca. Con esto se restableció la paz.

XXXII. Pero después de la primera sesión llegaron los legados del Papa que ya hemos nombrado. Se leyó la carta de San Celestino; se aceptó en todas sus partes, y todos los Padres proclamaron de nuevo la fe verdadera de la Iglesia católica, condenando al autor de la escandalosa herejía que los tenía congregados. (Orsi, lib xxix, n. 42.)

XXXIII. Los Padres escribieron dos cartas sinodales, una al Papa y otra al Emperador, en las cuales daban cuenta minuciosa y exacta de todo lo ocurrido.

Manifestaron que los pelagianos inquietaban de nuevo al Oriente proclamando la necesidad de un nuevo Concilio ecuménico en el cual se examinase otra vez su causa. Reprobaron los Padres de Efeso el símbolo redactado por Teodoro de Masnepta, y prohibieron cualquier otro símbolo que no se conformase con el de Nicea. En el propio Concilio efesino fue condenado el error de los mesalianos y un libro también de ellos, titulado el «Ascético.»

XXXIV. Terminadas sus tareas, los Padres escribieron una carta á Teodosio, rogándole que les concediera el permiso civil para retirarse á sus respectivas Iglesias. Esta carta, como la anterior, no llegó á su destino. Ambas fueron interceptadas por el conde Candidiano, decidido faustor de Nestorio.

En cambio llegaron á Teodosio todas las cartas de los heresiarcas y los enemigos de San Cirilo, por mas que estuviesen llenas de horribles imposturas contra los padres mas respetados en aquella religiosa asamblea.

Irritado entonces Teodosio contra los padres de Efeso, porque nada le decian (lo cual él creia, porque no habian llegado á sus manos las dos cartas que se habian dirigido), dando por otra parte crédito á las falsas noticias que se le habian comunicado, espidió un decreto en el cual declaraba que por haber los padres faltado á sus órdenes, todo lo acordado por ellos se reputaba como nulo y de ningun valor.

Los padres, conociendo entonces lo ocurrido, valiéndose de un católico fiel, vistiéndolo con hábitos de pobre peregrino, hicieron llegar al Emperador dentro de una caña que en forma de baston llevaba el peregrino, copias de las dos cartas que antes le habian dirigido. También enviaron cartas á otras personas respetabilísimas de Constantinopla. Merced á este recurso, Teodosio anuló su primer decreto, y permitió á los padres que volvieran á sus iglesias. Respecto á la cuestion entre San Cirilo y Juan, Obispo de Antioquia, mandó el Emperador que los Obispos de una y otra parte, compareciesen ante él para escuchar sus razones y pronunciar sentencia despues de oírlos. Horrible instruccion que jamás será bastante deplorada.

**XXXV.** Levantóse por este tiempo otra inesperada tempestad. El conde Ireneo, también enemigo de los católicos, dijo á Teodosio que tan poco ortodoxo era Nestorio como San Cirilo y San Menon. El Emperador, creyendo en la palabra de su general, hizo encerrar en una cárcel al heresiarca y á los dos santos Prelados. Por fortuna mas tarde, convencido de la falsedad de los informes que le habian dado, puso en libertad á los Obispos católicos, y envió á Nestorio á un destierro, en el cual murió con la lengua corroida por un cáncer. *Per quæ quis peccat, per hæc et torquetur.* (Baron., *Anales*, año 520, n. 67.)

**XXXVII.** Los partidarios de Nestorio, viendo que su jefe era odiado como herege en todo el mundo, apelaron al recurso, para defenderle, de decir en todas partes que Nestorio no se habia separado en nada de la doctrina antigua; que él enseñaba lo que antes habian sostenido escritores muy respetados en la Iglesia.

San Cirilo y otros Obispos católicos demostraron en libros escritos al intento, con cuánta falsedad y cuán insigne mala fé se esparcian estos absurdos rumores.

**XXXVIII.** Iba y Theodoreto, despues de retractar sus errores y suscribir la condenacion de Nestorio, fueron absueltos y repuestos en sus Sillas. De aquí tomaron pretesto los nestorianos para decir, ocultando la retractacion, y solo fijándose en la absolucion, que su doctri-



na había sido aprobada en el Concilio de Calcedonia. Teodoro, Obispo de Cesárea, conociendo bien el artificio maligno de estos herejarcas, los refutó, y logró que ambos, y ademas Teodoro de Mosuepta, fuesen condenados en lo civil por el Emperador Justiniano, y en lo religioso, en lo eclesiástico, por el Papa Virgilio. Esto es lo que tan triste celebridad adquirió en la historia con el nombre de *Heregia de los TRES CAPÍTULOS*.

XXXIX. En España hubo dos hereges que adquirieron muy funesta celebridad. Era uno Félix, Obispo de Urgel, y otro Elipando, Arzobispo de Toledo. Sostenían que Jesus solo era hijo nuncupativo de Dios. Sus errores fueron refutados por Paulino, Patriarca de Aquileya, Beato, sacerdote y monje asturiano, Eterio, Obispo de Osma, y el célebre Alcuino, quien escribió ocho libros, cuatro contra Elipando y cuatro contra Félix.

Esta heregia fue condenada en los Concilios de Narbona, año 788; Ratisbona, en 792; Francfort, en 794, y dos veces mas en Roma en los Pontificados de Adriano y Leon III.

Félix abjuró en el Concilio de Ratisbona; pero despues volvió á su impia doctrina. En el año 799, en el Concilio de Aquisgram, convencido por Alcuino, abjuró nuevamente su error, y se reconcilió con la Iglesia. Esto no obstante, algunos escritos suyos que se hallaron despues de su muerte, llenan de dudas bas-

tante fundadas por desgracia, la sinceridad de su segunda retractación.

Elipando no fue, por fortuna, tan obstinado. Después de haber estado mucho tiempo apartado de la verdad, se reconcilió con la Iglesia, y lleno de humildad y fé, murió como un verdadero católico, proclamando la divinidad de nuestro adorable Redentor Jesucristo.

XL. En la heregia de Nestorio hay una cosa bastante estraña. Calvino y Basnage, uno fundador de una secta protestante, enemigo encarnizado del catolicismo el otro, tomaron bajo su protección á Nestorio, y se empeñaron en demostrar que no era herege, que fue injustamente anatematizado, que, por el contrario, deberían haber experimentado, como eutiquianos, los rigores de la autoridad eclesiástica todos los Padres del Concilio de Efeso, San Cirilo, San Gregorio el Taumaturgo, San Dionisio de Alejandria, San Atanasio, San Juan Crisóstomo, San Hilario, etc., etc. Esto es bastante singular. ¡Nestorio no fue herege! En cambio lo fueron todos los santos de su siglo. ¡Así hablan los protestantes!...

XLI. Deben aquí examinarse los argumentos que presenta Basnage contra el Concilio de Efeso. Este Concilio, dice, no fue ecuménico, porque no tuvo la aprobación del Papa, ni esperó la venida de todos los Obispos del Oriente.—

Esta objecion abraza dos puntos, por fortuna falsísimos ambos. No es cierto que el

Concilio de Efeso no tuviese en su favor la aprobación del Papa. San Cirilo lo inauguró como primer legado de la Santa Sede, y pasadas pocas sesiones, llegaron los otros legados, quienes despues de ocupar el lugar correspondiente, aprobaron todo lo acordado.

Es falso que no esperaran los Padres la llegada de los Obispos orientales. La primera sesión se fijó para el día 22 de junio, y en dicho día se celebró, no obstante las infundadas protestas de Nestorio, con mas que suficiente número de Obispos. Aunque al principio se separaron 89 Obispos, inclinados á Nestorio, mas tarde, poco á poco, fueron conociendo y confesando su error, hasta que por último, todos suscribieron la condenación de Nestorio.

XLII. Basnage, como protestante interpreta la historia, segun su juicio privado, es decir, segun su capricho. Porque le conviene dice que Nestorio no erró acerca de la persona de Jesucristo, y dice que su doctrina no fue comprendida por San Cirilo, ni por ninguno de sus impugnadores contemporáneos. Esta objecion es ridícula. Si interpretaban tan mal su doctrina, ¿per qué no protestaba Nestorio? ¿Por qué no confesaba la divina maternidad de Maria? ¿Por qué hasta los fieles se escandalizaban cuando lo oían predicar?

XLIII. Suponia Nestorio que ninguna naturaleza puede existir sin su propia subsistencia. Por esto caía en el error de admitir dos

personas en Jesucristo.—El dogma y la verdad es que hay en Jesus dos naturalezas y una sola persona.—

Afirmaba que la union entre la divina y humana naturaleza, lejos de ser personal, hipostática, debía considerarse como union de proximidad ó de habitación.

Nestorio no podía comprender cómo María Santísima madre de lo carnal, podía apellidarse y serlo en realidad, madre de Dios. Para refutar esta observacion, basta considerar una cosa tan general como sencilla.

En todo hombre hay el cuerpo que por la generacion emana de los padres, y alma, espíritu, que Dios crea, que Dios infunde, en cuya creacion no tienen parte ninguna los padres naturales. Ahora bien: ¿Ha dicho alguien jamás que un padre solo es padre del cuerpo de su hijo? Y si los padres son y se llaman padres de todo el hijo, del cuerpo que han formado y del espíritu en cuya creacion no han tenido parte, ¿por qué la Virgen Santísima no ha de ser Madre de todo Jesus, de lo humano, de lo carnal que milagrosamente se ha formado en su vientre, y de lo divino, de lo eterno que por la infinita misericordia de Dios, para bien del linage humano, se había unido hipostáticamente á Jesus en las entrañas purísimas de María?

Esto es evidente.

#### ARTICULO IV.

Eutiques, XLIV.—San Flaviano, XLV.—Su Sínodo, XLVI.—Confesion de Eutiques en el Sínodo, XLVII.—Sentencia del Sínodo contra Eutiques, XLVIII.—Quejas de Eutiques, XLIX.—Sus cartas á San Pedro Chrisólogo y San Leon, Papa, L.—Cualidad de Dióscoro, LI.—Conciliábulo de Efeso, LII y LIII.—Deposicion de San Flaviano y Eusebio de Dorilea.—Teodoro de Mosuepta, LIV y LV.—Muerte de San Flaviano, LVI.—Carácter de Teodoreto, LVII.—Escritos de Teodoreto contra San Cirilo, LVIII y LIX.—Dióscoro escomulga á San Leon, LX.—Teodosio aprueba el Conciliábulo. Su muerte. Entran á reinar Santa Pulqueria y Marciano, LXI.

**XLIV.** La heregia de Eutiques nació en el año 448. Fue este herege monge, sacerdote y abad de un monasterio en el cual ejercia jurisdiccion sobre trescientos monges. Había combatido fuertemente contra Nestorio, su Arzobispo, y lo habia acusado en el Concilio de Efeso, al cual concurrió para dar testimonio de la heregia y confundir al heresiarca. Los partidarios de San Cirilo contaban á Eutiques entre los mas celosos defensores de la fé.

San Leon recibió una carta de Eutiques contra el nestorianismo, y contestándole á esta carta el Santo Pontífice, creyéndolo católico, lo alaba por su celo y lo exhorta á que continúe luchando contra los errores de Nestorio.

Eusebio, Obispo de Dorilea en la Frigia,

fue otro de los mas notables impugnadores del nestorianismo. Siendo todavía seglar, el año 429, tuvo el valor necesario para reprender á Nestorio en público por sus blasfemias, como ya hemos indicado en el núm. XX del artículo anterior.

La lucha en favor de la fé unió á estos dos valientes polemistas; pero pasando Eutiques mas allá de los justos límites, Eusebio se apartó de él, y con pena, se vió en la necesidad de dirigirle fuertísimos ataques.

Antes que por nadie, Eutiques fue acusado ante el Emperador por los Obispos del Oriente; pero el diestro heresiarca supo frustrar la acusacion diciendo al monarca que los que no inspiraban confianza en la fé, eran sus acusadores.

Las cosas no fueron tan prósperas para Eutiques, cuando se presentó en la lid su antiguo amigo Eusebio de Dorílea. Este, despues de haberlo amonestado muchas veces y con suma caridad en secreto, viendo que no le era posible convencerlo con privadas advertencias, se creyó obligado á manifestar su error á San Flaviano, Patriarca de Constantinopla. (Orsi, libro xxxii, n. 16.)

XLV. Peligrosa era la acusacion de Eutiques. Era este un anciano abad, tan respetable por su ciencia, como por la fama de su virtud. Había impugnado á Nestorio, había estado unido á San Dalmacio para defender el Concilio de Efeso; era amigo y padrino de Crisafio,

ministro del Emperador; vivía, en fin, en grande intimidad con Dióscoro, Obispo de Alejandria, quien poco antes se uniera con él para rechazar á los Obispos del Oriente. Pero aunque Eutiques era tan sábio, tan anciano y tan respetable, cuando el hombre cae en el error, aunque se ame su persona, sus errores no pueden aceptarse. Por este Eusebio de Dorilea no se detuvo ante ningún linage de consideraciones, é hizo bien, y por ello ha sido y será su nombre siempre elogiado en la Iglesia. Lo primero es defender ante todo la doctrina de la Iglesia.

San Flaviano aunque con pesar profundo, se vió obligado á escuchar las fundadas quejas de Dorilea contra Eutiques.

XLVI. San Flaviano celebró por aquel tiempo un Concilio, con el objeto de resolver una cuestion grave que existía entre Florencio de Sardi, metropolitano de la Lidia, y dos Obispos de la misma provincia. Terminado el juicio sobre aquella causa, se levantó Eusebio de Dorilea y pidió que Eutiques fuese citado como herege al Concilio. San Flaviano, lleno de prudencia, quería recurrir nuevamente á la influencia privada; pero Eusebio insistió con landable tenacidad, sosteniendo que los medios secretos eran inútiles; que el mal existía; que Eutiques no se enmendaba; que con su error iba infestando muchos espíritus; que, en fin, era indispensable pensar en su condenacion.



Convino en todo el Concilio. Eutiques fue citado para la segunda sesion. No compareció. Se le volvió á citar para la tercera. Tampoco acudió esta vez al llamamiento del Concilio, escusándose con decir que era anciano, que jamás habia salido de su monasterio, que por añadidura, á la sazón se hallaba enfermo. Está visto. El árbol ladeado, cuando es viejo no puede enderezarse sin gran violencia. La debilidad de los años aumentaba la tenacidad y obstinacion de Eutiques. Muy denodado para espereir el error, creyéndose robusto para hacer el mal, cuando se trataba de practicar el bien, de mostrarse obediente y humilde, presenta ridículas excusas, encaminadas á lograr la impunidad de sus crímenes, eludiendo la condenacion de la Iglesia.

XLVII. Al fin de la sétima sesion Eutiques, forzado por tantas intimaciones, se presentó en el Concilio. ¿Pero cómo? Se presentó acompañado de una tumultuosa turba de soldados, oficiales del prefecto del pretorio, y monjes estraviados, quienes con forma irreverente, declararon que no dejarían entrar á Eutiques en el Concilio, si antes los Padres no les prometían dejarlo en libertad. ¡Véase á lo que se reducía la virtud del anciano abad! (Fleury, lib. xxvii, n. 28.)

Entró por fin Eutiques en el Concilio; Eusebio le acusó pública y solemnemente; el herege no pudo defenderse; dijo que no habia ido

para disputar, sino para dar cuenta de su fé, y que en cuanto á esto no podía hacerlo de ninguna manera mejor que poniendo en manos de los Padres un libro en el cual habia consignado sus creencias.

Quedó probado hasta la evidencia que Eutiques era un verdadero herege; que admitia en Jesucristo dos naturalezas antes de la Encarnacion, y solo una despues de haber tomado la carne humana.

**XLVIII.** Eutiques fue condenado como herege. Los Padres del Concilio firmaron todos su condenacion. Pero el heresiarca al oirla leer dijo en voz baja á algunos Padres que le rodeaban: apelo al Papa, y los Obispos de Alejandria, Jerusalem y Tesalónica. Este, que no es ni puede ser como una apelacion considerado, sirvió despues á Eutiques, como pretesto, para decir que habia presentado su apelacion ante el Papa, á quien escribió una carta dándole cuenta de lo ocurrido con este motivo.

**XLIX.** San Flaviano publicó la condenacion de Eutiques, con el fin de que los fieles conocieran su error y se librasen de sus malas artes. Eutiques se irritó por esto terriblemente contra el Santo Patriarca de Constantinopla. Los ancianos cuando prevarican, no admiten la contradiccion.

Paso Eutiques una protesta en las calles de Constantinopla, como una proclama incendiaria, contra lo decretado en el Concilio. Sus

monges, depravados por la heregía de su maestro, llenos de soberbia, resistieron y rechazaron la sentencia del Sínodo provincial. El mismo Eutiques se quejaba contra San Flaviano, porque había hecho circular por los monasterios su condenacion, reprobando esto como una novedad, no teniendo en cuenta, que tambien era novedad y grande y espantosa, el ver á un anciano abad propalando con tenacidad diabólica una doctrina perniciosa para las almas.

L. Eutiques queriendo hallar cómplices, dirigió una carta artificiosa y malignamente escrita, á San Pedro Chrisólogo, Obispo de Rávena, en la cual se quejaba de la conducta observada contra él por San Flaviano. Grande era por cierto la actividad que tenía para todo lo malo este anciano corrompido; pero San Pedro Chrisólogo era jasto, poseía la verdadera prudencia, y le contestó en una carta, que servirá siempre de modelo para rechazar esta y todas las insidiosas quejas. San Pedro le dijo: «No puedo juzgar en esta causa, porque solo conozco lo que me dice una parte, y aun no sé lo que me dirá San Flaviano. Entre tanto para no errar, hay una regla infalible, que consiste en someterse humildemente á las decisiones de la Santa Sede.»

Magnífica contestacion. Ella sola revela cuán sólida era la virtud de este santo Obispo italiano.

Eutiques escribió otra carta á San Leon en

la cual intentaba tambien sorprender al Papa. El Vicario de Jesucristo escribió á San Flaviano pidiéndole informes estensos y exactos de todo lo ocurrido. Los recibió y con ellos la conviccion mas profunda de que Eutiques era un hombre tan temible por sus malas ideas como justo queria pintarse con sus artificiosas palabras.

En abril del año 449 por complacer al Emperador, se celebró otro Concilio provincial en Constantinepla. En él espuso San Flaviano con toda claridad su fé contraria á Eutiques y á Nestorio, y conformes en todo con la doctrina de la Iglesia. En este Sínodo nada por otra parte se acordó acerca de la cuestion que entonces agitaba al Oriente. (Fleury, lib. 27, n. 31.)

LI. A ruegos de Eutiques y del ministro Crisafio, Dióscoro, Patriarca de Alejandria, escribió al Emperador, persuadiéndole á que convocara un Concilio general, en el cual se examinase de nuevo la causa de Eutiques. Logró por desgracia su intento; pero antes de pasar á otro punto, necesitamos decir aquí alguna cosa acerca del carácter de Dióscoro.

Ocultaba en un principio su iniquidad bajo la apariencia de algunas virtudes puramente exteriores. Apoyado por su ambicion y su hipocresía, solo por fines mundanos, subió á la Silla patriarcal de Alejandria. Su ambicion insaciable, su satánica codicia le arrastraron á

crímenes que no pueden ni aun recordarse. Trató al Egipto, como un procónsul desplacido.

Su impureza, llevada hasta el cinismo mas repugnante, lo convirtió en escándalo de los fieles.

Su falta de fé y caridad, por último, le hacia insultar la memoria bendita de San Cirilo, reprobar todas sus obras, maldecir á todos sus amigos, y tornarse en perseguidor de la Iglesia.

Dióscoro tiene sobre su conciencia robos, incendios y numerosos homicidios. En la misma Convención ó en el Parlamento de Isabel de Inglaterra hubiera figurado sin duda Dióscoro, por su maldad, entre los mas temidos por su malicia. Para saber lo que era Dióscoro, puede ser consultado Baronio en sus *Anales*, año 444, n. 33.

LII. Teodosio, por sí y ante sí convocó en Efeso un Concilio que debía comenzar sus sesiones el día 1.º de agosto del año 449. Despues se reunió el día 8, siete días despues del señalado en el edicto de convocacion.

Por decreto del Emperador seglar, en una asamblea religiosa, eclesiástica, fue nombrado presidente el Patriarca Dióscoro. Basta tener esto en cuenta para inferir lo que seria este sacrilego Conciliábulo.

Los historiadores llaman á este Concilio el *latrocinio* ó el *asesinato* de Efeso. Con es-

te nombre le describen exactamente. En él no se discutió nada; se condenó al justo, se absolvió al malo, y solo hubo vítores para la iniquidad.

Dióscoro, entregándose á su natural ferocidad, apoyándose en las fuerzas del Emperador, trató con horrible violencia á los Obispos católicos y á los mismos legados del Papa San Leon, quienes, no pudiendo ocupar el primer puesto que por derecho les correspondía, se colocaron en el último lugar, protestando contra la temeraria y sacrilega usurpacion de Dióscoro.

No quiso este que se leyera la carta sinódica de San Leon, ni dejó libertad á los Padres para que estos examinasen los puntos importantes que naturalmente debían someterse á la deliberacion del Concilio.

LIII. Eutiques entró en el Sínodo y empezó á justificarse, esponiendo sus doctrinas de una manera capciosa y mal intencionada. Fue interpelado por los Padres para que diera esplicaciones acerca de varios puntos muy sustanciales y no pudieron conseguirlo. Eutiques hablaba de todo menos de lo que necesitaba hablar. San Flaviano pidió que se permitiera hablar á Eusebio de Dorilea, adversario y constante impugnador del heresiarca. No lo consiguió. Estaba acordado que solo hablara, para que venciera, Eutiques. El mismo San Flaviano se vió obligado á callar por fuerza. (Orsi, libro xxxii, n. 53.)

**LIV.** Se leyeron varias cartas de San Cirilo, en las cuales se pretendía encontrar por medio de supresiones malignas y sacrílegas interpretaciones, la doctrina de Eutiques. Nadie pudo protestar contra esta horrible profanación. En aquella asamblea dominaba la maldad, auxiliada por el sacrilegio, la violencia y el terror. Eusebio de Dorilea fue condenado. Por adular á Dióscoro muchos, pidieron que fuese quemado vivo. Eutiques fue absuelto; su doctrina impía fue aprobada, y los monges escomulgados por San Flaviano, admitidos como buenos católicos, á la comunión de los fieles.

**LV.** Dióscoro además pretendió vengarse de San Flaviano y de Eusebio de Dorilea. Al instante hizo leer el decreto del Sínodo anterior de Efeso en el cual bajo la pena de deposición se prohibió aceptar ningún simbolo distinto del de Nicea. Dióscoro quiso probar que San Flaviano y Eusebio profesaban ó tenían otro simbolo, y como la violencia estaba de su parte, no le fue difícil realizar sus deseos.

San Flaviano no pudo defenderse. No le fue permitido. Quiso protestar y sus protestas fueron rechazadas.

Antes de la votación, Dióscoro hizo que una furibunda soldadesca redease el lugar de las sesiones, amenazando con horrible gritaría forzar las puertas, penetrar en su recinto y despedazar á los Obispos católicos.

Fácil es comprender cuál sería la confusión



á que esto diera lugar y cómo y con qué libertad se realizaria la votacion. Dióscoro se mostraba tranquilo. Conocia el secreto de tanta y tan sacrílega iniquidad. (Orsi, lib. 33, n. 59 y 60.)

**LVI.** Irritado Dióscoro contra San Flaviano, por su apelacion, no solo lo depuso y lo condenó á destierro, sino que convirtiéndose en verdugo, se arrojó sobre él dándole tan horribles golpes en la cabeza y en el estómago, que tres dias despues murió víctima de la furia de aquel mónstruo. En el Concilio de Calcedonia fue proclamado como mártir San Flaviano.

Eusebio de Dorilea se salvó por no haber sido admitido en el Concilio. Se le condenó á destierro y deposicion, pero él tuvo ocasion de evadirse, se refugió en Roma, y allí vivió protegido por San Leon, hasta que pudo tranquilamente volver al Oriente para la celebracion del Concilio de Calcedonia.

Dióscoro condenó á muchos otros Obispos, á todos los que no se hacian cómplices de sus maldades.

**LVII.** Teodoreto, Obispo de Ciro, fue hombre de noble alcurnia, gran virtud y mucho ingéaio. A no ser, dice el Cardenal Orsi, por sus extravíos, algo censurables, en la cuestion con San Cirilo, seria contado con gloria entre los mas notables Padres de la Iglesia.

Teodoreto era monge. Trabajó mucho contra los hereges y en defensa de la fé. Por la

fama de su santidad y el prestigio de su saber fue estraido casi con violencia del monasterio y elevado á la Silla de Cirio, entonces ciudad importantísima que comprendia 800 iglesias.

Teodoreto por no abandonar la soledad del claustro, rehusó primero con obstinacion el cayado pastoral; pero lo aceptó mas tarde con la resolucion firmísima de sostener la causa santa del catolicismo.

LVIII. Teodoreto, intentando refutar los *anatematismos* de San Cirilo, aunque sin faltar al dogma, parecia como que se inclinaba á los errores de Nestorio.

El mismo San Cirilo lo escusa, y dice que no debe ser comprendido en la condenacion de Nestorio. Teodoreto, por otra parte, escribió al heresiarca recomendándole que no turbase la Iglesia con su nueva doctrina.

Mas tarde, conociendo bien la pura doctrina de San Cirilo, Teodoreto le escribió una carta en la cual reconocia y confesaba con júbilo la misma fé.

LIX. Teodoreto escribió un libro contra los eutiquianos. Por esto el Emperador lo desterró á su diócesis. Mas tarde fue depuesto por el vengativo Dióscoro en el Conciliábulo de Efeso. Teodoreto apeló á San Leon, y despues se retiró lleno de abnegacion á su antiguo monasterio cerca de Apamea.

Marciano lo llamó del destierro, y San Leon lo declaró inocente y lo repuso en su Si-

lla. En el Concilio de Calcedonia, despues de haber profesado la fé católica, fue admitido por todos los Padres con grande júbilo en el seno de la Iglesia. Se olvidaron por completo las manchas que habian caido sobre él cuando hizo la oposicion á San Cirilo, en los principios de la cuestion nestoriana. Se cree que Teodoro vivió hasta el 458 de la Era cristiana, y que en los últimos años de su vida compuso su tratado sobre *Las fábulas heréticas*.

LX. Volvamos al Conciliábulo de Efeso. Los pocos Obispos que tuvieron valor para negarse á firmar la sacrílega venganza de Dióscoro, todos fueron desterrados. Hilario, legado de la Santa Sede, que tambien protestó contra Dióscoro, fue muy maltratado. Dióscoro se retiró á Alejandria, donde lleno de insolente jactancia, se gloriaba de haber impuesto su voluntad y sus caprichos á toda la Iglesia. Hasta tuvo valor para escomulgar y deponer al Papa San Leon, y hacer firmar por diez pobres y débiles Obispos de Egipto, esta ridícula condenacion. Un abismo lleva á otro abismo, y cuando se entra en esta pendiente, se llega á la perdicion.

LXI. El Papa San Leon escribió al Emperador Teodosio, llamándole la atencion sobre los males que Dióscoro causaba á la Iglesia; pero Teodosio, seducido por las adulaciones de sus cortesanos, y las lisonjas vergonzosas de Dióscoro, se desentendió de las quejas del Pa-

pa, volvió á Eutiques todos sus honores, condenó la memoria del mártir San Flaviano y aprobó todo lo acordado, todo lo suscrito por sacrílega violencia en el *latrocinio* de Efeso.

El Emperador, ciego por su manía de reformar la Iglesia, escribió una carta al Papa, en la cual, por mera fórmula, le dice que todo lo decretado en Efeso era conforme con las leyes de la justicia. ¡Desgraciado imperante! Cuando la mano civil toca al incensario, se abrasa.

Teodosio murió poco despues, el año 450, á los 59 de su edad. Se arrepintió de haber favorecido á Eutiques poco antes de su muerte.

Como Teodosio no dejaba hijos, le sucedió en el trono su hermana Santa Pulqueria, quien se unió con lazo matrimonial á Marciano, soldado valiente y Senador lleno de sabiduría y prudencia. Estos nuevos Emperadores repararon en gran parte los escándalos que Teodosio habia permitido en la Iglesia.

## PARRAFO II.

—El Concilio de Calcedonia, LXII.—Causa de Dióscoro, LXIII.—Es condenado, LXIV.—Condenación de Eutiques, LXV.—Privilegio concedido al Patriarca de Constantinopla, LXVI.—No lo admite San Leon, LXVII.—Muerte de Eutiques y Dióscoro, LXVIII.—Teodosio, jefe de los eutiquianos en Jerusalem, LXIX.—Su crueldad, LXX.—Muerte de Marciano y Santa Pulqueria, LXXI.—Timoteo Eluro, Obispo intruso de Alejandría, LXXII.—Martirio del verdadero Obispo San Proterio, LXXIII.—El Emperador Leon, LXXIV.—Deposición de Eluro, LXXV.—El Emperador Zenon, LXXVI.—San Simon Stilita, LXXVII.—Su feliz muerte, LXXVIII.—Pedro Mongo, Obispo intruso de Alejandría, LXXIX.—

LXII. Marciano fue proclamado Emperador el día 24 de agosto del año 450. Apenas ocupó el imperio, escribió una carta al Papa San Leon, manifestándole cuánto deploraba los males causados por el gobierno anterior, y cuán grande y cuán positivo era su deseo de repararlos en todo el grado y con toda la brevedad posibles. Al intento rogaba al Papa que se dignara convocar un Concilio ecuménico, y que viniera él mismo á presidirlo, ó que enviara sus legados para que lo presidieran.

Al mismo tiempo escribió también al Papa la Emperatriz Santa Pulqueria, diciéndole que los restos mortales de San Flaviano habían sido

ya trasladados con sumo honor á la Iglesia de Constantinopla; que el Patriarca Anatolio habia ya suscrito la condenacion de Eutiques; que los Obispos desterrados se hallaban todos en libertad; que, en fin, los nuevos Emperadores habian hecho cuanto en ellos estaba para lograr la paz de la Iglesia. Concluia la santa Emperatriz rogando al Papa que se dignase segundar la idea del Concilio, utilísima en aquellas circunstancias.

San Leon contestó á los Emperadores, que hallándose Atila entonces en la Galia, no podria celebrarse el Concilio, porque muchos Obispos, por temor á tan cruel enemigo, no se atreverian á emprender el viaje. Vencido Atila en los campos catalaunicos, el Papa se dedicó con celo y gran constancia á preparar todo lo indispensable para la celebracion del Concilio general. Envió cuatro legados á Constantinopla. Quería el Emperador que los Padres se reunieran en Nicea; pero mas tarde comprendió que debia tener lugar esta augusta Asamblea en Calcedonia. Celebróse este Concilio el año 451 en la Iglesia de Santa Eufemia, Virgen y mártir. Asistieron unos 600 Obispos á este Concilio.

LXIII. En la primera sesion, el dia 8 de octubre, se examinó la conducta del impío Dióscoro. Tuvo este la audacia necesaria para entrar en el Concilio. Creia que podria aun salir triunfante, porque en su derredor veia mu-

chos de sus antiguos cómplices. ¡Qué error! Ignoraba que los débiles son únicamente partidarios de la violencia. Pascasino se levantó y dijo: «Dióscoro es un criminal; pesan sobre él gravísimas y muy fundadas acusaciones; entre nosotros no puede sentarse como juez; es indispensable que ocupe el lugar que le corresponde como reo.»

Dióscoro no podía ser absuelto; sus crímenes eran tan horribles como evidentes; fue condenado. Sus antiguos cómplices lo abandonaron. Solo quedaron á su lado unos cuantos, pocos en número, Obispos del Egipto. Dióscoro, sin embargo, firme en su soledad, no abandonó la heregia de Eutiques.

Como era de esperar, en esta primera sesion Teodoreto de Ciro y Eusebio de Dorilea, fueron restituidos á sus Sillas; Dióscoro fue depuesto, y la memoria de San Flaviano fue tratada con todo el honor de un confesor de la fé, todo el respeto de un Santo, y toda la admiracion de un mártir. (Orsi, lib. xxxiii, n. 49.)

En esta ocasion la justicia fue cumplida. El reinado de los impios nunca es duradero.

LXIV. En la segunda sesion, el 10 de octubre, se leyeron los símbolos de Nicea y Constantinopla, la epistola de San Leon, las dos célebres cartas de San Cirilo, y al oír su doctrina, todos los padres exclamaron: «Esta es nuestra fé; Pedro ha hablado por la boca de Leon: sea escomulgado quien no crea lo que dice.»



Eusebio de Dorilea quiso que Dióscoro fuese citado. Lo fue por tres veces, pero viendo que ya no disponia de la fuerza, quizá su única razón, no quiso asistir. Como rebelde y contumaz fue entonces condenado y depuesto por los legados de la Santa Sede. Todos los Padres firmaron la condenacion.

En esta sesion entraron algunos obstinados monges del partido de Eutiques. Pidieron en términos bastante censurables que asistiera Dióscoro, amenazando en caso contrario con separarse de la comunión del Sínodo. Se intentó en el principio castigarlos con rigor por su sacrilega temeridad; pero al fin, siendo indulgentes con ellos hasta el esceso, los Padres les dijeron que les concedian treinta dias para que examinasen su conducta y se arrepintieran; que si cumplido este plazo no se enmendaban serian tratados con toda la severidad de las leyes. (Orsi, lib. xxxiii, núm. 59 y 60.)

LXV. Los Obispos firmaron la epístola dogmática de San Leon, Papa. Anatolio, Patriarca de Constantinopla y algunos otros Obispos, presentaron otra fórmula de fé, que hablaba de las dos naturalezas de Cristo, en términos tan vagos, que no pudo ser admitida por los Padres. En este Concilio, contra todos los hereges, se definió que en Cristo hay dos naturalezas, divina y humana, y una sola persona.

LXVI. Despues de la referida definicion, especialmente en la sesion 16, que fue la última,

se decretaron cosas de suma importancia. En el cánón 28, se concedió á Anatolio, como Patriarca de Constantinopla, el privilegio de ordenar á los metropolitanos del Ponto, del Asia y de la Tracia, quienes antes estaban sometidos al Patriarca de Antioquía. Ya este privilegio se habia concedido antes al Obispo de Constantinopla, en el Concilio de los 150 Obispos, celebrado en la misma ciudad, en tiempo del Emperador Teodosio. Fundábase este privilegio, en que siendo Constantinopla la ciudad imperial, siendo la Roma de Oriente, parecia natural que tuviera sobre sus iglesias el mismo poder que la Roma, la capital del imperio de Occidente. Las mismas razones en que se fundaba el privilegio lo hacian inadmisibile. Era esto suponer que la autoridad eclesiástica iba en cierto modo unida á la autoridad civil, lo cual siempre ha sido y será rechazado como falso y sacrilego en la Iglesia.

Contra este privilegio protestó el legado del Papa Pascasino. (Orsi, lib. xxxiii, n. 78 y 79.)

LXVII. Los Padres escribieron al Papa una carta en la cual le daban cuenta de todo lo acordado y le pedian su aprobacion. Anatolio tambien con mucha anticipacion se dirigió al Papa previniéndole en favor del privilegio concedido al Patriarca constantinopolitano; pero San Leon, aunque tenia grandes deseos de complacer á Marciano y Santa Pulqueria, no consintió en que se derogase lo acordado en

Nícea, y mandó que se tuviese por no concedido el privilegio del cánón 28, quedando, como era justo, en la Silla de Antioquía.

**LXVIII.** Digamos algo acerca de la muerte de Eutiques y Dióscoro. El año 450 fue Eutiques desterrado por orden del Emperador. En el mismo destierro continuó cometiendo delitos aun mayores que los que habian sido causa de su castigo, y fue necesario enviarlo á un lugar solitario, en el cual murió, de una manera infeliz, sin dar señal ninguna de arrepentimiento.

Dióscoro fue tambien desterrado. Se le señaló un punto de la Patagonia, donde despues de haber escrito algunos malísimos libros en defensa de la heregía eutiquiana, sin dar señales de penitencia, murió el año 454.

Así terminaron su vida estos dos hombres soberbios y turbulentos que por tanto tiempo fueron el terror y el escándalo de la Iglesia. Los dos eran ancianos y con el peso de los años en vez de ablandarse, se endurecia mas y mas cada dia su corazon. Vivieron resistiendo al Espíritu Santo con dura cerviz y murieron como gentes de corazon incircunciso. ¡Ojalá sirva de ejemplo esta caída á todos los soberbios!

**LXIX.** La muerte de estos dos heresiarcas no fue bastante para calmar á las gentes obstinadas que los seguian. Apenas terminado el Concilio calcedonense, en Palestina, muchos

monges estraviados, alzaron la bandera de Eutiques y con ella en la mano dieron muchos dias de luto y lágrimas al catolicismo.

El jefe de estos rebeldes fue un tal Teodosio, que auxiliado por Eudoxia, viuda del difunto Emperador, se grangeó muchos secuaces en el Oriente. Lanzó á Juvenal, Obispo de Jerusalen, de su Silla, y la ocupó, haciéndose nombrar sacrílegamente Obispo. Horrorizan los crímenes que perpetró para mantenerse en la usurpada Silla, impidiendo la vuelta de su legítimo Pastor.

**LXX.** Teodosio para vivir tranquilo, en pacífica posesion de la usurpada Iglesia, intentó asesinar al legítimo Obispo Juvenal. Al intento se valió de un malvado, asesino por interés, que no pudiendo hundir su puñal en el pecho de Juvenal, por no perder su jornal, el premio de su infame y execrable oficio, dió cruel y bárbaramente la muerte al Santo Obispo de Sicopólis, el mártir Siveriano, cuya memoria celebra la Iglesia el dia 21 de febrero.

Ademas cometió Teodosio cien y cien otros horrorosos crímenes. Pero tanto y tan monstruoso atentado no podia quedar impugne. El Emperador Marciano, enterado de lo que ocurría, impuso á Teodosio el condigno castigo. Su causa criminal comenzó en los últimos dias del año 451 y concluyó en agosto del 453.

Jerusalen quedó en paz. Juvenal volvió á su

Silla, y el sacrílego usurpador se escondió en los desiertos inhabitados de la Arabia.

**LXXI.** En este tiempo, por el año 453, murió Santa Pulqueria. Su fiesta se celebra el día 10 de setiembre. San Leon (Epíst. 90), hizo de ella un grandísimo elogio. Lo merecía en verdad.

Su virtud, su prudencia, sus dotes para el gobierno nunca serán bien ponderadas. Con ser mujer, pudo dar lecciones y ejemplos muy útiles á los hombres mas aventajados en el arte de dirigir políticamente los pueblos.

Santa Pulqueria logró con su virtud santificar á sus cortesanos, y con su tacto y esquisita prudencia evitar en lo posible los disturbios de su imperio. Contuvo á los turbulentos here-siarcas; favoreció á los católicos; edificó muchos templos, para rendir culto á Dios, é hizo levantar grandes y numerosos hospitales, para que en ellos fuesen socorridos los pobres.

Santa Pulqueria eligió para esposo á un hombre digno de ella. Con esto solo está hecho su elogio. Marciano murió el año 457. San Leon lo apellida Emperador de santa memoria, y los griegos le veneran como Santo, y celebran su fiesta el día 17 de febrero.

La Iglesia desolada lloró por mucho tiempo la pérdida de estos dos justos y magnánimos Emperadores. Eran fuertes, y con serlo, no pensaron en ponerse en lucha con el Soberano Pontífice. Cuando San Leon reprobó el cá-

non 28 del Concilio calcedonense, relativo á los privilegios del Patriarca de Constantinopla, ellos se humillaron, inclinaron la cabeza, y confesaron que el imperio era para ellos, y que en la Iglesia solo tenia autoridad el VÍcario de Jesucristo.

Ejemplo digno, leccion elocuentísima que deberian imitar todos los malos gobernantes, empeñados por lo general en grangearse con perseguir la Iglesia la celebridad que no saben adquirir administrando bien los pueblos.

LXXII. Otro, entre los mas célebres discípulos de Eutiques, fue Timoteo Eluro, monge y sacerdote de virtud, en la apariencia, pero de corazon depravado en la realidad. Al saber que Dióscoro habia sido depuesto, quiso ocupar la Silla de Alejandría. Fue preferido con razon San Proterio. Lleno entonces de indignacion por lo que creia un desaire, Eluro empezó á declamar de una manera horrible contra el Concilio de Calcedonia. Pudo grangearse el afecto de cuatro ó cinco Obispos y la adhesion de unos cuantos monges, sospechosos en la fé. Apoyado en ellos, se presentó ante el mundo como un sectario ó jefe de secta.

El Emperador Marciano quiso extinguir esta heregía en sus principios, y no pudo conseguirlo. San Proterio reunió un Concilio, y en él fue condenado el heresiarca Pedro de Mongo y los demas Obispos y monges que le seguian.

Muerto Marciano, Eluro volvió por su volun-

tad del destierro, sin esperar á que se derogara el decreto imperial que se lo habia impuesto. Renovó sus quejas y manifestó otra vez deseos de gobernar como Obispo la Iglesia de Alejandría.

En un tumulto, por la fuerza se hizo nombrar Obispo, y persiguió á todos los afectos á San Proterio.

LXXIII. El 19 de marzo del año 457, dia en que cayó el Viernes Santo aquel año, los partidarios de Eluro se apoderaron de San Proterio que se hallaba haciendo oracion en la Iglesia, y lo asesinaron de una manera horrible. No contentos con la muerte, colgaron primero su cadáver, para esponerlo á la pública irrisión, y lo arrastraron despues por las calles y plazas, hasta destrozar materialmente todos sus miembros. No satisfechos aun con esto, arrojaron sus despedazados restos á una hoguera, y esparcieron sus cenizas por el aire.

Mostraron los hereges un odio infernal á todo lo que tenia relacion con el santo mártir. Le confiscaron sus bienes, persiguieron á los individuos de su familia, y hasta destruyeron los altares y templos contruidos por él.

Eluro, lleno de osadía, saltando de abismo en abismo, hasta sepultarse en la mas desastrosa muerte, no cesó de mortificar á los fieles. Condenó al Papa San Leon y al Concilio de Calcedonia. Mostraba verdadero horror á todo lo que era católico. ¡Desgraciado! Pretendia



ahogar con nuevos crímenes las protestas y los remordimientos que los crímenes levantaban en su conciencia.

LXXIV. A Marciano sucedió Leon en el imperio el año 459. Fue, como su antecesor, amigo de la Iglesia y perseguidor de los hereges, que perturbaban la sociedad. Leon pidió al Papa el necesario consentimiento para la convocacion de un nuevo Concilio; pero el Soberano Pontífice le demostró que sus deseos no eran convenientes, y desistió de su propósito. El nuevo Concilio se hubiera mirado como una concesion, y á la turbulencia no debe nunca concederse nada.

En el año siguiente volvió á insistir con buena fé el Emperador en la conveniencia del Concilio, no para examinar lo decretado en Calcedonia, sino para convencer á los heresiarcas que con sana intencion sostenian el error de Eutiques. El Papa, conociendo cuán buenos deseos animaban á Leon, le mandó sus legados, pero advirtiéndole que procediera con mucho juicio y suma desconfianza, porque los clamores para el Concilio en los hereges mas bien que deseos de paz, eran pretestos de guerra.

LXXV. Por orden del Emperador, Eluro fue enviado al Cherconeso á perpétuo destierro; pero el herege, recurriendo á la perfidia y la hipocresia, medios tan propios de los que no tienen fé, aparentó haberse convertido, hizo una profesion de fé católica, y como hu-

milde católico, pidió que se le colocara pacíficamente en la Silla de Alejandría. Vaciló el Emperador; pero el Papa, conociendo bien al herejarca, se opuso con todas sus fuerzas al logro de sus deseos, diciendo que aun suponiendo sincera su conversión, sus crímenes le hacían indigno de entrar como Obispo en la Iglesia católica, quien cuando mas, como humilde penitente podia ser admitido en el último lugar.

Eluro entonces fue arrojado de Alejandría y para llenar la vacante Silla, se nombró canónicamente á Timoteo Salofacialo, varon de buenas costumbres, sólida piedad y santo celo por el esplendor de la Iglesia.

LXXVI. El año 474 murió el Emperador Leon. Le sucedió su sobrino, llamado Leon el jóven. Murió este un año despues, y ocupó el trono su padre Zenon. Basilisco, general de los romanos, usurpó el trono á Zenon y se declaró Emperador. Era este arriano y mandó que se pusiera en libertad á Eluro y volviera á gobernar la Iglesia de Alejandría. Basilisco perdió el imperio y sus impíos decretos no pudieron cumplirse. El mismo Eluro desesperado al ver que habia caído del solio su protector, temiendo con justicia ser nuevamente enviado al destierro, con un veneno se dió la muerte. Sus partidarios dicen que predijo el fin de sus dias. No es extraño. Los suicidas en este punto pueden ser muy seguros profetas. Como está en sus manos el perpetrar el crimen que da

la muerte, tambien está en su lengua el señalar el dia que pone término á su vida.

**LXXVII.** El año 459 murió San Simon Stilita. La vida de este Santo solitario es tan notable, ha llamado tanto la atencion del mundo, que no es posible dejar de decir aquí algo acerca de ella.

Nació San Simon en Sisar, pequeña poblacion de la frontera de Siria. Tenia 13 años; ocupándose en apacentar los ganados de su padre, dejó aquel género de vida para consagrarse á Dios con todas las fuerzas de su alma. Entró en muchos monasterios; pero no le satisfacian las penitencias que se hacian en ellos. Estaba llamado por Dios para una cosa mucho mas grande, para un género de mortificacion que fuese el asombro del mundo. Levantó una columna de 40 codos de altura, en cuya cúspide, que era sumamente estrecha, con sumo trabajo pasaba la vida. Comia una sola vez en la semana; hacia muchas y horribles cuaresmas en el año; hacia diariamente mas de mil inclinaciones de lo alto de la columna, hasta unir la cabeza con los pies. Estos trabajos le ocasionaron el rompimiento ó dislocacion de algunas vértebras y una profunda llaga en el vientre. Como permanecia casi desnudo sobre la columna, en todo el paso del calor, los mosquitos y cien otros insectos lo atormentaban hasta un punto que ni aun imaginarse puede sin enternecimiento.

Para probar su virtud, algunos monges le mandaron que bajara de la columna en virtud de santa obediencia. Apenas oyó esta palabra, sin detenerse un solo instante, bajó de aquel lugar de suplicio para cumplir el precepto de sus superiores. Viendo estos, pues, con este rasgo de obediencia que no habia vanidad en aquella vida de mortificacion, le dijeron que podía volver á la columna. Lo hizo al momento. Las penitencias de este hombre extraordinario asombraron á las gentes. De todas partes acudian viajeros solo para contemplar aquel verdadero prodigio de paciencia y mortificacion.

Muchísimos pecadores al verlo, abandonaron sus crímenes, y no pocos heresiarcas abrieron los ojos á la luz, pasmados ante un ejemplo tan perfecto de humildad y abnegacion cristianas.

**LXXVIII.** La muerte de este santo solitario fue tambien extraordinaria. Tuvo lugar el dia 2 de setiembre del año 459. Su postrera enfermedad duró cinco dias. En el último se hallaba rodeado de un inmenso gentío, agrupado en sus cercanías. Llegada la hora, encomendó á Dios el Santo á todos sus discípulos, hizo tres genuflexiones, levantó tres veces la cabeza al cielo, bendijo á los circunstantes, y mirando de nuevo al cielo y dándose tres golpes de pecho, inclinó la cabeza sobre el hombro de un discípulo, y dejando el cuerpo en la tierra, entregó su alma bendita al Criador.

Su cadáver fue trasladado á Antioquía. Fue llevado en hombros de Obispos y sacerdotes, no obstante las cuatro millas que separaban la ciudad del lugar de su muerte.

Esto prueba cuál era la devoción que todo el mundo tenía al Santo penitente.

LXXIX. Volvamos á los eutiquianos. Muerto el impío Eluro, los hereges nombraron para sucederle en la Silla de Alejandría, al no menos impío Pedro Monge. El Emperador se opuso, porque aun vivia el Prelado legítimo Timoteo Salofacialo. Muerto este fue canónicamente nombrado para que le sucediera, Juan Talaia. Acaso, Obispo de Constantinopla, era su enemigo y logró que el Emperador tambien lo fuera. El Papa defendió sus derechos, y esto dió márgen á una sacrílega resistencia de parte del Emperador Zenon, que nunca será bastante deplorado.

### PARRAFO III.

— Zenon. Su *Henoticon*, LXXX.—Pedro Mongo escomulga á San Leon, LXXXI.—Pedro Fulon en Antioquía, LXXXII.—Fulon y su muerte, LXXXIII.—Acacio, Patriarca de Constantinopla, muere escomulgado, LXXXIV.

LXXX. Acasio auxiliado por Pedro Mongo, indujo al Emperador Zenon á que promulgara su célebre edicto denominado *Henoticon*, en el cual bajo el pretesto de formar un símbolo de

unión, se arregló una proclama favorable á la heregia y muy dañosa al catolicismo. Consistia principalmente en exigir como condicion para la paz que solo se admitiesen las disposiciones del primer Concilio de Nicea, y los *Anatematismos* de San Cirilo, rechazando todo lo acordado y definido en Calcedonia contra Eutiques, y Zenon, heresiarcas de ideas enteramente opuestas á las de Nestorio. Porque se condene á los que admiten dos personas en Jesucristo, no es posible dejar de condenar á los que solo admiten una sola naturaleza.

LXXXI. Pedro Mongo volvió á la Silla de Alejandria. Aceptó el *Henoticon* del Emperador Zenon y le hizo aceptar en su diócesis. Lo leyó pública y solemnemente en el púlpito. Borró en los parages públicos los nombres de San Proterio y Salofacialo, y puso en su lugar los de Dióscoro y Eluro. Esto equivalia á decir que los hereges habian sido Obispos y los católicos no. Era una especie de excomunion que traspasaba los umbrales de la muerte. Los hereges, que tanto hablan contra lo que apellidan intolerancia de la Iglesia, son muy inclinados á este linage de castigos *póstumos*.

Pedro Mongo, no satisfecho con esto, llevó su osadía sacrílega hasta el punto de fulminar excomunion contra el Papa San Leon, y condenar el Concilio de Calcedonia. Esta sentencia, aparte su iniquidad, era tan válida como la que pronunciara un juez de primera ins-

tancia contra el tribunal Supremo de Justicia.

Pedro Mongo murió impenitente el año 460.

**LXXXII.** Por el año 469 apareció otro herejarca que afligió en gran manera la Iglesia de Antioquía.

Llamose Pedro Fulon. Primero fue monje en un monasterio de la Bitinia. Por ser adicto á Eutiques fue privado del ejercicio de las órdenes y lanzado como contumaz del monasterio. Con apariencias de falsa piedad logró captarse la benevolencia de no pocas personas notables, entre ellas la del Emperador Zenon. Con el auxilio de un tumulto causado adrede por sus parciales, logró espulsar de su Iglesia al venerable Obispo de Antioquía. Como era de esperar en un hombre tan ambicioso, él ocupó la Silla vacante contra todas las reglas del derecho canónico. Al recitar el símbolo añadía unas cuantas palabras que contenian toda su herética doctrina. Por fin, conocida su maligna táctica, Fulon fue arrojado por el Emperador de la Iglesia de Antioquía y puesto en su lugar Martir, el legítimo Prelado, quien á su vuelta fue recibido con sumo honor por el clero y por el pueblo.

Mas tarde se renovaron los disturbios, y el legítimo Obispo se retiró voluntariamente de Antioquía, declarando públicamente que conservaba su dignidad, pero que no podia vivir en un pueblo tan sedicioso y con un clero tan poco obediente. La heregia, en efecto, habia produ-



cido en aquella ciudad horribles estragos. Fulon entonces, viendo la Silla vacante la ocupó, y fue reconocido como Patriarca de Antioquía. Poco despues, condenado á destierro Fulon, dejó la Silla partriarcal, y se escondió en un lugar inmediato para no verse obligado á morir en el centro de Egipto.

**LXXXIII.** El año 476, por tercera vez entró Fulon en la Iglesia de Antioquía, y por tercera vez fue arrojado de ella en el año siguiente. Fue nombrado para ocupar la vacante Silla el Obispo Juan de Apamea. Tres meses despues fue violentamente arrojado de Antioquía. Así estaban las cosas en aquel tiempo. Se eligió para sucederle Estéban, varon lleno de virtud y santo celo. Al año siguiente se levantaron contra él los hereges, lo asesinaron clavándole puntas de cañas en su cuerpo, arrastraron su cadáver por las calles, y lo sepultaron, por último, en las corrientes del Horontes.

Para ocupar la Silla vacante, fue despues nombrado otro Obispo llamado tambien Estévan y Pedro. Fulon fue desterrado al Ponto. Con sus malas artes sedujo á la guardia, y el año 484 volvió á ocupar la Silla de Antioquía.

Los últimos años del siglo v fueron fatales para la heregia. Todos sus jefes y protectores murieron en poquísimo tiempo. Fulon murió el año 488; Acasio el 489. Pedro Mongo el 490 y el 491 el Emperador Zenon.

**LXXXIV.** Acasio hizo mucho daño á la

**Iglesia.** Entró en la iglesia de Constantinopla haciendo deponer al santo Obispo San Genadio. Favoreció á los hereges y persiguió á los católicos. Con su protección funestísima casi todas las iglesias de Oriente estuvieron ocupadas en su tiempo por Obispos hereges ó fautores de la heregía. Por esto fue, y murió escomulgado.

## CAPÍTULO VI.

### Heregias del siglo VI.

#### ARTICULO PRIMERO.

—El Emperador Anastasio, I.—Persecucion contra los católicos. Muerte de Anastasio, II.—Los acéfalos y Severo, su jefe, III.—Los jacobitas, IV.—Los Agnoitos, V.—Los Tritistas, VI.—Los corruptibles, VII.—Los incorruptibles, VIII.—Justiniano. Su error, IX.—Hechos de este Emperador, X.—Cuestion y obstinacion de los monges Acematas, XI y XII.

I. A la muerte de Zenon, la Iglesia no pudo disfrutar la paz. A este Emperador sucedió el año 491 Anastasio, encarnizado y cruel perseguidor de los católicos. Este monarca, bueno como hombre privado, cuando subió al trono, manifestó poseer entrañas de hiena. Espidió un decreto que bastó por sí solo para comprender cuál era el deplorable estado de su alma. Para lograr la paz, mandó que todas las cosas quedasen como estaban, sin introducir novedad ninguna en la Iglesia. De modo que donde había una cosa buena, se dejaba, no porque era buena, sino por no renovarla; y donde las cosas iban mal, no se alteraban, porque el malvado Emperador creía que el bien consistía en el reposo absoluto. Siguiendo este principio para conservar la vida, es tan útil permanecer

en una hoguera cuando se cae en ella, como en un delicioso baño, cuando en los días y en las horas de mas calor, se adquiere.

El hombre puede descansar en el bien; en el mal nunca. El hombre que tiene la desgracia de caer en el mal, en el error ó en el crimen, debe hacer todo lo posible por salir de aquel mal estado.

II. Eufemio Patriarca de Constantinopla, no creyó nunca en la ortodoxia de Anastasio y se opuso con todas sus fuerzas á su exaltacion. No consintió en reconocerlo hasta que el nuevo Emperador le prometió bajo su firma defender el Concilio de Calcedonia. Anastasio lo prometió todo antes de subir y no cumplió nada cuando se halló en la cumbre del poder.

Persiguió á los católicos y depuso al Patriarca Eufemio. Favoreció á los sectarios de Eutiques, sin ser eutiquiano. Anastasio pertenecía á la secta de los *escépticos* que toleraban todas las religiones, menos la católica. En esto los tiempos no han cambiado. Todos los perseguidores con escepcion muy rara, son enemigos de la Iglesia católica que es la verdad, y amigos de todas las falsas sectas que son el error en su teoría y el crimen en la práctica.

Murió Anastasio el año 518, el día 9 de julio, á los 90 de su edad.

III. Las heregias que en el siglo vi infestaron la Iglesia, pueden todas considerarse como ramas de los errores del siglo anterior.

Los mas notables hereges fueron los *acéfalos*, especie de eutiquianos que se apellidaban así, porque habiéndose separado de la Iglesia y no queriendo someterse al herege Mongo, en verdad carecian de jefe ó formaban una sociedad sin cabeza. Se llamaban tambien *Monoficitas*, porque solo reconocian una naturaleza en Jesucristo.

El jefe verdadero de estos turbulentos heresiarcas fue un tal Severo, nacido en Sosopolis, en la Pisidia. Profesó el paganismo en sus primeros años. Mas tarde se hizo bautizar; pero tan poco sincera fue su conversion, que á los ocho dias de bautizado salió como incrédulo del gremio de la Iglesia, y se unió, por unirse á alguien, por ser jefe de alguna secta, á los hereges disidentes de Mongo.

Con el auxilio del Emperador, Severo aceptó la Silla patriarcal de Antioquía. Apenas sintió la mitra en sus sienes, el orgullo acabó de cegarlo y pronunció sentencia de condenacion contra el Concilio de Calcedonia y la carta sinódica del Papa San Leon.

IV. Los *acéfalos*, como acontece en todas las heregias, se dividieron en muchas sectas. Los *jacobitas* se llamaron así, porque siguieron á Jacobo, monge de Siria, que en muchas provincias del Oriente propaló la heregia eutiquiana. Los católicos eran entonces llamados por estos heresiarcas *Melchitas* ó regalistas, porque profesaban la Religion verdadera, que

en aquel tiempo profesaba el Emperador. Los *jacobitas* celebraban la Pascua, según el rito de los judíos, y decían que la Cruz no debía ser adorada sin bautizarla antes de la adoración.

V. Otros *acéfalos* eran conocidos con el nombre de *Agnostos* ó ignorantes, porque daban grandísima importancia á la ignorancia en que vivimos todos del día en que ocurrirá el juicio final.

VI. Los *triteístas* reconocían por jefe á un tal Philponos, gramático de Alejandría. Se llamaban así, porque admitían tres naturalezas, y por lo tanto tres dioses en la Santísima Trinidad. Esto equivalía á negar á Dios. Dios, ó es uno é infinito, ó no existe. Ahora bien: la existencia de Dios es metafísicamente necesaria: luego es uno é infinito.

*Deorum pluritas est deorum nullitas.*

VII. Hubo además otras dos sectas enteramente contrarias. La de los *corruptibles*, y la de los *incorruptibles*. Los primeros, discípulos de un tal Teodosio Mongo, se llamaban así, porque decían que Jesús recibió un cuerpo necesariamente *corruptible*, y sujeto á las pasiones del dolor, del hambre y la muerte. La doctrina católica enseña todo lo contrario. El Verbo eterno, al tomar carne humana, se sujetó á la muerte; pero no por necesidad, sino por voluntad. En la mano de Dios está el dar la inmortalidad y la impasibilidad á la humana naturaleza.

VIII. Los *incorruptibles* ó *fantasiastas*, discípulos de Juliano de Halicarnaso, seguian rumbo enteramente opuesto. Sostenian que Jesus no podia tener cuerpo corruptible, porque su carne habia descendido del cielo, ó era puramente fantástica.

No es necesario refutar estos errores. Son ficciones de estraviadas fantasias que quieren dar valor real á todo lo que inventan. Son capaces de creer en la existencia de montañas de oro porque en su imaginacion las conciben como posibles.

IX. Justiniano cayó en este absurdo error. En su afán de entrometerse en las cosas de la Iglesia, el año 564, con un público edicto quiso establecer la heregia de los incorruptibles. Sus esfuerzos fueron vanos. Las cosas de Dios, solo por Dios son hechas. Lo que Dios decreta, el hombre no puede nunca abolirlo. Justiniano murió el dia 13 de noviembre del año 566.

X. Justiniano debe arrancar lágrimas de compasion á todos los católicos. Sin haber sido lo que se llama un herege, habiendo favorecido en algunos casos á la Iglesia, la soberbia, los malos consejos, las personas depravadas que lo rodeaban, le obligaron muchas veces á decretar medidas que perturbaban todo el catolicismo. Su muerte no pudo menos de ser considerada como la muerte de un perseguidor.



**XI.** Los *acematas* renovaron la heregia de Nestorio y se empeñaron con rara tenacidad en obtener para sus errores la sancion del Papa Hormisda.

Tambien Justiniano quiso dispensar su proteccion á los *acematas*. Cuando los sumos imperantes se meten á reformadores, siempre se colocan al lado de los hereges que sostienen el error contra la Iglesia, que proclama y defiende la verdad.

#### ARTICULO II.

—Los tres Capítulos, XIII. — Virgilio, XIV y XV. —  
Respuesta á un herege, XVI. —

**XIII.** En el siglo vi tuvo lugar la célebre controversia de los tres Capítulos. Como ya se ha dicho, por *tres Capítulos* se entienden en la historia, los libros de Teodoro de Mosuepta en los cuales se contenia la heregia de Nestorio; la carta de Iba á Mario de Persia contra San Cirilo, y los escritos por último, de Teodoreto, Obispo de Ciro, encaminados á defender á Nestorio, refutando los *anatemas* de San Cirilo. La controversia á que dieron margen los *tres Capítulos* fue funesta por sus escándalos para la Iglesia. En el año 555 fueron condenados los *tres Capítulos* en el Sínodo quinto general, segundo de Calcedonia.

**XIV.** Con motivo de los *tres Capítulos* al-

gunos escritores han querido acusar de inconstancia al Papa Virgilio. Se le atribuyen en este punto muchas, diversas y aun opuestas opiniones. Acerca de esto solo debemos decir tres cosas.

1.<sup>a</sup> Que un Papa como doctor privado, como teólogo, como hombre, antes de examinar una cuestion y resolverla, hablando como doctor universal, como infalible, puede tener muchas y hasta encontradas opiniones. El Papa no es infalible cuando, como hombre, habla con sus amigos ó contesta á sus enemigos, sino cuando como jefe de toda la Iglesia, *ex cathedra*, dirige su voz á la Iglesia universal.

2.<sup>a</sup> Que Virgilio en esta ocasion, en los cargos que se le dirigen, nunca habló como Papa, sino como hombre, dirigiéndose á personas particulares.

3.<sup>a</sup> Que el mismo Pedro de Marca (lib. III de *Concordia*, cap. xiii), con ser tan poco adicto en lo opinable á la Santa Sede, defiende sin embargo en este caso al Papa Virgilio, atribuyendo á sabia prudencia las aparentes variaciones que algunos han mirado como señal de inconstancia.

XV. En la cuestion de los *tres Capítulos*, el Papa no creia necesaria la inmediata condenacion, porque si contenian la heregia de Nestorio, ya estaban condenados por la Iglesia, y si, como decian los partidarios, habian sido aprobados por el Concilio de Calcedonia contra

los eutiquianos, esto merecía examinarse tanto mas, cuanto que el nombrado Concilio, como dice Tournely (*Theol. Comp.*, tomo III, *Append.* á 2, pág. 298) solo es ecuménico, no obstante el escaso número de Obispos que lo compusieron, porque tuvo mas tarde en su favor la aprobacion de la Santa Sede, esto es, del mismo Virgilio, de Pelagio II, de Leon II y otros soberanos Pontífices posteriores.

La conducta de Virgilio puede espresarse con estas pabras: «La cuestion dogmática está ya resuelta. La heregia está condenada. La cuestion histórica, si los *tres Capítulos* fueron aprobados en Calcedonia, es cosa que con detenimiento, como cuestion de un hecho, merecia estudiarse.»

En esto, por nuestra parte, nada hallamos que sea reprehensible.

XVI. Un historiador protestante, Maclaine, quiere poner en contradiccion á los Concilios de Calcedonia y Constantinopla, suponiendo que los *tres Capítulos* fueron aprobados por el primero y condenados por el segundo. La contradiccion solo existe en la mala voluntad del historiador anti-católico. El Concilio de Constantinopla los condenó, es cierto; pero el Calcedonense ni los condenó, ni los aprobó; lo que hizo fue dejar intacta esta cuestion para dias mas tranquilos, porque habiendo ya condenado á Nestorio, estando condenada la heregia y resuelta la cuestion dogmática, no podia urgir

tanto la cuestion, de averiguar si el error se hallaba ó no en tales ó cuales libros. Esto está pasando todos los dias. Se condena, por ejemplo, el panteismo, y no se nombran siquiera la décima parte de los libros en los cuales se contiene esta absurda negacion de Dios.

XVII. En este mismo Concilio fueron condenados los errores de Orígenes, tan poco dignos por sus extravagancias, de un hombre dotado de tan claro entendimiento. Por respeto á la memoria de tan grande hombre, por la compasion que nos inspira su caida, nos abstendremos de reseñarlos.

No es por otra parte, tarea ni muy útil, porque sus errores no están hoy en boga, ni muy fácil, porque en los libros atribuidos á Orígenes hay muchas cosas, que si bien deben condenarse, porque son malas, no deben ser imputadas á este desgraciado apologista, porque en realidad no son suyas. Tras el nombre de Orígenes, merced á la confusion de los tiempos, se ocultaron no pocos hereges.

## **CAPITULO VII.**

### **Heregias del siglo VII.**

#### **ARTICULO PRIMERO.**

**Mahoma, I.—El Coran, II.—Sus dogmas, III.**

I. Mahoma nació en la Arabia el año 568. Sus padres eran personas notables en aquel pais. Un tio suyo le aplicó al comercio. En sus primeros años fue idólatra. Cuando ya tuvo edad madura, cambió de religion, abandonó el paganismo, y adoptó lo que él llamaba la religion de los profetas, entre los cuales contaba á Jesucristo. Se enlazó con una viuda rica, llamada Cadia. Merced á su dinero y su osadía logró pasar por profeta, y ser venerado por aquellas tribus bárbaras, como jefe de una religion nueva. Mahoma se fingió inspirado por Dios.

Decia cuando le pedian milagros, que su mision no consistia en asombrar á las gentes con prodigios, si no en predicar la moral. Esto, no obstante, se jacta de haber hecho uno, bien ridículo por cierto. A su decir, de la luna se desprendió un gran trozo, y él tuvo fuerza bastante para recogerlo en sus manos, y darle el uso que juzgó mas conveniente.

Aunque nadie vió esto ni él da pruebas ningunas de este hecho ridículo, ha sido creído

sin embargo, y por esto los islamistas dan á su imperio el nombre de media-luna. Aunque Mahoma decia que Dios le habia mandado, que á nadie impusiera su religion por la fuerza, esto no impedia que su alfange fuera siempre su principal apóstol. La tolerancia en la boca de los incrédulos, no pasa nunca de ser una palabra puramente teórica, ó de resultados enteramente opuestos á los que anuncia.

II. Mahoma compuso el Coran, el libro por excelencia, en su secta, con la ayuda de un monje apóstata llamado Sergio. El Coran es un conjunto monstruoso de doctrinas del Antiguo y Nuevo Testamento, mezcladas con fábulas absurdas, con máximas impías y heréticas, con principios asquerosos y narraciones las mas inmundas y despreciables. Admitia Mahoma la mision de Moisés y Jesucristo. No rechazaba en todas sus partes la Sagrada Escritura; pero decia, que su ley perfeccionaba en muchos puntos nuestra Santa y eterna ley. Mahoma santifica la apostasia y espone una teoría ridicula acerca de la salvacion. El paraíso que pinta es tan asqueroso, que ni aun nombrarse puede.

Los mahometanos se cortan todo el cabello, dejándose solo una corta melena para que asiéndolos por ella, Mahoma pueda sacarlos del infierno y trasladarlos al cielo.

Mahoma admite la poligamia, establece el fatalismo, y no comprende la pureza. En cuanto

á sus ritos y prácticas nada decimos, porque esta secta es muy conocida, y por otra parte, ya es hoy solo una momia. En otros tiempos, por muchos siglos ha sido el terror de la cristiandad.

## ARTICULO II.

**Los monotelitas. Sergio y Ciro, IV.—Sofronio, V.—Cartas de Sergio y el Papa Honorio, VI.—Defensa de Honorio, VII.—Honorio no cae en error contra la fé, VIII.—Eclesias de Heraclio condenada por Juan IV, IX.—El Tipo del Emperador Constante, X.—Condenacion de Paulo y Pirro, XI.—Disputa entre San Máximo y Pirro, XII.—Constante. Su crueldad. Su muerte, XIII. Condenacion de los monotelitas, XIV.—Honorio y el sexto Sínodo general, XV.—**

IV. La heregía de los monotelitas tomó su nombre de dos palabras griegas: *monos*, que significa *uno*, y *thelesís*, que quiere decir *voluntad*. De modo que estos heresiarcas, partidarios de Honorio, se apellidaban así, porque solo admitían una voluntad en Jesucristo.

Esta heregía humanamente hablando comenzó con muy *buenos*, es decir, muy poderosos protectores. Si no pudo prosperar, su debilidad, la debilidad inseparable del error fue su verdadera causa.

Cuatro Patriarcas habia en lo antiguo en el Oriente. Entre ellos solo uno, Sofronio, Patriarca de Jerusalem, fue contrario á la nueva



heresia. Los demas, Sergio, Patriarca de Constantinopla, Ciro, de Alejandría, y Anastasio de Antioquía, todos aceptaron y con todas sus fuerzas apoyaron el nuevo error.

V. Siendo ya Ciro Patriarca de Alejandría, intentó captarse la benevolencia de los teodosianos. A este fin logró formar una especie de programa que todos aceptaron. Tenia siete articulos. En el último se ocultaba todo el veneno de la nueva heresia.

Ciro antes de publicar estos articulos los entregó para que los examinara el monge Sofronio.

Este santo solitario, despues de haberlos estudiado, convencido de que contenian una nueva heresia, postrado de rodillas ante el Patriarca, y con lágrimas en los ojos, le rogó que no publicara aquel libelo, que temiera y evitara los escándalos que con su publicacion daria en la Iglesia, que en fin, hiciera todo lo posible para no perturbar la santa sociedad de los cristianos.

El Patriarca no hizo caso de los consejos ni aun de las lágrimas del virtuoso monge. Lo despreció y poco despues todo el mundo conocia su impio trabajo. Sofronio se presentó á Sergio en Constantinopla, pero tampoco pudo obtener que el mal fuera reprimido. Sergio era uno de los mas decididos partidarios de la nueva secta. No quiso ni aun dar audiencia á Sofronio. Con protesto de unir á los hereges de

Egipto, dividió Sergio á los católicos, los llenó de escándalo y perturbacion, con gravísimo daño de sus almas, aprobando la doctrina de Ciro.

VI. En el año 663 fue nombrado Sofronio Patriarca de Jerusalem. Como era de esperar, los otros tres Patriarcas, todos monotilitas, llevaron muy á mal este acertadísimo nombramiento. Sergio con el depravado intento de sorprender al Papa Honorio, le escribió una carta farisáica, tan humilde en la apariencia, como venenosa en la realidad. Desleía en ella el error con tan hipócrita artificio, que las gentes no prevenidas que la leyeron, por mas que fuesen doctos, solo podian descubrir una doctrina poco determinada, sin nada de particular, y un gran deseo de paz y conciliacion. El Papa fijándose en esto último, no conociendo las intenciones dañadas de Sergio, interpretando en sentido católico sus palabras, le escribió aplaudiendo sus sentimientos, tan buenos en la apariencia, y elogiando sus deseos conciliadores, que segun pintaba, no podian mejorarse. Pero, y no se olvide jamás esto, la carta de Honorio es solo un documento privado, sin mas valor que el del hombre particular.

VII. Algunos escritores protestantes y galicanos han querido probar que los Papas no son infalibles, apoyándose en lo que llaman la heregia ó la caída de Honorio (Basnage).

No hay motivo ninguno para dar la razen á estos adversarios de la Santa Sede; por el contra-

rio; la historia entera de aquellos tiempos demuestra que esto no puede afirmarse. En primer lugar Honorio habló como hombre, y por consiguiente, aunque grave, su error no puede imputarse al Papa; no sería nunca error del Jefe visible de la Iglesia universal.

En segundo lugar, Honorio no dijo que en Cristo no hay dos voluntades; lo que aseguró, como dice en su elogio el Papa Juan IV, «es que Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre, habiendo venido al mundo para reparar la naturaleza humana, nació sin pecado. Por esto no experimentó las consecuencias del pecado, es decir, no sintió las dos voluntades, la de la carne que conspira contra el espíritu, y la del espíritu que conspira contra la carne. Esto sucede á los demas hombres por causa del pecado de nuestros primeros padres.

La misma respuesta dieron San Máximo y Anastasio el Bibliotecario. La respuesta, pues, de Honorio, fue completamente católica.

VIII. Tanto insisten no pocos escritores en lo que llaman la caída de Honorio, que nosotros necesitamos no abandonarla tampoco, sin haber antes contestado á todas las objeciones con que se apoya.

—Se suele decir que en el sexto Sínodo general (Actione xiii), fue condenado Honorio con Sergio y Ciro.—

A esto, despues de decir que el Papa habia procedido en esta cuestion como hombre, como

doctor privado, y que sus faltas no pueden imputarse al doctor universal, añadiremos que como dice y prueba con irrecusables documentos Natal Alejandro, no fue condenado el Papa, sino el hombre; y no el hombre por su heregia, sino por su negligencia, por el favor y proteccion que por descuido ó por apatía dispensó á los heresiarcas.

IX. Honorio murió el año 638. Despues de su muerte creció el poder de los monotelitas, gracias á la proteccion tan inícuu como eficaz que les dispensó el Emperador Heraclio con su sacrilega *Ectesis*. La *Ectesis* era una especie de edicto ó esposicion de doctrina, escrita por Sergio, y para que la fuerza pareciese mayor, publicada con el nombre de Heraclio en el año 639. En este documento, aparentando no hablar al principio de una ni dos voluntades, como pasando por alto esta cuestion en beneficio de la paz, se concluye esponiendo con maña todo el error de los monotelitas acerca de la *única* voluntad en Jesucristo. Sergio confirmó este edicto imperial en un Conciliábulo que reunió en Constantinopla.

La *Ectesis* fue enviada al Papa Severino; pero ó porque no llegó á sus manos, ó porque murió antes de examinarla, lo cierto es que la condenación no apareció hasta el Pontificado de Juan IV, su inmediato sucesor.

X. A pesar de esta sentencia de la Santa Sede, no concluyó aun la heregia de los monote-

litas, porque Paulo y Pirro, sucesores de Sergio en el Patriarcado de Constantinopla, no dejaron de favorecerla con toda su influencia. Paulo especialmente; aunque se apellidaba católico, era un secreto herege, y declarándolo por fin de una manera pública, aconsejó al Emperador Constante que publicara su célebre *Tipo* ó fórmula del año 648, en la cual, comenzando como en todos los escritos de estos heresiarcas por aconsejar la paz y encomendar el silencio, concluía por inculcar y defender abiertamente la doctrina anti-católica. Tal es el *Tipo* tan tristemente celebrado del Emperador Constante.

XI. Muerto Sergio, ocupó la Silla patriarcal de Constantinopla Pirro, monotelita como su antecesor; pero por disgustos que tuvo con el pueblo constantinopolitano, se vió obligado para salvar su vida á renunciar la mitra y alejarse de aquella capital. En su lugar fue nombrado Paulo, también herege como los dos últimos que le habian precedido.

El Papa Severo intentó traerlo al seno de la Iglesia por medio de cartas y aun de legados que le envió con este objeto; pero viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles; que Paulo no se enmendaba y que el escándalo crecía, el Soberano Pontífice se vió obligado á pronunciar contra él una sentencia formal de deposición.

El Papa Severo, lleno de santa indignación contra Pirro y Paulo por su tenacidad y

contravencion, en un Concilio celebrado en Roma, firmó la condenacion de estos hereges, mojando antes en un cáliz consagrado el instrumento con que escribia. Solo así podia espresar el error que la heregia le causaba. (Fleury, lib. xxxviii, n. 46.)

Pirro sostuvo una controversia muy célebre en Africa con el abad San Máximo, varon tan esclarecido por su virtud como por su ciencia.

Pirro disputó con entera libertad; espuso todos los argumentos en que apoyaba su doctrina sobre la única voluntad en Jesucristo; pero fueron con tal clemencia y valentia refutados por San Máximo, que el herege se declaró vencido, escribió su retractacion, y fue á Roma con el solo fin de ponerla á los pies del Papa. —Esto no obstante, despues, creyendo que el exarca de Rávena le apoyaria para apoderarse nuevamente de la Iglesia de Constantinopla, por su ciega ambicion, volvió á caer ó á decir que habia caido en su antiguo error, en el cual no creia ni podia creer.

XIII. El Papa Martino condenó el edicto de Constante. Por esto fue desterrado y murió en el destierro el año 654. El Emperador Constante fue cruelísimo con el Papa y con muchos católicos. Murió este Emperador asesinado en un baño por su propio criado, el año 668.

XIV. Sucedió á Constante en el imperio, su hijo Constantino Pagonato. Este Emperador fue virtuoso y favoreció á la Iglesia. En su reinado

se reunió el santo **Sínodo general**, presidido por los legados del Papa, en el cual fue condenada la heregia de los **monotalitas**. Este Concilio tuvo 18 acciones, y en la última de una manera explícita fue sancionada la doctrina católica, que reconocía dos voluntades, divina y humana, en **Jesueristo**.

El Papa Agaton convocó este Concilio; pero habiendo muerto antes de su conclusión, sus decretos fueron confirmados por su sucesor el Papa San Leon II, quien mandó que este Sínodo se contara entre los ecuménicos ó generales, cuyos decretos obligan á toda la Iglesia.

XV. Baronio en sus *Anales*, quiso defender al Papa Honorio, sosteniendo que las actas del Sínodo general habian sido corrompidas por las malas artes de Teodoro, entonces Obispo de Constantinopla, antes de llegar á Roma.

Aunque haya motivos para sospechar esto, no es necesario para la defensa del Papa Honorio.



## CAPITULO VIII.

### Heregias del siglo VIII.

—Los iconoclastas, I.—San German y el Emperador Leon, II y III.—Renuncia San German la Silla de Constantinopla, IV.—Le sustituye Anastasio, V.—Crueldad de Leon, VI.—Leon intenta asesinar al Papa, VII.—Carta del Papa, VIII.—Concilio de Roma contra Leon, IX.—La mano de San Juan Damasceno, X.—Muerte de Leon. Le sucede Copronino, XI.—Conciliábulo de Constantino XII.—Mártires. XIII.—Tiranías de Constantino. Su muerte, XIV.—Leon IV y su hijo, XV.—La Emperatriz Irene quiere un Concilio, XVI.—Sedicion contra el Concilio, XVII.—Se define el culto de las imágenes XVIII.—El Concilio de Francfort, XIX.—Nuevas persecuciones, XX.—

I. Los gentiles, los judios, los marcionistas y los maniqueos habian impugnado las sagradas imágenes desde los primeros siglos del Cristianismo, como lo atestigua el octavo Concilio general, Accion 1.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>

Leon Isaurico en el año 725, renovando la antigua persecucion, se declaró iconoclasta y por un edicto mandó que fuesen destruidas todas las imágenes. Los católicos no obedecieron, porque no les era posible, este impío decreto. (Baronio, *Anales*, año 723, n. 17.)

II. Leon Isaurico que tenia completamente abandonados los negocios civiles del imperio, como mal imperante, se empeñó en dogmatizar,

y como herege *reformat*, es decir, perturbar la Iglesia.

Hasta predicaba al pueblo muchas veces, como un fanático, obstinado en propalar por todas partes sus errores *iconoclastas* ó contrarios á las imágenes. El pueblo no escuchaba, antes por el contrario, impugnaba y despreciaba su sacrilega predicacion. Leon entonces, el año 727, como *prudente*, adoptó una medida, un término conciliador que revela su maligna hipocresía. No queria quitar al pueblo las sagradas imágenes, porque aun no estaba *preparado* para ello; pero acordó colocarlas en parages muy altos para que los fieles no pudiesen postrarse ante ellas, besarlas, ni aun mirarlas.

El Patriarca de Constantinopla San German se opuso con todas sus fuerzas á los intentos sacrílegos del Emperador, diciendo que nadie le obligaria á callar; porque estaba dispuesto á derramar en favor de la doctrina católica hasta la última gota de su sangre. Un hombre que habla así no puede ser vencido por nadie.

El santo Patriarca además con incansable celo predicaba á los fieles, escribia cartas á los Obispos y hasta se dirigió en consulta con una reverente epístola al Papa Gregorio II. Este soberano Pontífice le contestó aprobando su conducta, aplaudiendo su celo y manifestándole que estaba en lo cierto, que su doctrina era la verdadera y única doctrina de la Iglesia.

III. En el año 727 Leon logró vencer una sedicion contra su persona. Sin saber por qué, en vez de perseguir á los sediciosos, se dirigió con horrible furia contra los católicos. Se empeñó en corromper á San German, pero no pudo conseguirlo, por mas que apeló á los halagos, á las promesas, las amenazas, y todos los demas recursos que deben suponerse en un tirano, que solo piensa en atormentar á los fieles.

Anastasio, que habia sido discípulo de San German, unido secretamente al Emperador, hacia con sus acusaciones pérfidas mucho daño al Santo Patriarca.

Leon no solo perseguia las imágenes, sino tambien las reliquias de los Santos.

IV. El Emperador convocó un Concilio, en el cual él solo publicó y sancionó un decreto contra las sagradas imágenes. Quiso que lo aprobara San German. No es siquiera necesario advertir que el Santo Patriarca no podia de ningun modo dar su aprobacion á tan impío decreto. No lo dió. Con decir esto, basta.

San German tuvo que abandonar la Silla de Constantinopla, y retirarse á un monasterio, como un simple monge, en el cual murió. La Iglesia celebra su fiesta el dia 12 de mayo.

V. Arrojado San German de Constantinopla, fue nombrado Patriarca por los hereges el impío Anastasio. Para tomar posesion de la Iglesia, necesitó el auxilio de la fuerza. Este

sacrílego Patriarca dió al Emperador todas las facultades espirituales que necesitaba ó que exigía para poder gobernar la Iglesia, esto es, trastornarla y perseguirla.

En el mismo vestíbulo del Palacio imperial existía una imágen de Nuestro Señor Jesucristo, desde los tiempos del Emperador Constantino.

Leon mandó destruirla; pero cuando sus agentes comenzaron á descargar golpes sacrílegos sobre ella, las señoras de Constantinopla se agruparon en gran número en derredor de la sagrada imágen, y con gran riesgo de su vida, derribaron la escala, cayó al suelo el que estaba sobre ella, y materialmente se destrozó todos sus miembros. Quedó muerto en el acto. Esto, no obstante, Leon insistió, y la imágen fue derribada.

Las señoras mas conocidas por su piedad, fueron encerradas en una cárcel, y condenadas á muerte.

VI. Leon era enemigo de los sábios. Destruyó los Colegios y Bibliotecas de Constantinopla. Se empeñó en destrozar todas las imágenes, y cuando no era obedecido, mandaba degollar á los que no cumplían sus órdenes. Muchos católicos perecieron en esta horrible persecucion.

VII. Estas noticias llenaron de indignacion á los italianos. En algunos puntos pisotearon en señal de odio y desprecio los retratos del impío

perseguidor de los católicos. Leon envió á Roma su sacrilego decreto contra las imágenes y contra el Papa. Gregorio II lo recibió con pena y le contestó con apostólica energía. Como la cuestión ya era de fuerza, no impidió á los italianos que se preparasen para la defensa. El partido del Emperador se vió muy hostigado por los pueblos, que con gran entusiasmo habian abrazado la santa causa del Papa. El mismo Pontífice tuvo que interponer todo su valimiento ante el pueblo para impedir que no eligiese otro Emperador y destituyera al Emperador Leon Isaurico. Esilarato, duque de Nápoles y Adriano, su hijo, partidarios de Leon, por trabajar abierta y descaradamente contra el Papa, en un instante de indignacion, fueron asesinados por el pueblo. Ni aun cuando nos son útiles, jamás santificaremos estos horribles asesinatos. Nadie tiene derecho para atentar contra la vida de nadie sino en guerra justa, en legitima defensa ó por sentencia de los tribunales. En Rávena se dividió el pueblo; los dos partidos entraron en lucha; fue vencido el imperial, y murió en la refriega Pablo Patricio, exarca á la sazón de Rávena. Los lombardos entonces aprovechando el descontento que hervia por todas partes contra el imperio, se desprendieron sobre Italia, y en ella hicieron grandes conquistas. El Papa trabajaba sin descanso para mantener en la obediencia á Leon, á aquellas provincias nuevamente usurpadas.

¡Qué diferencia tan profunda! Leon por capricho persigue al Papa hasta la muerte, mientras el Papa por justicia defiende el trono de Leon y sus provincias, hasta con riesgo de perder la amistad de sus propios defensores. ¡Así son siempre los Papas! ¡Así son, sin embargo, correspondidos por los adversarios de la Santa Sede!

Leon por el contrario, cada vez mas irritado, envió emisarios secretos á Italia para que asesinasen al Papa Gregorio II. Uno de ellos era Patricio Eutiquio. Descubierto, quisieron los romanos degollarlo; pero el Soberano Pontífice lo libró de la muerte, es decir, defendió la vida de su propio asesino. ¡Qué magnanimidad!

Los grandes y los plebeyos, todos se unieron, conmovidos por la fé y el amor, y juraron pelear hasta la muerte en defensa del Vicario de Jesucristo. Entretanto, Patricio, el asesino salvado por el Papa de los furóres del pueblo, conspiraba en secreto, intentando corromper con el oro la lealtad de los mas poderosos caudillos que sostenian la causa de la Santa Sede. ¡Así muestra su gratitud al generoso Pontífice que le habia librado de la muerte! (Fleury, lib. XLII, n. 6.)

Anastasio, el nuevo Patriarca de Constantinopla, partidario de Leon, escribió una carta llena de sacrilega hipocresía á Gregorio II. Este Soberano Pontífice le contestó bien pren-

to, manifestándole su iniquidad, y amenazándole con la ira del cielo, despues de la muerte y los rayos del Vaticano acá en la vida.

Murió el Papa Gregorio II el año 731. Le sucedió Gregorio III. Este Pontífice, animado del propio celo que su antecesor, dirigió una carta al Emperador, por su reverencia, digna de un Apóstol, y por su energía, comparable con los mas valientes discursos del Profeta Elías. Oigamos algunas frases.—«Yo, nos decís, iré á Roma, destruiré la imagen de San Pedro, y desterraré al Papa, como Constanzo desterró á Martino.—Sabed que vuestras amenazas no me arredran. El Occidente entero tiene en mí fijos sus ojos.»

Estas palabras llenaron de terror al coronado heresiarca. No lo detuvieron, sin embargo, en el camino de sus crímenes. (Fleury, libro XLII, n. 7 y 8.)

IX. Despues escribió otras dos cartas al Emperador. No las recibió por culpa de un sacerdote, llamado Jorge, que no tuvo valor para presentárselas. Mas tarde hizo el Papa que las cartas llegaran á manos del Emperador, llevadas por el mismo sacerdote. Leon las recibió, las leyó, se llenó de indignacion contra el Papa, y sin permitirle llegar á Constantinopla, desterró al sacerdote Jorge, legado del Papa.

El año 732 el Papa reunió un Concilio en Roma. Asistieron á él 93 Obispos, todo el clero, todos los nobles y todo el pueblo de Roma. En

este Concilio se resolvió que fuese lanzado de la Iglesia todo el que despreciase las sagradas imágenes. Todos los asistentes aprobaron este decreto.

El Papa envió otra carta al Emperador. El legado que la conducía fue arrestado en el camino, y estuvo encarcelado un año entero. Pasado este tiempo, después de arrebatarse la carta y maltratarlo, lo pusieron en libertad sus perseguidores.

El Papa, siempre lleno de mansedumbre evangélica, volvió á escribir al Emperador y al Patriarca Anastasio. Todos sus esfuerzos fueron, no obstante, vanos. Leon aprestó una poderosa escuadra y la envió al mar Adriático para pelear contra el Papa. Fue destrozada por una horrible tempestad. Al tener noticia de la pérdida de su armada, el furor de Leon no conoció límites. Cometió contra los católicos abusos que no pueden ni aun nombrarse.

Conviene que nos fijemos en estos hechos. De aquí parte de una manera cierta, legal y positiva el dominio de los Papas sobre el territorio pontificio. (Véase nuestra obra *El Papa y los gobiernos Populares*, tom. I, cap. VIII.)

X. Por este mismo tiempo tuvieron lugar las horrorosas crueldades que ejerció el Emperador Leon contra San Juan Damasceno. El Santo procuraba defender con admirable elocuencia el culto de las imágenes. Leon intentó perderlo en venganza con una infame



calumnia. Lo acusó como traidor al Rey de los sarracenos Hiochan, y logrando con malas artes que este monarca diera crédito á la calumnia, consiguió que en castigo le fuese amputado á San Juan Damasceno el brazo derecho. San Juan, puesto en oracion delante del altar de una Virgen, cuya imágen habia logrado salvar, sintió de repente que por favor especial del cielo, la mano amputada se le habia unido nuevamente al brazo. Este portentoso milagro obrado en presencia de todo el mundo, demostró la santidad é inocencia del hombre con tanta infamia calumniado.

XI. Llegó su término á este perseguidor. El hambre y las enfermedades devastaron sus reinos. Los sarracenos le usurparon muchas provincias. El mismo Leon, lleno de plagas, murió de una manera infelicísima el año 741.

Sucedió á Leon su hijo Copronino. Fue este aun mas impio y mas cruel perseguidor que su padre. En una sedicion perdió el trono. Lo ocupó su cuñado Artabaste, proclamado por el pueblo. Este Príncipe siguió opuesto rumbo, dió libertad á la Iglesia y favoreció á los católicos. Tambien sin embargo perdió el cetro. Despues de haberlo vencido Constantino á él y á sus dos hijos Nicéforo y Niceto, les arrancó los ojos. El sacrilego Anastasio fue paseado por la ciudad para irrisión del pueblo, sobre un miserable jumento. Constantino le devolvió poco despues la libertad y le permitió ocupar la

**Silla patriarcal.** Murió no obstante al poco tiempo, arrojando por la boca sus propios excrementos.

**XII.** Constantino Copronino, dueño otra vez, como ya hemos visto, del imperio, no contento con castigar de una manera tan brutal á la familia de Artabaste, se mostró implacablemente cruel contra los católicos.

Constantino convocó un Conciliábulo en el cual, por medio del terror logró declarar que las imágenes no debían ser adoradas; que esto era idolatría; que, en fin, debía ser perseguido con todo empeño. Este cruel Emperador, tan ocupado estaba en romper imágenes, que no conservaba fuerza ninguna para defender su imperio contra los enemigos interiores y exteriores que por todas partes le asaltaban. Es condición de todos los malos gobernantes.

**XIII.** Después de este Conciliábulo, Constantino Copronino persiguió la Iglesia con mayor furor. Muchos Obispos y monjes que no quisieron abandonar su fé, recibieron la corona del martirio. San Andrés Celabitas, fue muerto á fuerza de azotes el año 761.

El abad Paulo fue martirizado de una manera horrible. Se le llevó á un lugar en el cual se encontraban juntos los instrumentos del martirio y varias imágenes del Salvador. El tirano le dijo: «Escoge; en tu mano está la vida ó la muerte. Si pisoteas las imágenes, vives; si no, mueres. Escoge.»

El Santo abad tenia su eleccion hecha; se postró, adoró las imágenes, y fue conducido al suplicio, donde despues de horribles tormentos, perdonando á los verdugos, entregó su alma al Creador. Muchos otros experimentaron los mismos tormentos.

XIV. Los agentes de Copronino cometian en las provincias atentados contra los católicos mayores que los del mismo Emperador en la capital. Entonces se vió el fenómeno singularísimo de un Emperador cristiano que persiguió la Iglesia con mayor y mas horrible encarnizamiento que los mismos gentiles. La memoria de Copronino quedó como un recuerdo de terror en el corazon de los fieles.

XV. A Copronino sucedió su hijo Leon IV. Este fue bueno y católico al principio; pero se declaró malo y perseguidor al fin. Porque su mujer la Emperatriz Irene era católica, la repudió sin conmiseracion. Murió Leon á los cinco años de su reinado. A su fallecimiento ocupó el trono su hijo Constantino, y por ser de menor edad, reinó en su nombre la Emperatriz Irene. La Iglesia no fue perseguida durante el gobierno de esta Reina.

XVI. A Pablo, Patriarca de Constantinopla, sucedió Tarasio. Este aceptó el cargo episcopal con la condicion de que cuanto antes se convocaria un Concilio universal que examinase y resolviera las cuestiones pendientes que llenaban de escándalo la Iglesia. La Empera-

triz manifestó al Papa los mismos deseos. El Soberano Pontífice contestó diciendo que se procurase restablecer en Oriente el culto de las imágenes; que se declarase nulo en presencia de los legados el Conciliábulo celebrado en los tiempos de Copronino, y que si ni aun con esto podia obtenerse la paz deseada, entónces se apelase á la reunion del Concilio.

XVII. Se convino por fin en la celebracion del Concilio, y se fijó para la primera sesion el dia 1.º de agosto del año 786. Los iconoclastas se rebelaron y apelaron á la fuerza. Comenzada ya la primera sesion, tuvieron los Padres que retirarse, por consejo de la Emperatriz, hasta que con el auxilio de la fuerza pudiera reprimirse el tumulto, ya que los rebeldes apelaban á la fuerza. Así se hizo. La Emperatriz hizo que vinieran á Constantinopla nuevas fuerzas de la Tracia, y que salieran de la ciudad imperial los soldados que habian servido en los tiempos de Copronino, todos estraviados por la heregia.

XVIII. Restablecido el orden, el año siguiente, 787, el dia 24 de setiembre se reunieron los Padres en número de 350 en Nicea de Bitinia. Presidieron los legados del Papa Adriano. En este Concilio hubo siete sesiones. En la primera se leyó una esposicion de muchos Obispos que proclamaban el culto de las imágenes, y arrepentidos, pidieron perdon por haber aprobado el Conciliábulo de Copronino. En la

segunda se leyeron las cartas del Soberano Pontífice al Emperador y al Patriarca Tarasio. En la tercera se leyeron las cartas de Tarasio á los otros Patriarcas, y de los otros Patriarcas á Tarasio, y ademas se restablecieron en sus diócesis muchos Obispos. En la cuarta se leyeron muchos testimonios de la Sagrada Escritura y los Santos Padres, para demostrar con ellos que era santa la veneracion de las imágenes. En la quinta se probó que los iconoclastas habian tomado sus errores de los gentiles, los judios y los sarracenos. En la sesta se refutó, punto por punto, todo lo acordado en el Conciliábulo de Copronino. En la setima y última se restableció el culto de las sagradas imágenes, como obligatorio en toda la Iglesia.

XIX. Al llegar las actas de este Concilio á Francia, los Obispos de la Galia, reunidos en Francfort, las reprobaron. Lo propio hizo Carlo-Magno en cuatro libros llamados *Carolini*, porque los escribió él mismo, ó porque al menos se publicaron en su nombre. Pero esta condenacion se basaba en una falsa suposicion. Creian los Padres de Francfort que en Nicea se habia concedido á las vírgenes el culto de *latria* que sólo á Dios puede tributarse.

XX. Los Obispos franceses creian ademas, que el Concilio de Nicea era provincial, y no ecuménico. Conocida la verdad, como todos eran católicos, desapareció la cuestion. Los iconoclastas despues fueron poco á poco convir-



## CAPITULO IX.

### Heregias del siglo IX.

#### ARTICULO PRIMERO.

—San Ignacio es arrojado de la Silla de Constantinopla, I.—Le reemplaza Focio, II.—Es ordenado, III.—Daños que sufren los defensores de San Ignacio, IV.—Legados del Papa, V.—Apelacion de San Ignacio, VI.—Es depuesto en el conciliábulo, VII.—Lo defiende el Papa, VIII.—El Papa depone á Focio y á los legados, IX.—Bardas muere. Elevacion de Basilio, X.—Focio depone al Papa. Esparce sus errores, XI.—Muerte de Miguel y eleccion de Basilio para ocupar el Imperio, XII.

I. En tiempos del Emperador Miguel, gobernaba la Iglesia patriarcal de Constantinopla el santo Obispo San Ignacio. Era este Prelado hijo del Emperador Miguel Europalates. Lanzado este del trono, su hijo Ignacio entró en un monasterio, donde vivió con toda la humildad y resignacion del mas penitente monge. Muerto el Obispo de Constantinopla, la fama de sus virtudes, con aplauso general, llevó á Ignacio á la Silla patriarcal para sucederle. La fortaleza y constancia con que defendió la fé y los derechos de su Iglesia, le grangearon muchos y poderosos enemigos entre los magnates que vivian en la corrupcion. Eran los principales, Bardas, tio del Emperador, Focio y

Gregorio Arbestas. Hablaremos de todos. Bardas, cortesano ambicioso, para influir solo en el ánimo del Emperador, habia hecho asesinar ó alejar del sόlio á todos los consejeros del monarca, que por su virtud y ciencia pudieran hacerle sombra. Era hermano de Teodora, la Emperatriz, y porque no le obedecia, la separó del Emperador y la encerró por fuerza en un monasterio. Se declaró enemigo implacable de San Ignacio, porque siempre rechazó con santa indignacion las sacrílegas indicaciones de Bardas para que impusiera el velo, para que admitiera los votos perpétuos que violentamente se exigian á la desgraciada Emperatriz. El santo Patriarca, colocado en la alternativa de amparar la inocencia de una Emperatriz perseguida, ó disfrutar los favores de un afortunado cortesano, no vaciló, no podia vacilar, su eleccion estaba hecha: despreció al cruel perseguidor, y aun con riesgo de su vida, con todas sus fuerzas defendió á la inocente víctima.

Bardas, no contento con esto, repudió á su mujer y se unió escandalosamente con la mujer, con la viuda de su propio hijo. San Ignacio no podia menos de reprobar este escándalo. Bardas, no obstante, á pesar de sus crímenes tan públicos y tan escandalosos, se presentó un dia en el templo, sin haber hecho antes penitencia, á participar de los divinos Misterios. El Santo Patriarca tenia que obedecer á Dios



antes que á los hombres; lo apartó de la comunión de los fieles. Bardas entonces lo amenazó con hundirle su espada en el pecho. No pudo conseguirlo, por la resistencia que le opuso el pueblo; pero juró desacreditar á San Ignacio ante el Emperador, y forzoso es convenir en que logró su intento. El día 23 de noviembre del año 858 fue San Ignacio arrojado de su Silla y enviado á la isla de Terebinta. Allí se le enviaron muchos Obispos, patricios y jueces para arrancarle la renuncia. Todos sus esfuerzos fueron vanos. San Ignacio conocía que en aquellas circunstancias no debía abandonar su Iglesia, y no la abandonó. No era la ambición; era la justicia; el celo por la casa del Señor, el motivo único que le obligó á no soltar una mitra que tanto le oprimia las sienes.

Bardas intentó corromper á los Obispos por medios los mas indignos y villanos. Por respecto á la elevada categoría de las personas que aquí figuran, no debemos ni aun mencionarlos. (Fleury, lib. L, v. 42.)

II. Los partidarios del impio Bardas eligieron para suceder á San Ignacio al célebre Focio. La elección era completamente nula; pero ahora debemos fijarnos en otras cosas.

Era Focio un eunuco, de familia ilustre, de gran talento y mucho estudio. Era reputado como el mas sabio de su tiempo. Era seglar y primer secretario del Emperador cuando fue nombrado Patriarca. En su fé era bastante

sospechoso por sus íntimas relaciones con Gregorio, Obispo de Siracusa, reo de grandes crímenes, y previa sentencia canónica, depuesto por el Patriarca San Ignacio. Esta deposición fue aprobada también por el Soberano Pontífice.

Esta era la razón del grande encono que contra San Ignacio abrigaba en su pecho el Obispo de Siracusa.

III. Como Focio no había sido elegido según los cánones, los Obispos no quisieron reconocerlo, y nombraron otro para ocupar la Silla de San Ignacio. Bardas, apelando á medios de corrupción y perfidia, logró mas tarde que los Obispos, mudando de opinión, aprobasen la elección de Focio, aunque exigiendo antes algunas condiciones, que, si bien se aceptaron de una manera absoluta, después de una manera absoluta fueron no cumplidas. Focio prometió renunciar en un escrito firmado por su mano, al cisma de Gregorio. Prometió respetar y coronar como á Padre, á San Ignacio, y no hacer nada sin obtener antes su aprobación y consentimiento. Lo primero y lo único que hizo, sin embargo, fue lo único que no debió hacer. Consintió en ser ordenado por el cismático Obispo de Siracusa. (Baronio, *Anales*, año 858, número 25.)

IV. Cuatro meses después de su elevación, Focio comenzó á perseguir á San Ignacio y á todos sus partidarios. Castigó á muchos con azotes; trató de corromper con halagüeñas pro-

mésas á no pocos, y por último, viendo que sus recursos carecían de efecto inmediato, acusó á San Ignacio como reo de sedición ante el Emperador. Se enviaron jueces á la isla de Terebinta, donde estaba desterrado el Santo Patriarca, para que lo examinasen á ver si encontraban ó no motivos para proceder contra él, como reo de Estado. Inútil es decir que nada pudieron descubrir, porque jamás habia cruzado la idea de la rebeldía por su frente. Esto no obstante, con malos tratamientos, lo trasladaron á la isla de Jerio, donde le hicieron sufrir tormentos que no pueden ni aun describirse. Traído mas tarde á un arrabal de Constantinopla, aumentaron los tormentos del Santo, de una manera horrorosa. Todos sabían que era inocente; pero querían obligarlo á que renunciara sus derechos al patriarcado, para que Focio viviera tranquilo en su posesion. Los Obispos de la provincia, al tener noticia de esta sacrilega violencia, reunidos en Constantinopla, decretaron la deposicion de Focio y anatematizaron á todos sus cómplices. Focio entonces, con el apoyo material del impio Bardas, depuso á San Ignacio y condenó á todos los Obispos que le eran adictos. En agosto del año 559, San Ignacio fue desterrado á la isla de Lesbos y todos sus parciales salieron por fuerza, algunos despues de experimentar duros castigos, de la ciudad imperial. (Baronio, *Anales*, 859, núm. 54.)

V. Viendo Focio que por todas partes se

murmuraba contra su conducta, envió al Papa Nicolás algunos de sus partidarios, rogándole que mandara sus legados á Constantinopla para extinguir los restos del partido iconoclasta. Este era el pretesto. La causa verdadera era autorizar con su presencia los atentados que se proyectaban contra San Ignacio. Por el mismo tiempo dirigió el Emperador otra carta al Papa, redactada en los propios términos. Probablemente uno mismo, Focio, sería el autor de ambas, es decir, de la carta del Emperador y de la que fueron portadores los amigos del Patriarca intruso.

El Papa envió dos legados, encargándoles que en lo relativo á los iconoclastas aprobasen en un Concilio todo lo que se ordenara á la ejecución del sétimo Concilio general, y en lo tocante á San Ignacio, que no resolvieran nada, sin escuchar antes las razones que en su defensa espusiera este Santo Patriarca. Los legados al llegar á Constantinopla se encontraron materialmente presos. En tres meses no pudieron hablar con un solo amigo de San Ignacio. Pasado este tiempo, se les amenazó con el destierro, si no aprobaban lo que les proponía el Emperador. Se resistieron como héroes al principio; pero cedieron como niños al fin. Se reunió un Conciliábulo en Constantinopla al cual asistieron 318 Obispos y los dos legados, que por su debilidad, ya no tenían de legados nada mas que el nombre.

En aquella sacrilega asamblea no había mas que la voluntad caprichosa del Emperador, y la inteligencia vengativa de Focio. Sus acuerdos fueron completa y radicalmente nulos.

VI. San Ignacio fue citado al Concilio. A pie y con los hábitos patriarcales, emprendió el viaje. En medio del camino encontró al patricio Juan, que en nombre del Emperador, le mandaba, bajo pena de muerte, que se presentase en la Asamblea con hábitos de simple monje. Obedeció el Santo. Cuando llegó al Concilio, fue cargado de injurias por el Emperador. Se acercó á los legados, les pidió protección, y como que estaban corrompidos, estos observaron una conducta indigna. Ni aun quisieron admitir la apelacion que con arreglo á los cánones presentaba San Ignacio.

VII. Se comenzó el proceso; pero, ¡qué proceso! Todos, hasta los jueces, eran acusadores. No habia ni se permitia la defensa; de antemano estaba decretada la condenación. Se buscaron testigos falsos, se lanzaron las mas horribles calumnias contra el santo Patriarca, y fue por último depuesto de la manera mas sacrilega. Se le hizo ademas con violencia, empujando su mano un satélite de Focio, que trazara una cruz en señal de aprobacion, en su propia sentencia, en el libelo inmundo que contra él se habia redactado. Despues fue San Ignacio enviado á un monasterio, donde no se le dejó tranquilo por mucho tiempo.



VIII. Los legados volvieron á Roma. Con sumo cuidado ocultaron al Papa lo que habian hecho. Poco despues vino Leon, secretario del Emperador, con las actas del Conciliábulo, y un largo escrito, en el cual, aunque para defenderlo, se daba cuenta de todo lo sucedido. El Papa, por el simple relato de los hechos, comprendió la traicion de sus legados; convocó inmediatamente un Concilio, y delante de todos los Padres, en presencia del mismo secretario del Emperador, declaró que sus legados habian prevaricado; que jamás los habia autorizado para juzgar al legítimo Patriarca; que, en fin, nunca aprobaria ni la eleccion de Focio ni la condenacion de San Ignacio. Por su santa energía es digno de eterna alabanza el Papa Nicolás. No contento con esto escribió al Emperador, al mismo Focio, á los otros tres Patriarcas, á todos los fieles de Oriente, manifestando á todos que la Santa Sede no podia ser cómplice de la iniquidad de sus legados, tan débiles, tan indignos en esta ocasion.

IX. El Papa reunió despues otro Concilio en Roma, en el cual se decretaron penas tan justas como terribles contra los dos legados prevaricadores.

Se declaró nula la eleccion de Focio, se excomulgó al Obispo de Siracusa, y se acordó que San Ignacio era el verdadero Patriarca y que jamás habia sido legítimamente depuesto.

X. El Emperador, al tener noticia de estos

decretos, escribió una carta al Papa, llena de injurias, y amenazándole con sus iras. El Soberano Pontífice le contestó con otra, en la cual con toda la firmeza del Vicario de Jesucristo, le advertía que si en tiempo del paganismo los Emperadores mandaban en el palacio y en el templo, muertas las ideas paganas, triunfante el cristianismo, el Emperador no es mas que Emperador, no es Pontífice, ni tiene facultad ninguna en las cosas eclesiásticas.

En cuanto á San Ignacio y Focio, el Papa Nicolás decía que por sí ó por sus legados podían presentarse en Roma, donde sería con toda imparcialidad examinada su causa. Focio no podía de ningun modo admitir este juicio. Era criminal, y en él no podía ser absuelto.

A poco tiempo, el Emperador, comprendiendo cuál era el verdadero carácter de su tío Bardas, le mandó despedazar vivo. Así son siempre recompensados los malvados consejeros. Sus iniquidades alguna vez han de ser conocidas.

El Emperador Miguel se asoció en el imperio á Basilio, enemigo de Bardas.

XI. Focio al saber que estaba condenado por la Santa Sede, perdió todo linage de miramientos. Persiguió á los católicos, insultó á la Iglesia romana, hizo firmar una ridícula condenación contra el Papa, impidió que los legados del Soberano Pontífice llegaran á Constantinopla, y en todo, en fin, procedía con la rabia y

desesperacion del león que acomete á su adversario cuando se siente herido de muerte.

**XII.** El Emperador murió el año 867. Quiso dar la muerte á Basilio, y Basilio adelantándose, lo hizo asesinar. Así estaba entonces el imperio.

Con la muerte del Emperador Miguel acabó el partido de Focio. Este intruso Patriarca fue arrojado como un malvado de Constantinopla, y como sumo honor fue recibido San Ignacio. Los libelos escritos por Focio contra el Papa, fueron anatematizados y lanzados á las llamas en Roma.

#### ARTICULO II.

—Concilio VIII contra Focio, XIII, XIV y XV.—Focio gana á Basilio. Muerte de San Ignacio, XVI.—Focio vuelve á Constantinopla, XVII.—Conciliábulo. Muerte de Focio, XVIII.—El Patriarca Cerulario. XIX.—Su muerte, XX.—Concilio de Lyon, XXI y XXII.—Profesion de fé, XXIII.—Los griegos, XXIV.—Su desunion, XXV.—Concilio de Florencia, V XVI.—El papa seismo, XXVII.—El Purgatorio, XXVIII.—Los Bienaventurados, XXIX.—Primado del Papa, XXX.—Instruccion á los armenios, jacobitas y etíopes. Cisma de los griegos, XXXI.—

**XIII.** El mismo Papa Adriano dispuso que en el año 869, durante el reinado de Basilio, se celebrase en Constantinopla el octavo Concilio general. Al entrar en la capital del imperio



de Oriente los legados de la Santa Sede, fueron recibidos con sumo honor por el clero y todos los oficiales de la corte que los estaban esperando. El Emperador Basilio tambien los acogió con muestras de cariño y respeto, y en prueba de veneracion, delante de ellos, besó las cartas del Soberano Pontífice. Despues les rogó que con todo el empeño posible se consagrasen á lograr la pacificacion del Oriente, tan turbado entónces por el cisma.

XIV. Presidieron este Concilio los legados del Papa. Aunque en las *Acciones* octava y décima se dice que fueron presididas por el Emperador Basilio y sus dos hijos, Constantino y Leon, debe entenderse que aquí se habla de una presidencia puramente honoraria que en nada perjudica á la presidencia real de los enviados de la Santa Sede. Celebróse la primera sesion el día 5 de octubre del año 869. Despues se celebraron ocho mas, y la última, la décima, concluyó en febrero del año siguiente. En la sesion quinta comparecieron los Obispos y sacerdotes que se habían unido al cisma, y fueron, previo su arrepentimiento, recibidos con misericordia. Tambien compareció Eocio; pero interrogado acerca de su fé, no quiso nunca explicarla de una manera explicita. Sus rodeos manifestaban su error. En la sesion sétima volvió á comparecer Eocio. Siempre se mantuvo en su obstinacion y rebeldia. El Concilio entónces despues de haber agotado los recursos

de la misericordia, apeló á las fuerzas de la justicia, y pronunció contra él el anatema.

XV. En este Concilio se establecieron además 27 cánones, se declaró que todas las ordenaciones hechas por Focio eran nulas, y todos los altares consagrados por él, debían nuevamente consagrarse. Decretó que todos los Obispos que permaneciesen adheridos á Focio fueran depuestos, y que todos los que con Focio dijese, que hay dos almas en cada hombre, fuesen escomulgados.

Se prohibió consagrar Obispos, por mandado del Príncipe, bajo la pena de deposición. Todas las obras de Focio fueron quemadas en el Concilio, y recibidas las definiciones de los demás Sínodos. Este Concilio fue confirmado por el Papa Adriano.

XVI. Focio no cesó jamás de hacer cruda guerra al Concilio. En los diez años que duró su destierro, no dejó de escogitar recursos para volver á la gracia del Emperador. Inventó uno tan ridículo como eficaz. Basilio estaba ruborizado de su humilde alcurnia. Focio lo sabe, y como era hombre de ingenio, inventó unos pergaminos llenos de caracteres antiguos y misteriosos, en los cuales entre noticias genealógicas y anuncios proféticos, se manifestaba, que el Emperador descendía de Tridates, Rey de los armenios, y que su reinado sería, por especial favor del cielo, muy prolongado y feliz. Como además era rico, Focio logró introducir en la

Biblioteca imperial este manuscrito, y hacer que como por casualidad llegara á noticias del Emperador, y como por casualidad, sin interés ninguno en la apariencia, se le advirtiera, que en aquel libro habia muchos y grandes misterios que solo Focio podia descifrar. El éxito era completo. Focio fue llamado al palacio imperial, y como se comprende fácilmente, sin trabajo ninguno, esplicó su propia obra. El Emperador, lleno de orgullo con su alta alcurnia, concedió todo su favor al Patriarca cismático. En el año 878, á los ochenta años de edad, murió San Ignacio, y por órden de Basilio ocupó de nuevo Focio la Silla patriarcal de Constantinopla.

Generalmente creen los historiadores, que la muerte de San Ignacio fue á lo menos adelantada por Focio. (Fleury, lib. LIII, n. 52.)

XVII. No habian pasado tres dias despues de la muerte de San Ignacio, cuando ya Focio se hallaba ocupando su Silla. Comenzó lleno de ira, ejerciendo en venganza terribles crueldades contra todos los amigos y defensores de San Ignacio, y principalmente contra los que le abandonaron antes de su destierro, por obedecer el Concilio. Mostró grande empeño é hizo heróicos esfuerzos por lograr la aprobacion de la Santa Sede. Escribió una carta al Papa Juan VIII, mostrándose muy humilde, y declarando que solo cediendo á la violencia habia consentido en volver al patriarcado. ¡Qué hipocresía!

Dirigió al Soberano Pontífice otra carta supuesta, en la cual, á nombre del difunto San Ignacio, se rogaba al Padre Santo que admitiese á Focio en el seno de la Iglesia. A esta carta se le dieron los honores de escrito póstumo. Focio, como falsificador, tenia grande *habilidad*, es decir, poco miedo á la indignacion divina.

Movió Focio al Emperador para que tambien escribiera á Roma en favor suyo. Estas cartas llegaron á Roma el año 879. El Papa prometió admitirlo en la Iglesia, dispensando en los decretos del octavo Sínodo general, con tal que antes diera señales ciertas de su penitencia.

XVIII. Focio recibió con demostraciones de cariño al legado de la Santa Sede. Se grangeó su confianza y bajo el pretesto de traducirla al griego, le pidió y obtuvo la carta del Soberano Pontífice. Esto era lo que deseaba. La interpeló á su gusto y con las nuevas interrupciones y variaciones, engañó á los Padre del Conciliábulo. Hizo cuanto quiso, y logró que fuese aprobado cuanto deseaba. El Papa mandó á su legado Masino que reprobase todo lo acordado en aquella turbulenta asamblea.

Masino con admirable fortaleza confirmó los decretos del Concilio octavo general, renovando la deposicion y anatema contra Focio. El Emperador indignado encerró en una cárcel al legado, y en ella le tuvo por el largo espacio de treinta dias.

Murió Basilio. Le sucedió el año 886, Leon IV el Prudente. Este Emperador era cristiano. Mandó dos de sus oficiales á la Iglesia de Santa Sofia con el encargo especial de manifestar los crímenes públicos y horrendos que oprimian la conciencia de Focio y le hacian indigno de la Silla Patriarcal.

Fue enviado al destierro, en el cual murió impenitente. Creen algunos historiadores, que en castigo de su rebeldia, el Emperador le mandó sacar los ojos, pena bárbara muy admitida en aquellos tiempos.

XIX. Con la muerte de Focio no se estinguió su error. Se aumentó en los tiempos del Patriarca Nicolás Chrisabergo, por el año 981. Aun tomó mayor incremento en el patriarcado de Sisinio, su sucesor, por el año 995. Sergio, tambien Patriarca, continuó fomentando el cisma. Pero cuando desplegó todas sus fuerzas fue en el siglo xi, en los tiempos de Miguel Cerulario. Era este de noble estirpe; pero de innoble conducta. Por delito de rebeldía, el Emperador Miguel Platagonio lo mandó encerrar en un monasterio, del cual no salió hasta el reinado de Constantino Monomaco, el año 1045. Convencido Cerulario de que todo cisma es débil cuando no tiene doctrina propia, dió al cisma de Focio lo que en realidad le faltaba. Compuso una coleccion de máximas erróneas, heréticas, escandalosas, con las cuales se empenó en formar una secta. Logró conseguirlo.

por desgracia. En nuestro humilde concepto, este, mas bien que Focio, puede ser considerado como el verdadero fundador del cisma. Ambos, no obstante, han hecho mucho daño á la Iglesia por su obstinacion contra la Santa Sede.

**XX.** El Papa Leon, para contener en su marcha á los hereges, envió tres legados á Constantinopla.

Estos se acercaron amistosamente á Cerulario con el fin de atraerlo á la buena causa; pero convencidos de que nada podian obtener, lo excomulgaron. Cerulario, aconsejado por su irritacion, se erigió en juez supremo, y lanzó sus excomuniones contra el Papa, contra los legados y contra los adictos al Papa y los legados. Además hizo escribir libros infamatorios contra el Papa, y los esparció con admirable profusion por todo el mundo católico. Sus calumnias revelaban su despecho. No podian tener fuerza, porque solo eran indicio de su cólera y su venganza.

En 1058, por su obstinacion, fue despojado de su dignidad y enviado al destierro, donde murió sin dar señales de penitencia.

**XXI.** En tiempo del Emperador Miguel Paleólogo, el cisma volvió á tener grandes proporciones; pero espantado este Emperador con los escándalos que el cisma ocasionaba, escribió una carta al Papa Gregorio X rogándole que en un Concilio pusiera término al cisma y bus-

para los medios mas aptos para llegar á la deseada union.

En el año 1272 se celebró un Concilio en Lyon, en el cual, despues de tratar de la Tierra Santa, de la disciplina de la Iglesia y otros asuntos importantes, se examinó con cuidado especialísimo la cuestion del cisma. Se redactó una fórmula de fé que debia ser admitida por todos los que quisieran la union. Fue llamado al Concilio el Patriarca de Constantinopla, y con él los demas prelados de Oriente que desearon seguirle.

XXII. Asistieron á este Concilio 500 Obispos, 70 abades y unos mil prelados y sacerdotes de inferior órden gerárquico. Se hallaron en él dos Patriarcas de Oriente, el de Constantinopla y el de Antioquia. Asistió San Buenaventura. Santo Tomás murió antes de llegar al Concilio en Fossanova. Presidió el mismo Soberano Pontífice. El acta de union fue firmada por todos, y los embajadores mismos de Constantinopla la suscribieron en nombre del Emperador Miguel. Terminado el Concilio, escribió Gregorio X una larga carta al Emperador, dándole cuenta de todo lo acordado y ocurrido en el Concilio.

XXIII. En la sesion cuarta se leyó la carta del Emperador Miguel Paleólogo, en la cual protestaba que su fé era la verdadera fé de la Iglesia romana; que admitia la *procession* del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, como los católicos;



que no negaba la existencia del purgatorio; que admitia la validez de la Sagrada Eucaristia consagrada con pan ácimo; que, en fin, en lo eclesiástico se inclinaba ante el Soberano Pontífice, cabeza visible de toda la Iglesia. Despues de hacer esta declaracion, el Emperador rogaba que en todo lo que era disciplina, se le permitiese conservar el rito antiguo de los griegos. Muchos prelados de Oriente se espresaron en igual sentido.

XXIV. Leida la carta del Emperador, Jorge Acropolita, embajador de Constantinopla, declaró que su soberano admitia el credo de la Iglesia romana; que reconocia el primado universal del Soberano Pontífice; que jamás se apartaria de la fé que acababa de profesar. Los legados de los Obispos griegos hicieron la propia declaracion. Entonces los Padres del Concilio, llenos de júbilo, redactaron la profesion de fé, obligatoria para todos los fieles.

XXV. En Constantinopla se celebraron dos Sínodos para resolver las cuestiones que se suscitaban con motivo ó pretesto de los decretos del Concilio de Lyon. Los Emperadores se mostraban católicos con las palabras, y cismáticos con su conducta. Los griegos por desgracia, cada vez se fueron alejando mas de la Iglesia, no por fanatismo contra ella, sino por la ignorancia en que vivian y el sumo empeño con que se procuraba que no fuesen instruidos en la doctrina católica.

**XXVI.** En el año 1439 los griegos, viéndose oprimidos por los turcos, volvieron sus ojos á Europa, y conocieron que no hay verdadera fé, que no es viva, que es muerta la fé, cuando no están unidos los hombres que la profesan al Soberano Pontífice.

Eugenio IV, que deseaba con ardor la reconciliación de los orientales, convocó un Concilio en Ferrara, que después, por causa de la peste fue trasladado á Florencia. Fueron invitados los griegos. Asistió el mismo Emperador Juan Paleólogo en persona. Le acompañaron el Patriarca de Constantinopla y muchos otros Prelados y sacerdotes y griegos, hasta el número de 700. Se examinaron de nuevo todos los puntos ya resueltos en el Concilio de Lyon. Marcos, Arzobispo de Efeso, fue el cismático mas obstinado. Se oponia con todas sus fuerzas á la admision de la palabra *Filioque*, por mas que hasta la evidencia se le demostrara, que si el vocablo era nuevo, la idea, la cosa que significaba, era tan antigua como la revelacion del Misterio.

El Concilio, sin embargo, mantuvo con nuevo decreto esta necesaria palabra.

**XXVII.** Después se examinó la cuestion del pan que debería adoptarse para la consagracion. Los griegos querían pan fermentado ó con levadura; los latinos lo querían ácimo ó sin levadura. Pero esta cuestion quedó bien pronto resuelta, porque todos convinieron, en

En 1454.

que lo esencial de la materia remota para este Santísimo Sacramento es el pan, y el tener ó no levadura, solo es variación accidental que no afecta á la validez del Sacramento. En este sentido se redactó el decreto del Concilio, dejando á las dos Iglesias en libertad de seguir consagrando segun su antiguo rito. Los latinos adoptaron el pan ácimo, y los griegos el fermentado.

XXVIII. En lo tocante al Purgatorio, el Concilio estableció el dogma católico, no fundándolo ni creándolo, sino definiéndolo, declarando á todos los fieles cuál es la verdadera y única fe de la Iglesia.

XXIX. También admitieron los griegos la doctrina católica acerca de la salvación de los justos, y la gloria y la vision beatífica con que premia Dios á los que abandonan la vida con alma pura, ó á los que despues de la muerte se han purificado por medio de los tormentos del Purgatorio, borrando las manchas que en sus almas dejara el reato de pena temporal, ó las reliquias de los pecados ya perdonados por medio de la penitencia.

XXX. La cuestion del primado del Soberano Pontífice fue agitada con mucho calor. También en este caso Márcos, Arzobispo de Efeso, combatió con lastimosa obstinacion la prerogativa del Vicario de Jesucristo, de la Piedra sobre la cual está fundada la santa é indestructible Iglesia de Dios. Desgraciadamen-

te, á pesar del decreto del Concilio, Marcos arrastró en pos de sí no pocos Prelados orientales.

XXXI. Los armenios, llamados por el Papa, vinieron al Concilio; pero eran tan ignorantes, que para profesar la fé, necesitaron estudiarla antes. También comparecieron los jacobitas, acudiendo al llamamiento del Soberano Pontífice.

El Emperador de Antioquia envió embajadores al Concilio, para dar testimonio de su obediencia al Papa.

Los griegos al llegar á Oriente olvidaron en su mayor parte lo definido en Florencia. En 1453 su imperio fue destruido por el alfange islamita. ¡Justo castigo de su obcecación!

## CAPÍTULO X.

### Heregias del siglo XI.

#### ARTÍCULO PRIMERO.

**Estéban y Lisoyo, I.—Los nicelaitas y los incestuosos, II.—Berengario, III.—Su condenacion, IV.—Su condenacion y muerte, V.**

I. No hubo heregias en el siglo décimo. Por esto no hacemos ni es posible hacer mencion de ellas, y desde el nono saltaremos al undécimo siglo.

La primera heregia de este siglo fue una especie de recuerdo del maniqueismo. Fueron sus autores ó fundadores dos sacerdotes apóstatas, llamados Estéban y Lisoyo. Tuvo principio esta secta en Orleans de Francia. Una señora italiana, olvidada de sus deberes de mujer, y amiga del escándalo y la desenvoltura, fue el mas activo agente de esta secta. Con su corrupcion logró la corrupcion de muchas almas.

Negaban estos heresiarcas la doctrina de la Iglesia acerca de la Trinidad, la Creacion, la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo y su Pasion Sagrada, el Bautismo, el Matrimonio, los premios y castigos, y otros dogmas que negaban ó desfiguraban de una manera escandalosa. Quemaban un niño á los ocho dias de nacido, y

guardaban sus cenizas para darlas como Viático á los enfermos de esta secta.

Roberto, Rey de Francia, no pudiendo tolerar estos crímenes, condenó á muerte á los fundadores de esta secta, y murieron ambos abrasados por las llamas. (Fleury, lib. LVIII, n. 53.)

II. Otros heresiarcas en este siglo se apellidaron *nicolaitas* por el error que renovaron. Se fijaban principalmente en el odio al celibato de una manera radical.

Los *incestuosos* se empeñaban en hacer creer que los parientes en cuarto grado podían contraer matrimonio sin necesidad de dispensa.

III. Berengario nació en Tours. Estudió las ciencias sagradas y filosóficas y adelantó poco en ellas. Su ingenio bastante superficial, olvidando ó no comprendiendo las cosas grandes, se fijaba únicamente en las pequeñas, en las novedades ligeras, ó retruécanos de palabras. Conociendo su escesiva vanidad, Tulberto, su preceptor, no cesaba de inculcarle que renunciase á su propia opinion y en todo se amoldase á la enseñanza de la Iglesia.

Comenzó, sin embargo, á esponer sus errores en el año de 1047, siendo arcediano de Angers. Al principio impugnaba el matrimonio, el bautismo de los niños, y otros dogmas de nuestra santa fé; pero al fin se limitó á negar la presencia real de Jesus en la Sagrada Eucaristía. (Fleury, lib. LIX, n. 65.)

IV. Berengario fue condenado por primera vez en el año 1050 en un Concilio celebrado en Romaña por el Papa San Leon IX. En el propio año, en otro Concilio celebrado en Vercelli, fueron condenados Berengario y Scoto Eri-gena. Reinando Enrique I, fueron condenados en otro Concilio de Paris. Víctor II, sucesor del Papa San Leon, en un Sínodo celebrado en Florencia condenó nuevamente á estos here-siarcas y sus errores en 1055. En este año, en un Concilio celebrado en Tours, habiendo sido convencido de su error por el sabio Lanfranco, Berengario abjuró, prometió abandonar su he-re-gia y no separarse jamás de la doctrina de la Iglesia. Pronto demostró que ó su conversion no habia sido sincera, ó que su espíritu flue-tuaba con todo viento de doctrina. Cayó nue-vamente en el error, y fue otra vez condenado en el año 1059 en un Concilio celebrado en Roma por el Papa Nicolás II. Tambien en este Concilio se arrepintió Berengario, confesó la fé católica, abjuró sus errores, y él mismo ar-rojó sus impios libros en una hoguera.

Poco despues volvió á Francia, y con escán-dalo del mundo dejó la fé católica, volvió al error y publicó un libelo contra la Iglesia de Roma. Alejandro II, sucesor del Papa Nicolás, intentó convertirlo por medio del afecto y la correccion caritativa. Nada pudo lograr. El he-resiarca le contestó con escandalosa altanería. Por su obstinacion volvió á ser condenado en



un Concilio celebrado en Rouen en el año 1063. Este Concilio fue confirmado por otro de Poitiers del año 1075. Por último, el año 1079 Gregorio VII celebró un Concilio en Roma, en el cual Berengario se retractó y confesó el dogma católico con toda la apariencia de convicción y formalidad.

V. Esto, no obstante, al trasladarse á Francia, escribió un libro contra la abjuración que últimamente había hecho en la capital del Orbe católico.

Por fin, en el año 1080, en un Concilio celebrado en Burdeos, se convirtió con sinceridad, retractó su error, y admitió en todas sus partes la doctrina de la Iglesia. Murió el año 1088, á los noventa años de su edad, en el seno de la Iglesia, con todos los signos de una verdadera penitencia.

## ARTICULO II.

**Heregias del siglo XII.**

—Los petrobrasianos, VI.—Enrique y sus discipulos, VII.—Son condenados, VIII.—Abelardo y sus errores, IX.—Es condenado, X.—Su conversion y muerte, XI.—Sus particulares errores, XII.—Arnaldo de Brescia, sus errores y su condenacion, XIII.—Su sedicion y muerte, XIV.—Gilberto Porretano, XV.—Varios hereges, XVI.—Los valdenses, XVII.—Sus errores y condenacion, XVIII.

VI. Los *petrobrasianos* tomaron nombre del monge apóstata, Pedro de Bruis, que fundó su secta. Los errores de este heresiarca eran monstruosos. Era enemigo de los templos, los altares, las cruces, y negaba muchos dogmas de la Iglesia.

Fue condenado en el Concilio de Tolosa, presidido por el Papa Calisto II, que se celebró el año 1119. Además sus errores volvieron á condenarse en 1159 en el Concilio segundo de Letran.

La muerte de Pedro de Bruis fue bastante digna de llamar la atención. En el mismo Viernes Santo juntó un gran número de cruces, y haciéndolas quemar, sobre sus llamas mandó asar una gran cantidad de carne para repartirla, en desprecio de la Iglesia, y hacer que la comieran en aquel mismo día las perso-

nas que le rodeaban. Las cosas sucedieron de otro modo. En la hoguera, misma que para asar carne y darla á comer habia encendido, fue arrojado y quemado en el propio dia el mismo Pedro de Bruis. Él preparó su suplicio. ¡Altos juicios de Dios!

VII. Por el año 1142, hubo un monge apóstata, llamado Enrique, que siguió á Pedro de Bruis, y aumentó el número y la iniquidad y el escándalo de sus sectarios. Enrique era elocuente, y con hipocresía supo grangearse fama de santidad. En el Mediodia de Francia tuvo muchos que le siguieran. Su moral era inmunda, su Religión absurda y su conducta solo podia mirarse como un horroroso conjunto de escándalos y sacrilegios.

De Mans pasó á Poitiers, de Poitiers á Tolosa, y en este último punto esparció principalmente su venenosa doctrina. San Bernardo (epístola 241), dice describiendo los males que causaban estos herejes, que por su predicación, corrompidos los pueblos, se despreciaban los Sacramentos, se insultaban los sacerdotes y eran violadas todas las cosas sagradas.

Enrique era de corrompidas costumbres. Su vida era licenciosa. Se cuentan de él crímenes que llenan de rubor. Eugenio III le envió legados para que lo convirtieran. Entre ellos, era uno San Bernardo, quien en el año 1147 (en la epístola 242), se gloria de que no fue infructuosa su misión contra estos herejes. Ya com-

prenderán nuestros lectores que San Bernardo se gloriaba, no por él, como haria un hombre vanidoso, sino por Dios, de quien descende todo don perfecto, y quien solo puede dar incremento á las buenas obras.

VIII. El legado Alberico escomulgó á todos los que siguieron al nuevo jefe de secta. San Bernardo prometió á Enrique llevárselo á Claraval y admitirlo allí como monge, si quería hacer penitencia. Pero Enrique huia del Santo abad. Este no obstante, lo seguia predicando con mucho fruto en todos los pueblos contaminados por la heregia. Enrique cayó por último en poder de la autoridad legítima. No se le impuso ningun castigo ejemplar; pero no volvió mas á dar ruido en el mundo. Probablemente desterrado en algun pais lejano, encerrado en un monasterio, pasó el resto de sus dias sin atormentar á la Iglesia.

IX. Pedro Abelardo nació en una pequeña poblacion, cerca de Nantes, el año 1079. Enseñó teologia y filosofia con mucho crédito en Paris. Era elocuentísimo, sutil, muy erudito, y aun mas lleno de vanidad que de erudicion. Su vida está llena de anécdotas que aquí no deben referirse. Sus escándalos con la sobrina del canónigo Fulberto, Eloisa, lo llenaron de confusion, y despues de mil y mil contratiempos, le obligaron á encerrarse, lleno de rubor, en un monasterio. En él vivió poco tiempo. Se trasladó á una propiedad del conde Champagne, en

la cual fundó una escuela que adquirió mucha celebridad. Escribió también un libro con bastantes errores acerca de la Santísima Trinidad. Este libro fue condenado en 1121 en un Concilio celebrado en Soissons. Abelardo, con sus propias manos, arrojó su obra al fuego.

X. Abelardo, á pesar de esto, continuó enseñando y proclamando su errónea doctrina, por el largo espacio de diez y ocho años. San Bernardo intentó corregirlo caritativamente; pero no adelantó nada. En un Concilio celebrado en Senz el año 1140 debía Abelardo defender sus doctrinas; pero no se atrevió, porque sabía que eran falsas, que las impugnaria San Bernardo, que saldría vencido y aun confundido en la conferencia, que, en fin, el Concilio no podía menos de condenar sus errores y aun condenarlo á él si no se enmendaba. Abelardo, no obstante su jactancia, temió entrar en cuestión con San Bernardo. Este Santo Doctor, sin embargo, examinó sus obras, las refutó y demostró hasta la evidencia que había en ellas muchas proposiciones que debían ser condenadas. Lo fueron en efecto. Abelardo apeló á Roma, y aunque su apelación era nula, por respeto á la Cátedra Pontificia, no quisieron los Padres, estando la cuestión pendiente de la resolución definitiva, pronunciar el anatema contra el mismo Abelardo. El Papa confirmó la sentencia del Concilio, y como herege anatematizó al nuevo heresiarca.

**XI.** Antes de saber la resolución del Papa, Abelardo se encaminaba á Roma con el intento de seguir su apelación. Al pasar por Cluny encontró al abad de este célebre monasterio, quien, en unión con el abad del Císter, lo persuadieron á que fuera á Claraval y se reconciliara con San Bernardo. Así fue en efecto. Abelardo recibió la bendición de San Bernardo, conoció y retractó sus errores, y con la oportuna licencia de la Santa Sede, se encerró en Cluny, donde vivió de una manera ejemplar hasta poco antes de su muerte. A los dos años de estar en este monasterio, experimentó una horrible enfermedad, que puso en peligro su vida. Por cambiar de temperatura, se le trasladó al Priorato de San Marcelo en la Borgoña, donde murió como buen católico, después de recibir con edificación todos los Santos Sacramentos, el día 21 de abril de 1142, á los 62 años de edad.

**XII.** Los errores de Abelardo son muchos. Son heréticas las fórmulas con que intenta explicar el misterio de la Trinidad. Sostenía que el Padre tiene todo el poder, él Hijo algún poder, y el Espíritu Santo no tiene poder ninguno. Esto era destruir la unidad de Dios, era, en una palabra, negar á Dios. Como los pelagianos, sostenía que el hombre puede hacer el bien sin auxilio de la Divina Gracia. Además cayó en varios otros extravagantes errores, acerca del pecado original, de la Encarnación,

de la humanidad de Jesucristo, etc., etc. Algunos escritores han querido defenderlo, diciendo que estos errores no eran suyos. Esto equivale á decir que no sabian leer los hombres, los Prelados, los santos Doctores, los Concilios y aun los Papas de su tiempo. Esto es insostenible. ¿Por qué no dijo Abelardo al ser impugnado por San Bernardo: ¿yo no he sostenido eso; esas no son mis palabras; esos errores, en fin, no son míos? Abelardo no protestó, porque era acusado con verdad y justicia.

XIII. Arnaldo de Brescia, el turbulento heresiarca, enemigo de la Santa Sede, fue discípulo de Abelardo, y se infestó con todos sus errores. Se vistió de monje, y en el año 1138 comenzó á esparcir su perniciosa doctrina. Declaró una implacable guerra á los sacerdotes, á los Obispos, al Papa mismo, por lo que él llamaba bienes temporales. Sublevaba con la vehemencia de su predicación declamatoria á los pueblos. Ocasionó daños y escándalos irreparables.

El año 1139 fue condenado en el Concilio segundo de Letran. Ya condenado, se trasladó Arnaldo á Zurich, en la diócesis de Constanza. Allí, por la apariencia de virtud que nunca abandonaba, hacia gran daño á la Iglesia. San Bernardo escribió al Obispo de Zurich y al legado del Papa, encargándoles que ejercieran una eficaz vigilancia sobre Arnaldo para evitar



que impunemente sedujera con su hipocresía á los mas sencillos fieles.

XIV. Arnaldo fue á Roma el año 1145, el primero del pontificado de Eugenio III. Con sus declamaciones contra el poder temporal del Papa, y su empeño en restaurar la antigua república ó imperio romano, con sus Senadores, sus Patricios, etc., etc., dió margen á disturbios y sediciones sin cuento. En una conjuración fue vencido y hecho prisionero, y juzgado segun las leyes, fue condenado á muerte. La pena de fuego era común en aquel tiempo, y Arnaldo fue quemado y sus cenizas arrojadas al Tiber.

XV. Gisberto Porretano nació en Poitiers. Primero fue Canónigo y despues Obispo de esta ciudad. Poseia grandes conocimientos en filosofía y teología. Era, sin embargo, bastante adicto á las novedades y sutilezas.

Cayó en muchos y trascendentales errores acerca de la Trinidad, la Encarnacion, el Bautismo y la predestinacion. Fue condenado por Eugenio III, el año de 1145. Gilberto, con humildad, aceptó la condenacion, retractó sus errores y volvió al seno de la Iglesia.

XVI. En este siglo hubo otros hereges poco notables. Folmaro erró acerca de la Sagrada Eucaristia, no negando el Misterio, sino por la manera con que lo explicaba.

Tanchelmo erró acerca de la Sagrada Eucaristia y del Orden sacerdotal, asegurando que

la Comunion no aprovechaba al alma, y que el sacerdocio no es de institucion divina.

Joaquin, abad de la Calabria, compuso un libro contra Pedro Lombardo, en el cual sentó algunas proposiciones no ortodoxas en lo tocante al dogma de la Santísima Trinidad. Este libro fue condenado por Inocencio XI en el Concilio III de Letran, celebrado el año 1215; Joaquin al morir, sometió su obra al juicio de la Iglesia. Por esto Honorio III, sucesor del Papa Inocencio, no quiso que el abad Joaquin fuese contado entre los hereges.

Por el mismo tiempo aparecieron otros hereges, llamados *apostólicos*, que aparentaban una gran perfeccion, condenaban el matrimonio, y se entregaban al propio tiempo á todo linage de desórdenes.

XVII. Pedro Waldo fue el fundador de la secta que lleva su nombre. Los valdenses aparentaban ser hombres perfectos, aunque en realidad estaban manchados con todos los mas inmundos crímenes. Renunciaban á la riqueza propia, y atentaban contra la propiedad agena.

En poco tiempo, solo en Poitiers, tuvieron los valdenses 41 escuelas de su secta. De ellos nacieron muchas sectas, de las cuales aquí no podemos hablar en particular. Baste decir, que estos heresiarcas tomaban el nombre de la bondad que se atribuian, de los jefes á quienes seguian, ó las ciudades de que procedian.

XVIII. Estos hereges condenaban los bie-

nes temporales en la Iglesia, perseguían al clero, aborrecían al Papa, despreciaban casi todos los Sacramentos, se burlaban de las Ordenes religiosas, escarnecían las Sagradas imágenes, fueron, en fin, los precursores de los albigenses, como estos y los Wicleffitas allanaron el camino á la reforma protestante.

Los valdenses fueron condenados primero por el Papa Alejandro III, en el año 1176, en el Concilio de Tours, y mas tarde, en los Concilios III y IV de Letran en los años 1179 y 1215.

### ARTICULO III.

—Los albigenses, XIX.—Sus costumbres, XX.—Su obstinacion, XXI.—Su antipapa, XXII.—Santo Domingo, XXIII.—Montfort y su victoria, XXIV.—Su muerte. Ruina de los albigenses, XXV.—Sentencia del Concilio de Letran, XXVI.—Almerico, sus errores y su condenacion, XXVII.—Guillermo de San Amor, XXVIII.—Los Flagelantes, XXIX.—Los hermanitos, XXX.—

XIX. Los albigenses comenzaron á esparcir sus detestables máximas en Albi, ciudad que les dió el nombre, por el año 1198.

Despreciaban el Antiguo Testamento y del Nuevo solo admitian lo que les parecia, segun el capricho ó las conveniencias del momento. Despreciaban la autoridad de los santos Doctores de la Iglesia. Admitian como los maniqueos,

dos dioses, ó dos principios, malo el uno, bueno el otro. Velan que el Santo Bautismo no aprobaba á los niños. Condenaban el matrimonio. Sostenian que los Prelados y los Obispos no debian ser obedecidos. Rechazaban el culto. Eran en fin, una especie de sentina, en la cual se habian amontonado todos los errores de los siglos que los habian precedido.

XX. Las costumbres de los albigenses eran horriblemente escandalosas. No conocian freno en sus crímenes. Se entregaban al robo, al adulterio, al sacrilegio y al asesinato con un descaro que mas aun que por el crimen, por el estado de depravacion que revela la manera con que los crímenes eran perpetrados. Bebian como agua la iniquidad.

XXI. Los albigenses fueron al principio tratados por la Iglesia con mucha mansedumbre. Inocencio III les envió legados y predicadores para que les anunciaran la verdad, y los exhortaran á penitencia. En todas las disputas fueron vencidos por los misioneros. El Obispo de Osma y Santo Domingo de Guzman, predicaron en los países infestados por la secta de Albi. Los hereges, no haciendo caso de la predicación, apelando á la violencia, burlándose quizá de la mansedumbre del Papa, asesinaron traicionamente al legado Pedro de Castelnau. Este embajador de la Santa Sede, al sentirse herido de muerte, volvió los ojos á su verdugo y le dijo: «Dios te perdone, como yo

te he perdonado!» Este es el reñedr de los enviados de la Santa Sede, contra los albigenses.

XXII. Los albigenses no contentos con separarse del Vicario de Jesucristo, queriendo levantar altar contra altar, crearon un antipapa á quien juraban obediencia. Estando este lejos de Tolosa, nombró como vicario suyo á un tal Bartolomé que se hallaba entre los sectarios y los empujaba por el sendero de la iniquidad.

XXIII. Santo Domingo puede ser considerado como el enemigo capital de los albigenses. Por el largo espacio de nueve años no cesó de predicar y escribir contra ellos. La Orden de Santo Domingo se encaminaba con su predicacion y con todas sus saludables prácticas, á estirpar el veneno sembrado en la sociedad por los hereges de Albi.

Muchos milagros hizo Santo Domingo para demostrar la verdad de su predicacion; solo mencionaremos dos.

Habia escrito Santo Domingo una disertacion para convencer á un albigense. Este se la pidió para examinar los textos que citaba. El Santo no tuvo el menor inconveniente en entregársela. Por la noche, estando en derredor del fuego aquel herejía, con otros muchos hereges como él, mostró á todos el esbrito de Santo Domingo que tenía en su poder. Al verlo, dijo uno: arrojémosle al fuego, y si arde, lo que dice es falso; y si no arde, lo que dice es

verdadero. El escrito fue arrojado al fuego por tres veces, y no ardió en ninguna.

Este prodigio no necesita comentarios.

En otra ocasión disputaba un albigense con Santo Domingo, y para resolver la cuestión, acordaron que los argumentos de ambas partes se escribieran y el pergamino que los contuviese fuera arrojado á las llamas; el que ardiere, debería ser considerado como reprobado por el mismo Dios. Acepta Santo Domingo el reto; los dos escritos son lanzados al fuego; el del herege se convierte en cenizas, y el del Santo fundador sale ileso de tan duras pruebas.

Este milagro abrió los ojos de muchos herejarcas, y los trajo de nuevo á la santa fé de Jesucristo.

XXIV. Los albigenses se convirtieron en un ejército armado, que apelando á la rebeldía, con la violencia querían lograr el triunfo que no podían darles sus raciocinios. Mientras estos hereges quisieron disputar, la Iglesia les contestó con razones, con doctores y predicadores. Cuando por el contrario, tornándose en soldados, quisieron combatir, los católicos necesitaban unirse para rechazar su agresión. Este fue el origen de la cruzada contra los albigenses. Publicóla el Sumo Pontífice el año 1210, concediendo á los cruzados las mismas indulgencias que se concedían á los de Jerusalem. Muchos se unieron al ejército católico de Montfort, contra el ejército de la heregía, mandado

por el conde de Tolosa. Dióse la primera batalla en las cercanías de Tolosa. Los albigenses eran mas de cien mil hombres; los católicos muchos menos en número; pero tuvieron tan buena fortuna, que obtuvieron, gracias á la confusion de sus contrarios y la visible proteccion del cielo, una señaladísima victoria. Los hereges fueron completamente derrotados. Mas de treinta mil quedaron en el campo de batalla. El ejército católico tuvo pérdidas tan insignificantes, que apenas llegaron á ciento sus bajas.

XXV. El conde Montfort murió el dia 25 de junio de 1218 en el segundo asalto de Tolosa. Su muerte merece aquí especial mencion. Estaba en el templo haciendo oracion; le dicen que el enemigo se acerca, y él esclama: «Dejadme que vea el Santísimo Sacramento.»

Vuelven á decirle que el enemigo está ya encima, y él replica: «Permitidme que adore al Santísimo.»

Cuando hubo adorado la Sagrada Hostia, al levantarse, dijo: «Muramos por Aquel que ha querido morir por nosotros.»

Entró en la accion; llevaba ventajas notables sobre el enemigo, se acercó demasiado á la muralla, y con una piedra lanzada por una máquina; los albigenses le destrózarón la cabeza, y quedó muerto casi instantáneamente. La guerra duró aun mucho tiempo. El hijo



de Simon no heredó con el condado el valor ni la pericia militar de su padre.

Luis VIII, Rey de Francia, continuó la guerra y murió en 1236, poco después de apoderarse de Aviñon. A este monarca sucedió en el mando del ejército católico el Rey San Luis, quien tuvo la fortuna de poner fin á la guerra, haciendo un tratado de paz con el hijo del conde de Tolosa.

Los que miran á los albigenses como inocentes víctimas, deberían tener en cuenta que eran muchos y poderosos; que ellos eran los invasores; que ellos, con sus actos de crueldad, llenaron de terror la cristiandad entera, que, en fin, si en unas ocasiones no eran castigados como vencidos, en otras imponían terribles castigos como vencedores. Acerca de este punto, véase nuestra obra *El Papa y los gobiernos populares*. (Tomo II, cap. VIII y IX.)

XXVI. Estos hereges fueron condenados en muchos Concilios particulares, que pueden verse en esta obra y lugar citados en el párrafo anterior. También fueron condenados por Inocencio III en el Concilio luteranense cuarto, celebrado el año 1215. En el decreto de condenación, este Concilio numera todos los errores de los albigenses, y enfrente de ellos pone todos los verdaderos dogmas de la Iglesia.

XXVII. Almerico inventó el extravagante error de que para salvarse todos los hombres debían creer que eran miembros reales, mate-

riales de Cristo. Este error fue condenado por la Academia de Paris en 1207. Almerico apeló al Papa, y el Papa no solo confirmó la primera sentencia, sino que obligó al heresiarca á que se retractara públicamente de su torpe error. Así lo hizo.

Los discípulos de Almerico añadieron á estos otros errores aun mas estrambóticos. Todos fueron condenados en 1215 en el Concilio cuarto de Letran.

XXVIII. Guillermo de San Amor, doctor de la Sorbona, se declaró acérrimo adversario de las Ordenes religiosas llamadas *mendicantes*, que profesaban la pobreza con su libro *Adversus mendicantes*: sentó muchas proposiciones impías, que en un sólido y bellísimo *opúsculo* refutó Santo Tomás de Aquino. Los errores de Guillermo fueron condenados por Alejandro IV el año 1252.

XXIX. En 1274 comenzó en Perugia la secta de los flagelantes. Esta heregia fue bastante singular. Sus secuaces decian, que no podia salvarse todo el que por el espacio de un mes no se azotase de una manera horrible dos veces todos los dias. Despreciaban á los cristianos que buscaban la perfeccion por distinto camino, y llegaron sus escándalos hasta el punto de que el Papa Clemente VI tuviera que condenarlos y escribir á los monarcas de Alemania, Inglaterra y Francia, advirtiéndoles que debian adoptar precauciones contra los sedi-

ciosos *flagelantes*. Parece mentira que hiciera tantos prosélitos una secta tan estúpida. (Fleury, libro LXXXIV, n. 62.)

XXX. También pulularon mucho en el siglo XIII los hereges llamados *hermanitos*. Los fundadores de esta secta fueron dos frailes de San Francisco, ambos apóstatas, Pedro de Macerata y Pedro de Fosombrone. Obtuvieron estos la oportuna licencia para reunirse en un lugar solitario, del Papa Celestino V. Este Soberano Pontífice autorizó la piedad, porque en su tiempo aun no se habia vislumbrado el crimen. Bonifacio VIII, conociendo el espíritu y la doctrina de la nueva secta, la condenó como herética, pues queria introducir una absurda distincion en la Iglesia, dividiendo los fieles en *justos*, que eran ellos, y *cárnales*, que eran todos los que no les seguian.

En 1318 condenó tambien el Papa Juan XXII esta heregia.

## ARTÍCULO IV.

### Heregias del siglo XIV.

— Los *beguardos* y *beguinas*, XXXI. — Marcilio de Pádua y Juan Janduno, XXXII. — Juan Wicleff, XXXIII. — El Arzobispo de Cantorbery, XXXIV. — El Concilio de Constanza, XXXV. — La presencia real, XXXVI y XXXVII. — Muerte de Wicleff, XXXVIII.

XXXI. Los *beguardos* y *beguinas*, pueden considerarse como divididos en dos clases: unos que fueron buenos y jamás se apartaron de la fe; y otros, que creyéndose perfectos, sostenían que para ellos ya no existía peligro de pecar, ni cosa que fuese mala, ni ley que les fuese obligatoria. Estas máximas no podían dejar de ser condenadas; y lo fueron por el Papa Clemente V en 1311, en el Concilio general celebrado en Viena del Delfinado.

XXXII. La heregia de Marsilio de Pádua y Juan Janduno, condenada como herética por el Papa Juan XXII, se reducía á tres puntos:

- 1.º Negar la gerarquía divina de la Iglesia.
- 2.º Entregar la Iglesia al Emperador, á la potestad civil.
- 3.º Despojar á las potestades eclesiásticas de toda fuerza coactiva.

Esta heregia, en una palabra, era el protestantismo puro ó el jansenismo tal cual se comprendía en el Sínodo de Pistoia y Prato.

**XXXIII.** Juan Wicleff comenzó á diseminar sus errores en el año de 1374. El origen de su apostasia fue una venganza. Era elocuente y tenia instrucción. Sus doctrinas tuvieron prosélitos y produjeron escándalo. En un Concilio reunido en Lóndres, Wicleff, habiendo explicado sus máximas erróneas lo mejor que pudo, dándoles ante el tribunal interpretaciones católicas, fue absuelto, con la condición de que en lo sucesivo guardaria silencio. Esta injusta y cruel indulgencia, produjo resultados funestísimos.

**XXXIV.** Se unió á Wicleff un sacerdote apóstata llamado Boley. Este por sus grandes crímenes habia estado en la cárcel mucho tiempo. Tenia grande odio á los nobles y á los ricos, y comenzó á predicar por todas partes el esterminio, la muerte de los que eran nobles ó poseían riquezas. Con esta intcua predicacion se rodeó bien pronto de 200,000 demagogos, que siempre se encuentran en los países corrompidos, cualquiera que sea el nombre de su gobierno.

Se acercaron al Rey; el monarca no quiso recibirlos; se hizo cundir la voz de que su negativa era debida al Arzobispo de Canterbury, y el santo Prelado fue al punto inhumanamente asesinado.

**XXXV.** Los errores de Wicleff fueron condenados por un Concilio de Lóndres, por la Universidad de Paris, por el Papa Juan XXIII,

y además en el Concilio de Constanza, en la sesión VIII, el año de 1415.

Los artículos de Wicleff, condenados en Constanza, son 45. No los enumeramos. Basta con decir, que están conformes en todo con lo que hemos apuntado de su heregia. Guerra al Papa, á los Obispos, á las Ordenes regulares, á los magistrados civiles, á todo, en fin, lo que sea autoridad.

Esta heregia no podia ser tolerada por ningun gobierno que quisiera no morir de una manera ignominiosa.

XXXVI. Los wicleffitas negaban ó desfiguraban el dogma de la Sagrada Eucaristia. Por esto en aquel tiempo quiso Dios, que no solo con la razon, sino que tambien con milagros, fuese defendida la verdad católica. Contaremos solo dos prodigios.

Celebraba el Santo Sacrificio de la Misa Enrique Oton, sacerdote de la diócesi de Wirtzburgo. Por un descuido, el cáliz ya consagrado se le derramó sobre los corporales. En medio del lienzo bendito se grabó, con una perfeccion admirable, la imagen del Salvador y la de muchas piadosas Verónicas, que le limpiaban la sangre y el sudor del rostro. El sacerdote Enrique quiso ocultar el prodigio; pero hallándose en la hora de la muerte, lo confesó de una manera pública, y manifestó dónde estaba el corporal, objeto del milagro. Lo buscó y encontró la autoridad eclesiástica, y despues de hacer muchas y

esquisitas investigaciones críticas, fue declarada la autenticidad del prodigio. El Soberano Pontífice, en un breve con fecha 31 de marzo de 1445, permitió que se tributase especial honor al lugar del suceso, en memoria de tan singular milagro.

XXXVII. En Polonia unos cuantos hebreos, seduciendo con dinero á cierta criada católica, lograron apoderarse de una Hostia consagrada.

En una taberna, colocándola sobre una mesa, en medio de horribles blasfemias, los judíos comenzaron á destrozar con un instrumento cortante la Sagrada Forma. Notaron que despedía sangre por todas sus heridas, y llenos de terror la enterraron, ocultando el prodigio, en un jardín inmediato.

Pasó poco tiempo, y al recorrer un joven campesino aquel lugar, observó que desde la tierra se elevaban al cielo admirables resplandores. Se llena de religioso pavor, lo anuncia á sus padres, estos á la autoridad pública y el clero y el gobierno civil, con la debida reverencia se acercaron al lugar santo, y en medio de un inmenso gentío, comprobaron la completa exactitud de lo que en su nombre contaba el muchacho.

En memoria de este hecho, Wenceslao, Rey de Polonia, mandó edificar un templo en el mismo sitio en que el Arzobispo de Gnesnesse juraba haber visto los celestiales resplandores de la Sagrada Forma.



Los impíos se reirán de estos malagres; nosotros los creemos, y tenemos compasión de los impíos. Es lo único que contestamos á los espíritus soberbios que se atrevan á poner límites al poder infinito de Dios.

XXXVIII. La muerte de Wicluff fue horrible por las circunstancias que la acompañaron. Tenia preparado un violento y sacrilego discurso contra el mártir Santo Tomás de Cantorbary. Se gloriaba de desprestigiarlo en Inglaterra. De repente se vió acometida por una enfermedad que le causó la muerte. Nosotros vemos aquí el dedo de Dios. *Digitus Dei est hic.*

#### ARTÍCULO V.

#### Heregias de Juan de Hus y Gerónimo de Praga.

—Juan de Hus, XXXIX.—Es condenado, XL.—Sus errores, XLI.—Asiste al Concilio de Constanza, LXII.—Intenta fugarse, XLIII y XLIV.—Su obstinacion, XLV.—Su muerte, XLVI.—Gerónimo de Praga. Su muerte, XLVII.—Guerra de los Hussites, XLVIII.

XXXIX. En los primeros años del siglo xv, en tiempo del Rey Wenceslao, penetró en Bohemia la heresia de Wicleff. La Universidad de Praga, tan célebre entonces, se hallaba profundamente dividida entre los representantes de las diversas naciones que la formaban. Juan de Hus, hijo de padres muy pobres, enemigo

del partido tudesco, con su talento logró ponerse al frente de la fraccion de Bohemia, y por su orgullo y venganza se dejó arrastrar por espíritu de oposicion hasta proclamar la heregia wicleffita. Como era pobre y de nacimiento humilde, por despecho tronaba contra los nobles y los ricos. Esta fue la razon que tuvo para adoptar el pernicioso sistema de Wicleff.

XL. Juan de Hus tradujo á la lengua de Bohemia los libros de Wicleff. Tuvo algunos prosélitos, principalmente entre los doctores poco considerados y las gentes desvalidas. Sabido es que la nueva doctrina solo halagaba á las gentes *despechadas* que pretendian ejercer la venganza, olvidando todos los preceptos de Dios y todas las leyes del mundo.

Uno de los que siguieron á Hus, fue Gerónimo de Praga, quien en 1408, con el propio Hus, habia firmado la condenacion de las obras de Wicleff.

Los husitas fueron condenados en un Sínodo de Praga. Hus apeló al Papa, y en Roma se confirmó la sentencia del Sínodo.—

Los husitas sin ningun freno ni miramientos, continuaron predicando sus falsas teorías, y proclamando por todas partes sus máximas sediciosas. ¡Duro escarmiento han sufrido los gobiernos que cometieron el escandaloso crimen de tolerar aquella funestísima predicacion!

**XXI.** Los errores de Hus, con escasa diferencia en la forma, en el fondo son muy parecidos á los de Wioleff. Su heregia en efecto no era en sustancia mas que un ataque sistemático á toda autoridad legítima. Era la demagogia moderna con una tintura religiosa en la superficie. Aunque en lo exterior, en las palabras con que se espresaba parecia cosa de fé, en la realidad, en su espíritu, en su doctrina, era un sistema esencialmente mundano, que tendia á negar el orden sobrenatural, destruir la gerarquía eclesiástica, suprimir la autoridad civil y restablecer el estado de las selvas. Aunque quizá los husitas no veian estas consecuencias, es lo cierto que sus principios arrastraban hácia ellas. El hombre que se despeña no vé ni sabe lo que hay en el fondo del abismo en que ha de sepultarse, y sin embargo, su caída naturalmente lo lleva al fondo del abismo. Todo el que se coloca al lado de un precipicio, es responsable de las consecuencias de su temeridad.

**XLII.** En 1413, en un Concilio romano, fue condenada la heregia de Wioleff. Juan de Hus, al saberlo, se indignó contra los Padres del Concilio, y comenzó á infamarlos con satánica furia. En 1414 se reunió el Concilio de Constanza. Prévio un salvo-conducto, Juan de Hus asistió al Concilio; pero tan enagredido estaba, y tan confiado en la impunidad del salvo-conducto, que en la misma Constanza comenzó á

predicar, según su costumbre, declamando de una manera horrible contra los Papas, los Obispos, los Emperadores y todos los legítimos representantes de la autoridad de Dios en la tierra. Hus había recibido un salvo-conduto para sus crímenes pasados; pero no recibió, ni pudo recibir nunca un cartel de impunidad para sus atentados futuros. Si podía no ser castigado por sus crímenes, perpetrados en Bohemia, no pudo quedar sin escarmiento por los sediciosos discursos, por los insultos y furibundos ataques que en Constanza dirigía á todas las dignidades eclesiásticas y civiles.

En Constanza, pues, sin violar el salvo-conduto, Juan de Hus fue preso, y condenado á morir en las llamas. Debemos advertir, que momentos antes de perecer, todavía se rogaba al herrero que retractase sus errores y sería perdonado. El mismo se dió la muerte.

XLIII y XLIV. Al llegar Hus á Constanza, con jactanciosa insolencia puso el salvo-conduto en la esquina de la ciudad y aun en las puertas de las Iglesias. Esto no podía menos de ser considerado como una especie de insulto, ó como un atarde de ciega confianza en su impunidad. No obstante el hallarse suspenso por su propio Obispo, comenzó á celebrar, despreciando la censura de una manera pública, el Santo sacrificio de la Misa. Además, en todas partes ensalzaba á Wicleff, ponderaba su doctrina, y tronaba contra los Prelados de la Iglesia y los

magistrados civiles, diciendo que estaban en pecado mortal, y porque estaban en pecado mortal habian perdido su autoridad. Esto, unido á la tenacidad con que sostenia que *populares possunt ad sum libitum dominos delinquentes corrigere*, no podia menos de llamar la atencion de todos los magistrados de Constanza. Hus intentó evadirse; pero fue descubierto y reducido á prision.

XLV. Hus fue citado al Concilio para que con toda libertad defendiese sus doctrinas. No pudo hacerlo, no por falta de libertad, sino por carencia absoluta de razon. Tan monstruosos errores no pueden nunca ser justificados.

Varios Obispos y caballeros de Boemia, el Cardenal Cembray, el mismo Emperador, trabajaron mucho para obtener su retractacion. No pudieron conseguirla. Lo que aqui asombra, no es el castigo justísimo que se impuso á Juan de Hus, sino el empeño *absurdo* que habia en hallar pretesto para perdonarlo. Los gobernantes en aquel siglo estaban ciegos. No comprendian siquiera cuáles eran, cuáles habian de ser por fuerza las consecuencias funestísimas de la impia y antisocial heregia de Hus.

XLVI. El Concilio pronunció la sentencia contra Hus. Fue entregado al brazo secular, y el duque de Babiera lo entregó á los ministros de la justicia, y murió obstinado. Los que censuran á los Padres de Constanza por el castigo que impusieron á Hus, deberían igualmente

te censurar á todos los gobiernos, sin exceptuar los *mas populares*, porque jamás se ha conocido un gobierno tan lleno de magnanimidad como el de los Padres de Constanza. Los jefes de sedicion, cuando no quieren ni aun decir que se arrepienten; cuando se muestran horriblemente obstinados, no pueden ser nunca tratados con indulgencia. No hay ley que no los condene. Absolverlos es condenar á los pueblos. La libertad de los rebeldes es la muerte para los hombres pacíficos.

XLVII. Gerónimo de Praga fue tambien castigado de una manera ejemplar en Constanza. Se le demostró hasta la evidencia que era reo de los mismos crímenes que su maestro Juan de Hus, y que como él habia promovido sediciones armadas en muchos puntos. No pudo negar estos cargos, porque se fundaban en hechos notorios, evidentes. En 1414 se retractó en el Concilio; pero luego dijo que su retraccion era nula, porque se la habia arrancado el miedo. En 1415 comparció de nuevo ante el Concilio; y mostrándose obstinado, como sedicioso fue entregado al brazo secular. El Patriarca de Constantinopla y el Obispo de Lodi, trabajaron mucho para convertirlo; pero nada lograron. Gerónimo de Praga murió en una hoguera.

XLVIII. No acabó la heregia con la muerte de estos heresiarcas. Sus discípulos continuaron esparciendo sus errores en Alema-

nia, y al mando del temido Cisca, dueños de Bohemia, en batallas campales vencieron en tres distintas ocasiones á los grandes ejércitos del Emperador Segismundo. Digase si una secta que obra así puede ser dejada en plena libertad para que trastorne al mundo.

Todo error contra la fé, entraña un principio de ruina para la autoridad civil y la negacion de la paz para los pueblos.

*Et nunc reges intelligite!*

FIN DEL TOMO PRIMERO.





# INDICE

DE LOS CAPITULOS Y MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO  
PRIMERO.

Page.

Prólogo. . . . . v

## CAPÍTULO PRIMERO.

*Heregias del primer siglo.*—Simon Mago, I.—Menandro, II.—Cerinto, III.—Ebion, IV.—Saturnino, V.—Basilides, VI.—Los nicolaitas, VII. . . . . 8

## CAPÍTULO II.

*Heregias del siglo II.*—Carpócrates, I.—Valentino, II.—Epifanes, III.—Prodicus, IV.—Taciano, V.—Severo, IV.—Cerdon, VII.—Marcion, VIII.—Apelles, IX.—Montano, X.—Catafrigos, Artoritos, Pepucianos, Ascodrógitos y Patalorínchitos, XI.—Bardasano, XII.—Teodoto, Artemon y Teodoto el platero, XIII.—Hermógenes, XIV. . . . . 17

## CAPÍTULO III.

*Heregias del siglo III.*—Praxeas, I.—Sabelio, II.—Pablo de Samosata, III.—Manet, IV y V.—Tertu-

liano, VI.—Orígenes, VII á XI.—Novato y Novaciono, XII, XIII y XIV.—Nepote, los Angélicos y Apostólicos, XV. . . . .	38
--	----

## CAPITULO IV.

<i>Heregias del siglo IV.</i> —ARTICULO PRIMERO.—El Cisma, I y II.—Heregía de los <i>donatistas</i> , III.—Confutacion de San Agustin, IV y V.—Los Circuncisionos, V.—Conferencia ordenada por Honorio, VI.—Muerte de San Marcelino y Concilio de Cartago, VII.	62
ARTICULO II.— <i>De la heregía de Arrio.</i> —PARRAFO I.—Orígen de Arrio, VIII.—Sus errores y favorecedores, IX.—Sínodo de Bitinia, X.—Sínodo de Osio en Alejandría, XI.—Concilio ecuménico de Nicea, XII.—Condenacion de Arrio, XIII.—Fórmula de fé, XIV, XV y XVI.—Destierro de Eusebio de Nicomedia y Carta maligna de Eusebio de Cesárea, XVII.—Destierro de Arrio, XVIII y XIX.—Decreto sobre los cuatordecimanos, XX.—Cánones, XXI.—Fé del Concilio, XXII. . . . .	77
PARRAFO II.—San Atanasio nombrado Obispo de Alejandría, XXIII.—Concilio de Tiro, XXIV.—Acusaciones contra San Atanasio y su destierro, XXV.—Arrio expulsado de Alejandría, XXVI.—Su perjurio y horrenda muerte, XXVII.—Bautismo de Constantino y su muerte, XXVIII.—Division del imperio, XXIX. . . . .	97
PARRAFO III.—Eusebio de Nicomedia, Obispo de Constantinopla. Sínodos de Alejandría y Antioquía, XXX.—Concilio de Sardica, XXXI.—Concilio de Arlés, XXXII.—Concilio de Milan y destierro del Papa Liberio, XXXIII.—Destierro de Osio, XXXIV.—Caída	

de Osio, XXXV.—Falsa caída de Liberio, XXXVI.	
—Primera fórmula de Sirmis, XXXVII.—Segunda,	
XXXVIII.—Tercera, XXXIX. — ¿Qué fórmula sus-	
cribió el Papa? XL.—Suscribió la primera, XLI y	
XLII.—Vuelta de Liberio á Roma. Muerte de San	
Félix, XLIII.—Division de los arrianos, XLIV.—	
Concilio de Rimini, XLV hasta el XLVIII.—Muerte	
de Costanzo, XLIX.—El Emperador Juliano. Heregia	
de Lucifer, L. . . . .	114
<b>PARRAFO IV.</b> —Juliano el apóstata, LI.—Joviniano,	
LII.—Valentiniano y Valente, LIII.—Muerte de Li-	
berio, LIV.—Matanza de Valente, LV y LVI.—Lu-	
cio. Persecucion de los solitarios, LVII.—Muere Va-	
lente, LVIII.—Persecucion de Genserico, LIX, LX	
y LXI.—Unerico, LXII hasta el LXIV.—Teodorico,	
LXV y LXVI.—Leovigildo, LXVII y LXVIII. . . .	130
<b>ARTICULO III.</b> —Heregia de Macedonio, LXIX hasta el	
LXXIV.—Apelinar, LXXV hasta el LXXII.—Elvi-	
dio, LXXVIII.—Aecio, LXXIX.—Mesalinos, LXXX	
y LXXXI.—Los Priscilianistas, LXXXII.—Jovi-	
niano, LXXXIII.—Otros hereges, LXXXIV.—Andéo,	
LXXXV. . . . .	139

## CAPITULO V.

<i>Heregias del siglo v.</i> — <b>ARTICULO PRIMERO.</b> —Elvi-	
dio, I.—Joviniano, II.—Basnage, III.—Vigilancio	
y sus errores, IV. . . . .	148
<b>ARTICULO II.</b> —Pelagio, V.—Sus errores y suterru-	
gios, VI.—Celestio y su condenacion, VII.—Per-	
versidad de Pelagio, VIII.—Concilio de Dióspolis,	
IX.—El Papa San Inocencio, X y XI.—Nueva con-	
denacion de Jósimo, XII.—Juliano, XIII.—Los se-	
miipelagianos, XIV.—Los condena el Papa Celesti-	

no, XV.—Los predestinacionos, XVI.—Gotescalco, XVII y XVIII. . . . .	152
<b>ARTICULO III.—Errores de Nestorio. Es nombrado Obispo, XX.—Su crueldad. Aprueba el error de Anastasio, XXI.—Contradicciones. Mas crueldades, XXII.—Carta de San Cirilo. Respuesta, XXIII.—Los católicos se apartan de él, XXIV.—Carta á San Celestino y su respuesta, XXV.—Amonestaciones á Nestorio y anatematismos de San Cirilo, XXVI.—La sentencia del Papa, XXVII.—Nestorio es citado al Concilio, XXVIII.—Es condenado, XXIX.—Se le intima la sentencia del Concilio, XXX.—Conciliábulo de Juan Antioqueno, XXXI.—Se confirma el Concilio por los legados del Papa.—XXXII.—Le condenan los pelagianos, XXXIII.—Turbulencias. El Emperador Teodosio, XXXIV.—Nestorio en el destierro, XXXV.—Leyes contra los nestorianos, XXXVI.—Esfuerzos de los nestorianos, XXXVII y XXXVIII.—Errores sobre Jesucristo, XXXIX.—Basnage, defensor de Nestorio, XL hasta el XLIII.</b>	
<b>ARTICULO IV.—Eutiques, XLIV.—San Flaviano, XLV.—Su Sínodo, XLVI.—Confesion de Eutiques en el Sínodo, XLVII.—Sentencia del Sínodo contra Eutiques, XLVIII.—Quejas de Eutiques, XLIX.—Sus cartas á San Pedro Chrisólogo y San Leon, Papa, L.—Cualidad de Dióscoro, LI.—Conciliábulo de Efeso, LII y LIII.—Deposicion de San Flaviano y Eusebio de Dorilea. Teodoro de Mosuepta, LIV y LV.—Muerte de San Flaviano, LVI.—Carácter de Teodoreto, LVII.—Escritos de Teodoreto contra San Cirilo, LVIII y LIX.—Dióscoro escomulga á San Leon, LX.—Teodosio aprueba el Conciliábulo. Su muerte. Entran á reinar Santa Pulqueria y Marciano, LXI. . . . .</b>	<b>165</b> <b>182</b>

PARRAFO II.—El Concilio de Calcedonia, LXII.—Causa de Dióscoro, LXIII.—Es condenado, LXIV.—Condenacion de Eutiques, LXV.—Privilegio concedido al Patriarca de Constantinopla, LXVI.—No lo admite San Leon, LXVII.—Muerte de Eutiques y Dióscoro, LXVIII.—Teodosio, jefe de los eutiquianos en Jerusalem, LXIX.—Su crueldad, LXX.—Muerte de Marciano y Santa Pulqueria, LXXI.—Timoteo Eluro, Obispo intruso de Alejandria, LXXII.—Martirio del verdadero Obispo San Proterio, LXXIII.—El Emperador Leon, LXXIV.—Deposicion de Eluro, LXXV.—El Emperador Zenon, LXXVI.—San Simón Stilita, LXXVII.—Su feliz muerte, LXXVIII.—Pedro Mongo, Obispo intruso de Alejandria, LXXIX. . . . .	196
PARRAFO III.—Zenon. Su <i>Henoticon</i> , LXXX.—Pedro Mongo escomulga á San Leon, LXXXI.—Pedro Fulon en Antioquia, LXXXII.—Fulon y su muerte, LXXXIII.—Acacio, Patriarca de Constantinopla, muere escomulgado, LXXXVI. . . . .	210

## CAPITULO VI.

<i>Heregias del siglo vi.</i> —ARTICULO PRIMERO.—El Emperador Anastasio, I.—Persecucion contra los católicos. Muerte de Anastasio, II.—Los acéfalos y Severo, su jefe, III.—Los jacobitas, IV.—Los Agnoitos, V.—Los Triteistas, VI.—Los corruptibles, VII.—Los incorruptibles, VIII.—Justiniano. Su error, IX.—Hechos de este Emperador, X.—Cuestion y obstinacion de los monges Acematas, XI y XII. . . . .	215
ARTICULO II.—Los tres Capítulos, XIII.—Virgilio, XIV y XV.—Respuesta á un herege, XVI. . . . .	220

## CAPITULO VII.

Págs.

*Heregias del siglo vii.*—ARTICULO PRIMERO.—

Mahoma, I.—El Coran, II.—Sus dogmas, III. . . . 224

## CAPITULO VIII.

*Heregias del siglo viii.*—Los iconoclastas, I.—San German y el Emperador Leon, II y III.—Renuncia San German la Silla de Constantinopla, IV.—Le sustituye Anastasio, V.—Crueldad de Leon, VI.—Leon intenta asesinar al Papa, VII.—Carta del Papa, VIII.—Concilio de Roma contra Leon, IX.—La mano de San Juan Damasceno, X.—Muerte de Leon. Le sucede Copronino, XI.—Conciliábulo de Constantino, XII.—Mártires, XIII.—Tiranías de Constantino. Su muerte, XIV.—Leon IV y su hijo, XV.—La Emperatriz Irene quiere un Concilio, XVI.—Sedicion contra el Concilio, XVII.—Se define el culto de las imágenes, XVIII.—El Concilio de Francfort, XIX.—Nuevas persecuciones. XX. . . . . 234

## CAPITULO IX.

*Heregias del siglo ix.*—ARTICULO PRIMERO.—San Ignacio es arrojado de la Silla de Constantinopla, I.—Le reemplaza Focio, II.—Es ordenado, III.—Daños que sufren los defensores de San Ignacio, IV.—Legados del Papa, V.—Apelacion de San Ignacio, VI.—Es depuesto en el Conciliábulo, VII.—Lo defiende el Papa, VIII.—El Papa depone á Focio y á los le-

gados, IX.—Bardas muere. Elevacion de Basilio, X.	
—Focio depone al Papa. Esparce sus errores, XI.—	
Muerte de Miguel y eleccion de Basilio para ocupar	
el Imperio, XII. . . . .	248
ARTICULO II.—Concilio VIII contra Focio, XIII, XIV	
y XV.—Focio gana á Basilio. Muerte de San Igna-	
cio, XVI.—Focio vuelve á Constantinopla, XVII.—	
Conciliábulo. Muerte de Focio, XVIII.—El Patriarca	
Cerulario, XIX.—Su muerte, XX.—Concilio de	
Lyon, XXI y XXII.—Profesion de fé, XXIII.—Los	
griegos, XXIV.—Su desunion, XXV.—Concilio de	
Florenia, XXVI.—El pan ácimo, XXVII.—El pur-	
gatorio, XXVIII.—Los Bienaventurados, XXIX.—	
Primado del Papa, XXX.—Instruccion á los arme-	
nios, jacobitas y etiopes. Cisma de los grie-	
gos, XXXI. . . . .	257

## CAPITULO X.

<i>Heregias del siglo xi.</i> —ARTICULO PRIMERO.—Es-	
téban y Lisoyo, I.—Los nicolaitas y los incestuo-	
sos, II.—Berengario, III.—Su condenacion, IV.—Su	
condenacion y muerte, V. . . . .	269
ARTICULO II.— <i>Heregias del siglo xii.</i> —Los <i>petro-</i>	
<i>brobianos</i> , VI.—Enrique y sus discípulos, VII.—Son	
condenados, VIII.—Abelardo y sus errores, IX.—	
Es condenado, X.—Su conversion y muerte, XI.—	
Sus particulares errores, XII.—Arnaldo de Brescia,	
sus errores y su condenacion, XIII.—Su sedicion y	
muerte, XIV.—Gilberto Porretano, XV.—Varios	
hereges, XVI.—Los Valdenses, XVII.—Sus errores	
y condenacion, XVIII. . . . .	273
ARTICULO III.—Los albigenses, XIX.—Sus costum-	



bres, XX.—Su obstinacion, XXI.— Su antipapa, XXII.—Santo Domingo, XXIII.—Monfort y su victoria, XXIV.—Su muerte. Ruina de los albigenses, XXV.—Sentencia del Concilio de Letran, XXVI.—Almerico, sus errores y su condenacion, XXVII.—Guillermo de San Amor, XXVIII.—Los flagelantes, XXIX.—Los hermanitos, XXX. . . . .	281
ARTICULO IV.— <i>Heregias del siglo xiv.</i> —Los beguinos y beguinas, XXXI.—Marcilio de Pádua y Juan Janduno, XXXII.—Juan Wicleff, XXXIII.—El Arzobispo de Cantorbery, XXXIV.—El Concilio de Costanzo, XXXV.—La presencia real, XXXVI y XXXVII.—Muerte de Wicleff, XXXVIII. . . . .	291
ARTICULO V.— <i>Heregias de Juan de Hus y Gerónimo de Praga.</i> —Juan de Hus, XXXIX.—Es condenado, XL.—Sus errores, XLI.—Asiste al Concilio de Costanzo, XLII.—Intenta fugarse, XLIII y XLIV.—Su obstinacion, XLV.—Su muerte, XLVI.—Gerónimo de Praga. Su muerte, XLVII.—Guerra de los Hussites, XLVIII. . . . .	293







BIBLIOTECA DE MONTSERRAT



13020100005980

BIBLIOTECA

DE

MONTSERRAT

Armari LXVI<sup>B</sup>

Prestatge 124

Número 23

